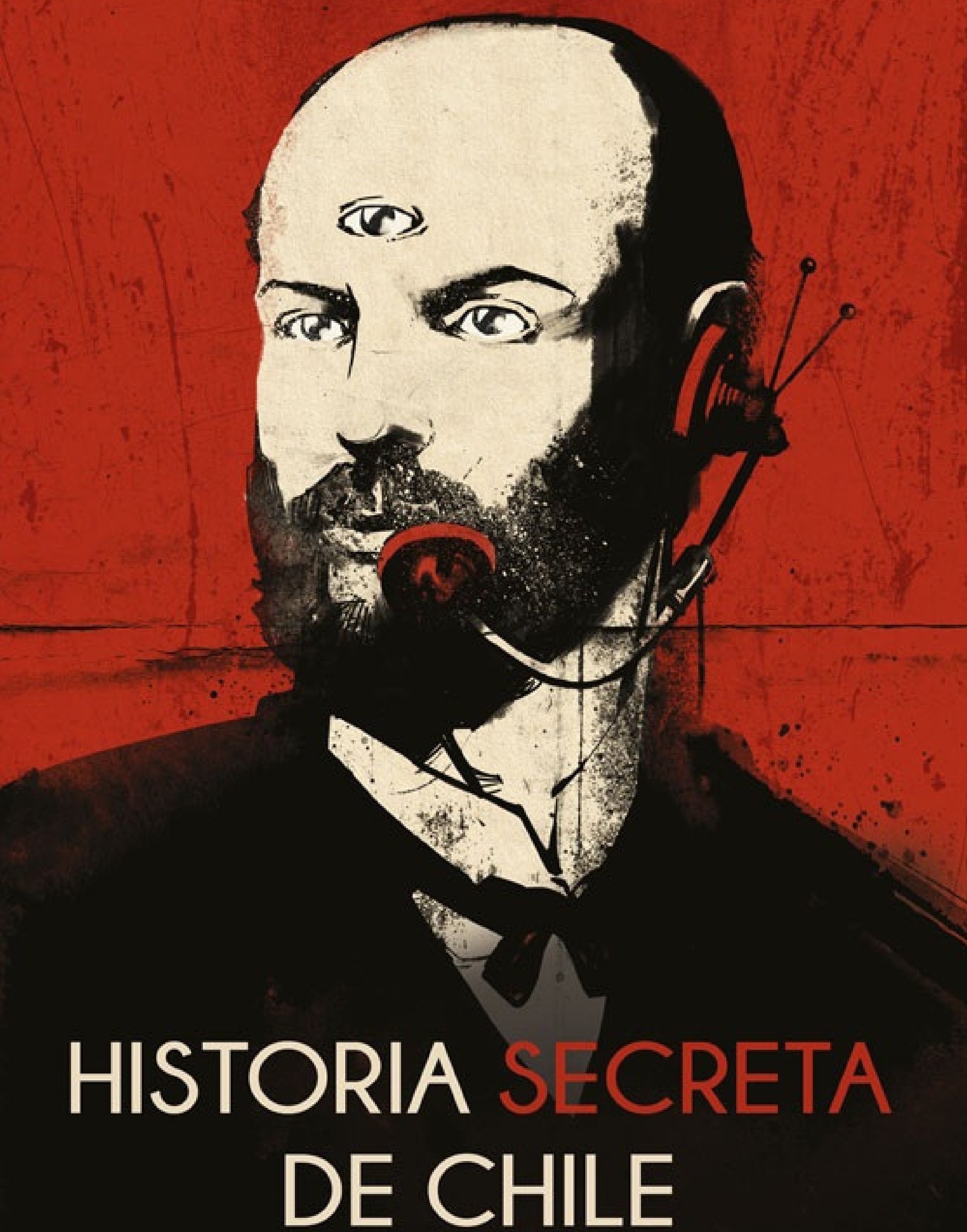
JORGE BARADIT



HISTORIA SECRETA DE CHILE

Índice

CRÉDITOS

… ya en las memorias un pasado ficticio
ocupa el sitio de otro, del que nada sabemos
con certidumbre —ni siquiera que es falso.

«Tlön, Uqbar, Orbis Tertius»,
JORGE LUIS BORGES

PRÓLOGO

La historia es un punto de vista. Los hechos de una comunidad, un país en este caso, son fenómenos aislados donde creemos leer una intención. Se entrelazan caóticamente, unidos a veces por circunstancias sociales poderosas en la tormenta del devenir humano. En medio de ese bosque de fenómenos desconectados aparece la necesidad humana de coherencia, de sentido; ahí surgen los lectores de signos, los ancianos de la tribu intentando tejer los hechos para construir tapices donde el pueblo pueda verse reflejado, un ejercicio donde se eligen ciertos aspectos y se desechan otros intentando limpiar y pulir el arquetipo, la metáfora, el relato. La artesanía que lija y esculpe el mito hasta convertirlo en un espejo donde podamos reconocernos. Pero cuidado, porque también está la intención, el complot y la farsa.

Soy escritor, tiendo a leer la realidad en formato de novela, cuento o fábula. Conozco la mecánica tras la armazón de un cuento, la labor de tomar eventos y organizar un cuerpo narrativo interesante, y reconozco en la historia esas dinámicas. La historia también trata de darle un propósito a la retahíla de hechos muchas veces no relacionados que nos ocurren como país. La veo construyendo una fábula a través del uso de una serie de accidentes, escaramuzas y situaciones en las que nos vemos metidos. Tratando de inventar una línea de tiempo que tenga coherencia narrativa, un relato épico y lleno de sentido para la nación. En el fondo, un cuento donde

nos veamos hermosos, podamos querernos y sentirnos orgullosos de lo valientes y resistentes que podemos ser, ojalá más que el vecino, por supuesto. Línea de tiempo no necesariamente cierta, ojalá incompleta, porque se trata de elegir con pinzas las cuentas con que armamos el collar, destacando algunas, escondiendo otras, diseñando con cuidado lo que debemos recordar y lo que debemos olvidar. Organizando la memoria del país, inventando un país.

¿Dónde está Freire? ¿Dónde están los grandes y pequeños hechos que no se cuentan; los que son ignorados, los que pueden dar otros significados o enriquecer nuestro relato? ¿Quién enseña la guerra fratricida, el Vietnam criollo que sembró de cadáveres el sur de Chile después de la independencia? ¿Dónde están los puertos en donde recalaban los submarinos nazis en el sur durante la Segunda Guerra, apoyados por residentes y protegidos hasta por el propio gobierno? ¿Quién cuenta que en la Patagonia les pagaban a cazadores por cada cabeza de selknam entregada a los estancieros? ¿Cuándo podremos leer que las Fuerzas Armadas de Chile han matado a más obreros, estudiantes y trabajadores chilenos que a soldados de otros países? ¿Quién contará que el cráneo de Pedro de Valdivia fue usado como jarra para tomar chicha por diferentes lonkos mapuche antes de perderse en algún rincón de la historia? ¿Enseñaremos algún día los nombres de los más de cincuenta estudiantes que fueron masacrados sin juicio en 1938, a pocos metros del Palacio de la Moneda, en plena democracia? ¿Sabremos los

nombres de médiums, espiritistas y canalizadores que han asesorado y guiado tomas de decisiones de nuestras autoridades a lo largo de sus mandatos? ¿Encontraremos en algún doblez de la historia la razón por la que la fecha 11 de septiembre se repite tanto y siempre asociada a tragedias nacionales, desde terremotos, invasiones y masacres, hasta dos golpes militares en el siglo xx? ¿Seremos capaces de enfrentar con todas sus letras que la campaña libertadora de O'Higgins fracasó en realidad, y que tuvo que venir José de San Martín a liberarnos con un ejército argentino, financiado por argentinos? ¿Que Bernardo O'Higgins hizo tambalear el triunfo en la primera batalla nada más entrando a Chile con sus maniobras equívocas y falta de disciplina militar? ¿Que puso en riesgo a Santiago luego del desastre de Cancha Rayada y que no ganó ninguna batalla que él dirigiera? ¿Podremos enseñar algún día que la batalla decisiva la ganó en Maipú el argentino y que nuestra principal vía urbana debería llamarse avenida del libertador José de San Martín, porque lo único notable que hizo el chileno pelirrojo en esos días fue llegar tarde al campo de batalla a tomarse la foto oficial y robar un poquito de cámara? ¿Cuándo nos dirán que la única razón por la que San Martín liberó a Chile no fue por su sentimiento de hermandad transandina, sino porque necesitaba un puerto en el Pacífico para su expedición libertadora hacia el verdadero premio gordo: el virreinato del Perú, y que dejó a Chile en la quiebra financiando esa campaña? ¿Que somos producto de la conspiración de un

grupo de caballeros racionales de orientación masónica dirigido desde Inglaterra y financiado por capitales desconocidos?

La historia es líquida, es blanda, moldeable, cortable, redefinible y esculpible. No está hecha de mármol: es arcilla en manos de vencedores y de la clase dominante. Un espejo donde nos vemos lindos. La revista porno de cada país. Inventamos y borramos héroes de acuerdo a la conveniencia de quienes imprimen los textos. En Bolivia no tienen idea de Prat, en Chile nadie conoce a Abaroa. En Perú enseñan que a nuestro máximo héroe naval lo mataron de un sartenazo en la cabeza, acá escondemos que murió con la cara completamente destrozada; que capitaneaba la *Esmeralda* como un castigo, que era despreciado por el alto mando por defender el derecho de su primo a casarse con una viuda. Que no era el uniformado de elite, sino un abogado que los fines de semana enseñaba gratuitamente en escuelas de obreros, practicaba el espiritismo y creía en el derecho universal a voto.

Que en nuestra Historia nada es tal y como aparece.

Chile es un país nuevo, extraño. Un asentamiento humano reciente instalado entre la placa tectónica más activa del planeta y el cordón de volcanes más largo de todos. Donde un año se le inunda el desierto más seco del mundo y se le queman bosques con árboles de mil años. Tiene a su haber los dos terremotos más violentos registrados por el hombre y una

seguidilla de catástrofes geológicas, aluviones y tsunamis que te hacen preguntar a quién se le habrá ocurrido la idea de poner un país aquí. Es justo aquí, en este campamento donde todavía no conseguimos sentirnos cómodos, con apenas doscientos años de abierto el boliche y lidiando con una identidad que se niega a aparecer todavía; es aquí, colindando con pueblos originarios que tienen religión propia, vestimenta propia, dioses propios y lenguaje propio, mientras nuestro idioma es originario de España, nuestra religión viene de Medio Oriente y nuestra ropa se hace en Asia, que debemos inventarnos un ser nacional a través de una memoria mutilada, más o menos ordenada a punta de cuchillo, vaga entre la niebla de los hechos mal registrados, los palimpsestos acordados y los intereses de los dueños de la tierra.

Hay todo un trabajo que hacer, no desde la frustración, sino desde el olvido y el buen humor, entre la arqueología y el chisme, la anécdota y el hecho duro. Desenterrar es recordar, es encontrarnos bajo capas de tierra y cal. Es nuestro deber encontrar-nos para entender por qué carajo estamos acá y dejar de ser desaparecidos de nuestra propia historia. Hay cosas ocultas terribles y otras simplemente divertidas que también somos nosotros. Hay una *Historia secreta de Chile* que es bueno develar para que cualquiera pueda armar el rompecabezas a su gusto y sin la dirección de la elite de turno, porque nada más sano que saberlo todo, abrir las ventanas y barrer la casa, dejar que entre la luz y que salgan los ratones.

Nada más sano que abrir el sótano, haya lo que haya ahí abajo.

Arturo Prat era espiritista

Carmelita nació el 5 de marzo de 1874. Frágil y débil desde el instante mismo de su alumbramiento, producto de una hernia causada por el mal retiro de su cordón umbilical, pasó su corta existencia entre dolores, fiebres y diarreas incontrolables. Con el paso de los meses, su vida se extinguía ante la desesperación de su madre y la impotencia de su padre que, por sus obligaciones navales, seguía a la distancia angustiado el deterioro de su primogénita.

Corazón: nuestro querido angelito sigue mal; siento que mi corazón desfallece de dolor y tú no estás para sostenerme… Si te fuera posible venirte sería mi único consuelo.

El oficial naval, anclado en Mejillones, recibió la noticia de que el buque que debía llevarlo de regreso a Valparaíso demoraría un par de días más de lo esperado. Cuando finalmente arribó, recién el 13 de diciembre, le informaron que deberían esperar cinco días más antes de hacerse a la mar. Arturo Prat no cabía en sí de la desesperación: su hija se le iba entre sus dedos y las cartas para saber noticias de ella demoraban tanto en ir como en volver.

Finalmente, el día señalado se inicia el viaje. El marino va en cubierta, aferrado a las barandas mira hacia el sur, como si su apremio acelerara las calderas en dirección a su familia. La esperanza está puesta en tratamientos homeopáticos y en la profunda devoción religiosa que los envuelve. Será difícil, piensa, pero la fe mueve montañas, está seguro. Lograrán salvar a su hija. Al recalar en un puerto intermedio recibe sorpresivamente de manos de un estafeta una esquela de

pésame firmada por Juan José Latorre. Se descubre a sí mismo paralizado, mudo con el sobre de bordes negros entre las manos sin atreverse a abrirlo. El corto mensaje decía que su hija, su ángel, como le llamaba, había muerto varios días atrás, que incluso sus funerales ya se habían realizado y que nada quedaba por hacer.

Meses más tarde, en abril de 1875, en una casona aristocrática en los cerros de Valparaíso, un grupo de porteños está reunido en medio de la penumbra, en completo silencio. Alrededor de la mesa de madera, se toman las manos y respiran hondo con los ojos cerrados, esperando algo. Es de noche, a lo lejos se escucha el viento de la costa y el oleaje que rompe contra la línea costera antigua, donde hoy se encuentran plazas, calles y edificios en el terreno ganado con gran esfuerzo al océano. Una vela se mueve desfigurando el rostro de la mujer que parece dirigir el conjunto. Luego de unos minutos, el milagro se produce y un hilo de voz se filtra desde otro mundo a través de Rosario Orrego, la médium.

—Papá… es triste despertar en este mundo y ver el sufrimiento que ha causado mi partida. Pero Dios así lo dispone, hágase su voluntad.

En la mesa, un hombre joven de veintisiete años, de aspecto fuerte y serio, se derrumba. Las lágrimas saltan de sus ojos y aprieta la mano de su esposa que, junto a él, siente esa mezcla atroz de alegría y profunda pena de comunicarse con su hija

muerta. El hombre es Arturo Prat Chacón, oficial de la Armada de Chile, abogado, católico y espiritista.

El espiritismo explotó en el mundo occidental en medio de una crisis de valores que atravesó todo el siglo xix. En 1848, curiosamente el año del nacimiento de Arturo Prat, las hermanas Margaret y Kate Fox, de Hydeville, Nueva York, declararon estar en comunicación con el espíritu de un vendedor ambulante asesinado y enterrado en el sótano de su casa. El tenor de los mensajes desató un fenómeno particular que respondía a las nuevas necesidades de la época.

—Los espíritus de las tinieblas extenderán por todas partes un relajamiento universal en todo lo que afecta al servicio a Dios. Ellos tendrán un poder muy grande sobre la naturaleza… Aquellos muertos tomarán la figura de las almas justas que han vivido sobre la Tierra, a fin de seducir a los hombres.

El siglo xviii había traído un nuevo paradigma y una nueva herramienta para ver el mundo, el método científico. Todo fue puesto bajo el juicio de las pruebas, las hipótesis y el fundamento; ya no se aceptaban las cosas porque sí y la Iglesia perdía terreno como nunca antes en su historia. Frente al microscopio y las teorías evolucionistas, seguir creyendo en un mundo elaborado en seis días era insostenible. Pero el sentido trascendente humano no claudicó y buscó nuevas formas de expresión más allá de la misa y los sacramentos, experiencias que sentían gastadas, lejanas y carentes de

participación. El mundo del siglo XIX reaccionaba frente a la ola materialista de la época de distintas maneras; por un lado, muchos europeos se sumergían en la esotería y la nueva fe teosófica que Madame Blavatsky traía de Oriente, mientras que otros vieron en este nuevo fenómeno, el espiritismo, una manera de conciliar sus creencias cristianas con, al menos así lo creían ellos, la ciencia y sus exigencias. Los espiritistas seguían creyendo en los evangelios, pero consideraban que las experiencias directas vividas en las sesiones además pasaban el juicio de los sentidos, como cualquier experimento científico, medible, calificable, evidente.

«Las experiencias espiritistas no se hacen en el oscuro gabinete del nigromante, ni en la cueva del hechicero, ni en el antro diabólico del alquimista. Muy al contrario: ellas se verifican, hoy día, en el laboratorio de los más distinguidos químicos, de los más experimentados físicos y de los más sabios bacteriologistas», decía un artículo en la *Revista de Estudios Psíquicos de Valparaíso*, en 1905, cuando el espiritismo chileno ya contaba con librerías y asociaciones en muchas ciudades del país.

Este movimiento se afianzó en Chile a partir de 1870 y encontró rápidamente espacios entre la elite aristocrática de Santiago y Valparaíso. Una médium famosa de la época fue la esposa de Benjamín Vicuña Mackenna, doña Victoria Subercaseaux. Otro fue el ingeniero, literato y filólogo, profesor del Instituto Nacional, rector del Liceo de Valparaíso

—que luego llevaría su nombre hasta el día de hoy—, don Eduardo de la Barra.

Sin embargo, a pesar de haber florecido en la elite, la disciplina guardaba en su filosofía una profunda vocación democrática que le daba protagonismo también a mujeres e incluso niños; además hubo intelectuales de la naciente clase media involucrados y hasta grupos de obreros de la pampa del salitre, afiliados a grupos anarquistas, que formaron asociaciones y órganos informativos mediúmnicos. Uno de sus más grandes exponentes era justamente un miembro de la burguesía porteña, don Jacinto Chacón, tío de Arturo Prat, casado con doña Rosario Orrego, viuda de Juan José Uribe, con quien había tenido a Luis Uribe, gran amigo, compañero de juventud y carrera naval de Arturo, con quien compartió los hechos de Iquique años más tarde. Don Jacinto fue tutor, amigo y guía de Arturo Prat. Su influencia fue notoria. Al círculo espiritista de los Chacón-Orrego se sumó la propia esposa de Prat, Carmela Carvajal, como aprendiz de médium de Rosario Orrego, que acostumbraba llevar sus sesiones en plena oscuridad acompañada de lápiz y papeles que rayaba desordenadamente hasta entrar en contacto con las entidades ultraterrenas que le dictaban sus mensajes. En 1876, Carmela le escribía así a su marido:

> En mis trabajos de escritura (automática) alcancé a adelantar bastante, pero cuando lo conseguí me impresionó mucho, y tu papá me aconsejó, por medio de Conchita, que no me apurara en continuar hasta después, porque podría serme perjudicial.

Recordemos que el papá de Arturo Prat había fallecido cuando Carmela escribió que era él quien la aconsejaba.

El espiritismo rápidamente ganó adeptos y a la vez detractores, sobre todo entre la poderosa curia santiaguina. En 1874, en el folleto *Algo sobre espiritismo*, de Ballesteros y Mandiola, se declaró a nombre de la Iglesia que «el espiritismo es la gangrena, la terrible enfermedad de nuestro siglo». En 1899, el concilio plenario de América Latina, celebrado en Roma, conminó a los sacerdotes locales a tratar de «herejes y fautores y defensores de herejes» a quienes practicaran el espiritismo y a negarles los sacramentos mientras no abjurasen de sus prácticas.

A pesar de esto, los iniciados chilenos no detuvieron sus actividades. Victoria Subercaseaux dejó un diario de sesiones espiritistas realizadas entre el 13 de noviembre de 1913 y el 5 de febrero de 1927, catorce años donde se registraron más de cuarenta comunicaciones mediúmnicas, todas en Santiago de Chile. Igualmente, Jacinto Chacón continuaría creando órganos de difusión y grupos espiritistas hasta su muerte, ninguno abjurando de su vínculo con la Iglesia, todos considerando el espiritismo como una manera fresca, nueva y más potente de relacionarse con lo trascendente, Cristo y la moral cristiana. Una forma de búsqueda legítima, personal y directa.

También Arturo Prat buscaba en las sesiones respuestas a esas dudas y temores. Creía en una naturaleza gobernada por

Dios, pero no estaba seguro de sus intermediarios. Su mayor objetivo era intentar comunicarse con su propio progenitor entre la muchedumbre de espectros. El día 4 de abril de 1876, encerrados en una habitación de Valparaíso, su grupo de sesionistas consiguió por fin establecer contacto con él. El momento fue tremendo. Arturo seguramente apretó los dientes, respiró hondo y preguntó cuestiones que se perdieron en la niebla del tiempo. De lo conversado quedan apenas unas notas, fragmentos de eternidad y oraciones confusas. «Ten la seguridad de que nos volveremos a ver», le dice su padre a través de la médium. Lo aconseja, comenta sobre las virtudes del amor y la compasión, y lo guía acerca de la manera en que debe ser educado su hermano menor, Ricardo, que eventualmente se convertirá también al espiritismo y traerá a las filas al que se transformará quizás en el más importante médium chileno de la historia, Jaime Galté, responsable de diagnosticar exitosamente a miles de chilenos a través del espíritu de un médico muerto, incluyendo a la hija de un connotado oficial de la Fuerza Aérea chilena… de apellido Bachelet. Pero esa es otra historia.

Imaginemos ahora a Prat en Iquique, seguro de sí mismo, seguro de sus hombres y seguro de que ese famoso salto, el abordaje al *Huáscar* en la guerra del Pacífico, no es hacia la oscuridad sino hacia otra cosa. Seguro de que la muerte no es el fin, sino el inicio de un nuevo mundo. Un reencuentro eterno con las personas queridas que vamos dejando en el camino. La reconstrucción de los pedazos de corazón que se

nos mueren cuando un hijo se va, cuando un padre desaparece, cuando tu pareja se desgarra con tu partida.

Sí, Arturo Prat creía en la reencarnación.

Al investigar sus pertenencias, luego de su muerte, se encontró literatura ocultista y espiritista. Entre ella el *Evangelio según el espiritismo*, de Allan Kardec, reconocido como el gran manual de la disciplina.

Es de noche en Valparaíso. Han pasado tres años desde el combate naval de Iquique; si bien el Ejército ha tomado Lima, las tropas chilenas aún combaten sangrientamente en la sierra peruana. Es 21 de mayo de 1882 y en la calle San Juan de Dios, actual calle Condell en el puerto, la joven viuda Carmela Carvajal se abre paso entre la oscuridad de la habitación y el túnel que nos separa del mundo de los muertos, para tocar a su marido. Pasa la noche en compañía de familiares y amigos que, tomados de la mano, hacen esfuerzos por alcanzar la figura del que se fue. Carmela raya y raya páginas incoherentes, aprieta los ojos y lanza su mente al acantilado frenéticamente hasta que de pronto todo se calma, el rostro se relaja, aparece su belleza habitual y comienza a escribir con suavidad:

—Estoy contigo, mi dulce compañera de la vida, y con mis retoños. No los abandono un solo instante… Buenas noches, mi Carmela, descansa confiada en que el espíritu amoroso de tu Arturo vela por ti.

Ahora es julio de 1931 en Santiago, han pasado cincuenta

años desde los sucesos de Iquique. La casa de la anciana Carmela Carvajal es refugio de estudiantes opositores a la dictadura de Carlos Ibáñez del Campo. Chile vive un período de tremenda agitación política. La policía allana la casa y se lleva prisioneros a muchos refugiados, entre ellos a sus propios nietos.

Carmela, octogenaria, corre a La Moneda, consciente de su investidura como viuda del más grande héroe nacional, a exigir la liberación de los jóvenes. Al día siguiente, Ibáñez renuncia, sus nietos son liberados y estalla la fiesta. La anciana no soporta la agitación y muere de un ataque cardíaco. Entre sus documentos guardados en carpetas de piel, entre fotografías y papeles llenos de polvo, se encuentra una misiva lanzada al océano de la eternidad con destinatario obvio:

> Solo Dios misericordioso podrá devolverme más tarde al elegido de mi corazón, ya que la muerte es una larga y dolorosa ausencia, pero no una eterna separación.

El misterio del Cristo de Mayo y el terremoto de 1647

Imaginen por un instante el siglo XVII en América. Una serie de pequeñas ciudades, en medio de un inmenso océano de territorio deshabitado, separadas por miles de kilómetros unas de otras; a días, semanas e incluso meses a caballo por parajes desérticos o selvas impenetrables. Islas en un continente nuevo. Los conquistadores prácticamente habían llegado a colonizar otro planeta, habitado por seres humanos extraños, diferentes; animales nuevos, prodigios y secretos incontables escondidos entre los rincones de una tierra absolutamente misteriosa. Entre ellas, Santiago de la Nueva Extremadura era quizá la capital más alejada de todas. La frontera con los mapuche se había convertido en una especie de Vietnam para la corona española, los tenientes y soldados indisciplinados eran castigados con una destinación a esta capitanía pobre y perdida en el fin del mundo. Acá, en Santiago, una burguesía todopoderosa, que se sentía gobernando un desierto, alejada de lo que valía la pena, intentaba pasar la vida en sus fundos y solares, tratando de copiar los usos, la arquitectura y los eventos sociales como el reflejo del reflejo del reflejo de lo que ocurría en Madrid, Lisboa, Ciudad de México, incluso Lima. Todos nombres que les evocaban la verdadera civilización, mientras languidecían en medio de la nada, tratando de no morir de miedo con las incursiones de violentos indígenas que cada cierto tiempo amenazaban la calma del reyno, dependiendo en buena medida de las largas caravanas que venían desde el puerto de Valparaíso, distante a un par de días a caballo, en una frágil

cadena de abastecimiento que mantenía el precario sentido de confort en este margen del imperio, con un pie al borde del abismo de la barbarie y la muerte. Remedo de ciudad. Cuatro mil personas habitaban Santiago de la Nueva Extremadura en esos años. ¿Se imaginan cuatro mil personas en un partido de fútbol en el Estadio Nacional? Eso fuimos, un poblado perdido en el desierto tras la cordillera, de cara al océano, a miles de kilómetros hasta la siguiente ciudad importante en el mapa, solos.

El 13 de mayo de 1647, esos cuatro mil santiaguinos dormían tranquilamente cuando, sin previo aviso, a las 10.30 de la noche, una hecatombe telúrica levantó el valle como una alfombra y la dejó caer en medio del horror de hombres, mujeres y niños que, en la más completa oscuridad, buscaban instintivamente salir desde sus habitaciones, donde caían cuadros, muebles, vigas y muros completos. Los gritos y el rugido de la tierra se confundieron en un mismo bramido del horror durante al menos tres interminables minutos. Con la duración de una canción estándar, la tierra sacudió las casas, templos, claustros, pilastras y techos, vigas y tejas desde el lomo de la capital del reyno de Chile. Durante tres minutos eternos los puños de dios golpearon el suelo haciendo caer una ciudad precaria levantada en adobe y vigas de madera, en medio de estruendos que las crónicas de la época dicen que se sintieron incluso en regiones apartadas del territorio. Personas gritando entre muros que se derrumbaban, rocas que rodaban desde el cerro Santa Lucía, casas cayendo

aplastando a familias completas. Una nube de polvo y el humo de los primeros incendios, producto del aceite derramado y las velas, envolvían el infierno donde todo se venía al suelo. La imponente catedral de Santiago se plegaba sobre sí misma, los pilares caían con estruendo, las campanas sonaban al chocar contra el pavimento, la niebla del polvo recortaba siluetas intentando salir desde habitaciones que parecían engullirlos y volver al polvo. El fin de todo. De pronto, el silencio. Luego, alaridos, llantos y gemidos. Gritos de auxilio entre ruinas imposibles de mover, cuerpos aplastados, trozos de carne cubriendo las calles, personas a medio vestir moviéndose como fantasmas entre la neblina, paisaje submarino, irreal, apenas visible por la tenue luz de la luna y los hedores a podredumbre que surgían de acequias rotas, pozos sépticos vertidos, gases sulfurosos y exhalaciones pestilentes que surgían de grietas en el terreno. No se distinguía calle de casa, todo era una gran demolición en la oscuridad, el cadáver de una ciudad ensangrentada y sus hijos moviéndose entre los escombros llamando a los suyos a gritos; hombres y mujeres hincados entre los adobes de sus casas sin saber bajo qué muro se encontraba su padre, su hermano. Instintivamente comenzaron a moverse en dirección a la plaza de la ciudad, donde una pequeña multitud se confesaba a gritos frente a las ruinas de la casa de dios, a la deriva en la penumbra del fin del mundo, incomunicados y abandonados por el Señor. Eran las once de la noche y los derrumbes, los gemidos de los malheridos y las órdenes a

ciegas de las pocas autoridades, que se buscaban entre el polvo, la tos y el pánico generalizados, daban cuenta de la confusión, el caos, la muerte, la ausencia de dios, la oscuridad vivida tras el horroroso terremoto de mayo. Santiago de la Nueva Extremadura, visto desde las alturas, se había convertido en una ruina, cementerio humeante, llaga arquitectónica retorcida y podrida en el costado de América, poblada de fantasmas mugrientos aullándole a Cristo en medio de la noche.

Mil personas murieron en esos tres minutos, un cuarto de la población, principalmente servidumbre y niños. Hoy se sabe que se trató de varios sismos consecutivos, alcanzando el fenómeno una magnitud 8,5 en la escala de Richter, equivalente a una bomba termonuclear 2.400 veces más potente que la bomba de Hiroshima, el infierno sobre la Tierra. El obispo de la capital, Gaspar de Villarroel, se dirigió ensangrentado y descalzo hacia la plaza a ofrecer consuelo a su grey, permaneciendo allí toda la noche. El recuento para la Iglesia era desastroso, la mayoría de los templos y conventos estaban en el suelo, las veneradas figuras religiosas, utensilios y mobiliario estaban destruidos. Todo parecía indicar un tremendo castigo divino. La muchedumbre desesperada veía signos en todos lados intentando explicarse la debacle. Claramente, la destrucción de la mano derecha de la figura de Santiago, santo patrono de la ciudad, indicaba que había estado incapacitado de ayudar a detener el castigo; en la iglesia de las Mercedes, destruida casi por completo, la estatua

de San Pedro Nolasco se había girado hacia la imagen de la Virgen, como rogándole por sus hijos; la gente contaba que una india había parido tres hijos tres días antes y que el último había predicho la tragedia; que otra india vio una bola de fuego cruzando el edificio del Cabildo; que unos arrieros habían escuchado en la cordillera voces de demonios, cajas y trompetas como quien prepara una invasión días antes; que todas las imágenes religiosas importantes se habían destruido como un mensaje de condenación, aplastadas bajo toneladas de adobe y mármol. Pero, sin duda, el prodigio más grande de todos lo encontraron a las pocas horas los monjes agustinos entre los restos de su enorme templo, que ahora no era más que un montón de escombros, con todos sus muros y paredes en el suelo, excepto uno. Porque entre las columnas, altares, bancas y fierros retorcidos de la iglesia, una sola pared había quedado en pie, la que resguardaba la imagen del Cristo de la Agonía, una imagen esculpida toscamente en madera policromada por el agustino Pedro de Figueroa en 1631, al estilo dramático del barroco limeño, pero con la austeridad de esta capitanía pobre. Todos quedaron atónitos al descubrir que, además, dos velones al pie de la imagen se habían mantenido encendidos, a pesar de la violencia de los hechos. Los hermanos comenzaron a congregarse alrededor de la figura en medio de la penumbra hasta que uno de ellos, levantando su lámpara hacia ella, se percató de algo incluso más extraño: esa imagen, que aún podemos ver en la iglesia de los Agustinos en el centro del actual Santiago de Chile, de

rostro cruzado por las heridas de la pasión, que parece mirar hacia el cielo con un gesto distinto, adusto, inquisidor, casi enojado, como recriminando su situación, lejos de la mirada lánguida llena de ruego del Jesús clásico que le pregunta a su padre por qué lo ha abandonado, esa imagen del cuerpo del Salvador en su agonía tenía la corona de espinas puesta en el cuello. Entre los escombros, levantaron una escalera y un hermano subió hasta la imagen. Con profundo respeto tomó la corona entre sus manos para corregir el error cuando una nueva réplica del terremoto removió el valle, cayeron algunos muros que habían conseguido mantenerse en pie y una nueva nube de polvo se levantó de entre los restos del animal moribundo que era Santiago. Todos se miraron horrorizados, ¿era una señal? En los momentos de desesperación todo nos habla, el color del cielo, el ruido de los pájaros; nos ponemos alertas a cualquier señal que nos dé alguna mínima pista sobre el sentido del horror que nos rodea. ¿El Cristo no quería que le devolvieran la corona a la cabeza? ¿Quería mantenerlo como signo de una forma diferente de dolor frente a lo ocurrido? ¿Un recordatorio para esta ciudad pecadora y llena de vicios? Algunas historias cuentan que cada vez que se intentó mover la corona volvió a temblar. El mito construido en torno a esta imagen dolorosa, que quedó levantada por encima de la ruina de Santiago, mirando hacia el cielo con dolor, terminó afirmando que cada vez que se ha intentado corregir el error, la tierra brama y el temblor amenaza. No debe haber sido extraño que un temblor haya coincidido con

el gesto, durante la madrugada del 14 de mayo, pues los santiaguinos tuvieron que soportar decenas de réplicas que los sumieron en el pánico y provocaron no pocos accidentes. Santiago era un naufragio en medio del océano. Mayo es un mes frío, la gente había salido huyendo con sus ropas de cama y cualquier abrigo que pudiera ayudarles a sobrellevar la noche más larga que la ciudad haya vivido se encontraba bajo toneladas de roca, adobe y madera. Los balcones, las ventanas y puertas se acopiaban para encender fogatas en las calles, donde había menos riesgo de derrumbes, para intentar sortear el hielo de la noche. La capital parecía un yermo bombardeado manchado de fogatas rodeadas de sobrevivientes ateridos y asustados por fuerzas tremendas, inmanejables e imprevisibles. Lejos del hombre actual, en esos años éramos niños sordos y ciegos caminando a tientas en la oscuridad de la naturaleza.

> El hambre y la sed aumentaban la angustia y la ansiedad, pues todos los víveres habían quedado enterrados y las acequias se habían tapado con los escombros. Por todos lados se veían cuerpos sin vida, heridos y mutilados, junto a personas escarbando en busca aún de sus seres queridos, con la esperanza de llegar a tiempo, de que no se les hubiese apartado el alma, y los hallaban hechos monstruos, destrozados, sin orden de sus miembros, palpitando las entrañas y cabezas divididas.[1]

Hacia las cuatro de la mañana, lo inesperado. Como si el cielo quisiera terminar el trabajo del terremoto y limpiar el valle, una violenta lluvia acompañada de vientos gélidos cayó sobre los congelados santiaguinos y sus fogatas, revolviendo sus pocas pertenencias, los restos reconocibles de sus

viviendas y los cadáveres enterrados de sus cercanos en una masa de lodo y aguas sucias infectas que todo lo cubrían. Comenzaron los rumores, al parecer dios no se detendría hasta no haber acabado por distintos medios con cada uno de los hijos de esta ciudad. ¿Qué cosa tan terrible habían hecho? ¿Cuál sería la siguiente calamidad? De boca en boca comenzó a crecer el pánico: seríamos devorados por la tierra en una hecatombe final antes de salir el sol. Una muchedumbre aterrorizada irrumpió en la plaza de Armas pidiéndole a gritos al obispo Gaspar de Villarroel la absolución de sus pecados antes del fin definitivo. El anciano sacerdote, herido en la cabeza, se subió sobre una mesa instalada para ofrecer los servicios y desde allí gritó para acallar a la multitud. Se hizo un silencio del tamaño de todo el valle. El obispo giró la vista en redondo para ver esa masa de remedos heridos, semidesnudos, que se mesaban el cabello, se abofeteaban, lloraban quedos y caían de rodillas completamente destrozados por dentro. Algunos se habían rapado el cabello y vestían sacos en señal de humildad y penitencia. Santiago destruido y la multitud sobreviviente expectante rodeando la plaza de Armas, con el pánico a punto de estallar, reunida en torno a algunas antorchas mortecinas, un cura sobre una mesa y el silencio antes de la palabra. El pánico como una bomba en cuenta atrás. El momento clave que definiría civilización o barbarie. Gaspar de Villarroel entendió que la Iglesia era la única válvula y habló todo lo fuerte que su cuerpo cansado pudo. Y no fue poco, les habló de esperanza,

de la ayuda que ya vendría, del nuevo día que traería mejores expectativas, del dolor de los hijos muertos, de un Señor misericordioso que castiga pero que también ayuda cuando su pueblo lo solicita. El sacerdote trazó la raya entre la debacle y la calma, indicó que si seguían vivos era porque el Señor los había elegido, que había un deber, que debían guardar la calma y comportarse. Esa noche, hablando en medio de la oscuridad, Gaspar de Villarroel fue verdaderamente el mediador entre el Cielo y la Tierra, el pastor que mantuvo el rebaño calmo en un valle lleno de lobos monstruosos. La tiniebla precisa luz, esperanza y signos del Cielo, palabras que ayuden a entender el misterio de tanta muerte. Entonces, se decidió traer al Cristo de la Agonía al corazón de Santiago de la Nueva Extremadura.

Los agustinos desmontaron la cruz y organizaron una procesión desde la actual esquina de calles Agustinas con Estado, donde además, frente a la iglesia, estaba la casa de Catalina de los Ríos y Lisperguer, la Quintrala. Los religiosos caminaron descalzos apenas iluminados entre las ruinas cargando la imagen, un grupo adelante se azotaba la espalda con látigos de penitencia y rezaba en voz alta, rodeado de antorchas que hacían brillar la sangre que salía desde sus pies y sus espaldas. Avanzó el grupo como un coro fantasmal entre la noche, el barro y los cuerpos mutilados hasta la presencia del obispo en la plaza. Se levantó al Cristo junto al único Santísimo Sacramento que se había salvado en toda la ciudad —el de la iglesia de La Merced— y una imagen de Nuestra

Señora del Socorro. En torno a esos despojos del culto católico, una ramada mal hecha, dos imágenes polvorientas y dañadas, cirios y algunas antorchas, se arremolinó la muchedumbre como náufragos sobre una balsa en medio del océano de la oscuridad, a esperar la mañana, temblando de frío.

Cuando llegaron las primeras luces del día, las autoridades comenzaron a actuar en consideración. Se descubrió que el pavor había sido tan grande que los presos no habían huido de la prisión, a pesar de los daños en paredes y rejas. Los regidores se repartieron por la ciudad con pequeños grupos de voluntarios a derribar las ruinas, limpiar las acequias de la inmundicia y el barro acumulado; hicieron catastro del trigo, maíz y vino que había podido ser rescatado y se instruyó una lista de precios. Junto con la primera calma surgió además el primer miedo eterno de la burguesía: el temor a su propia servidumbre. Comenzaron los rumores acerca de un posible levantamiento del pueblo llano en venganza por el trato y el sobretrabajo. Muchos nobles sobrevivientes acudieron a la autoridad a exigir protección. Se ordenó desenterrar armas y entregárselas a un improvisado ejército de vecinos que vigilaría la ciudad y los pocos bienes rescatados. Como los temores continuaron, a pesar de no haberse producido robos ni acciones de sangre, se recurrió por supuesto al ahorcamiento ejemplar de un negro esclavo que había mostrado conducta errática y, en el paroxismo de la situación, había declarado incluso ser hijo del Rey de Guinea. Una

demostración de fuerza salvaje a petición de la burguesía nerviosa, como tantas otras veces en la historia de nuestro país.

Un trabajo que debía comenzar antes que cualquier otro era el levantamiento de cuerpos y su entierro. Pasaban las carretas llevando de a seis cuerpos en dirección al camposanto indicado. El obispo debió ordenar sacerdotes a los funcionarios religiosos sobrevivientes por la escasez de curas para las decenas de sepelios que debieron hacerse simultáneamente. Temían que comenzara el hedor, con ello la peste y más muertes. Los curas y los enterradores debían redoblar sus esfuerzos para frenar a quienes irrumpían en los depósitos para buscar desenfrenadamente y a gritos a sus parientes entre los cuerpos destrozados y los restos sin posibilidad de ser reconocidos que se apilaban.

Los meses que siguieron solo aumentaron las desdichas de quienes aún no se decidían a abandonar la ciudad. Hileras de penitentes harapientos abandonaban las ruinas de Santiago como hormigas sucias cargando sus pocos bienes. Al mes siguiente se produjo una sorpresiva nevazón que duró tres días eternos sobre una población que había casi agotado sus reservas de leña y no soportaba la capa gélida que cubría el pantano de inmundicia en que se había convertido la ciudad. Durante muchos días no hubo agua para beber a pesar de la gran cantidad de precipitaciones que a su vez desbordaron el río Mapocho, inundando los escombros y los refugios precarios de sus habitantes, lo que desató un infierno

sanitario que se llevó a no pocas víctimas. El hambre apretó los estómagos. El trigo casi se había perdido, la destrucción de hornos y molinos hizo que Santiago tuviera una carencia crítica de pan, que se sostuvo por incluso dos años después de la catástrofe. La infraestructura estaba completamente destrozada. Después de unos meses la situación era evidente: Santiago de la Nueva Extremadura había involucionado de tal manera, que bien podía decirse que había retrocedido a una condición rural; animales circulaban entre las ruinas, las enramadas y los ranchos precarios se ubicaban sin concierto y se podían sentir a la distancia cabras o vacas de las pocas que se mantenían con vida. Con las semanas llegó una violenta plaga de tifus; la población ya no solo moría de hambre o frío, sino también diezmada por epidemias para las que no había más freno que el ciclo natural de sus virus. La capital era un territorio postapocalíptico recorrido por figuras en harapos, hambrientas, perdidas.

Al año siguiente se envió ayuda desde el Perú, pero los barcos naufragaron a medio camino. El invierno volvió a anunciarse duro y los ciudadanos entraron a mayo de 1648 con más de trescientos temblores registrados desde el terremoto y el temor abierto de que, para la fecha de aniversario, dios enviara otra hecatombe para completar el exterminio. De modo que el obispo ordenó una gran procesión *de sangre* para el 13 de mayo, que llevaría en andas al Cristo de la Agonía por Santiago rogando por su protección. El día indicado se inició la procesión a las 10.30

en punto, recordando el momento fatídico, iluminada por antorchas y cirios rojos que sacerdotes flagelantes e integrantes de la cofradía del Cristo llevaban en su lento navegar por las calles de una ciudad aún en el suelo. Se estableció solemnemente que cada año los santiaguinos homenajearían sin falta la figura extraña de este Cristo de madera amenazante, con su corona de espinas en el cuello, para pedir su protección.

El año 1649, los observadores estimaron en dos mil personas las muertas por la epidemia, el doble de los fallecidos durante el terremoto. Hubo escasez tremenda de servidumbre y mano de obra agrícola. En 1650 se confirmaba la muerte o desaparición de casi cuatro mil personas, entre enfermos de tifus, gripe, muertos por accidentes, congelamiento, hambre, en todo el valle. Santiago de Chile rodaba cuesta abajo, desintegrándose en el camino, reducida a una mancha de piedra y escombro fétido en medio del valle. Tierra de nadie.

La capitanía general del fin del mundo estaba arruinada, en el suelo, y una idea comenzó a crecer en los influyentes. La capital del país estuvo a punto de ser trasladada a Concepción o de plano refundada más al norte, quizá Quillota. Solo en el último momento el virreinato dio la orden de insistir en levantar una población que, más de una década después, continuaba casi en ruinas, de rodillas, a punto de desaparecer.

Hoy sabemos que el origen de esta catástrofe no estuvo en

el ceño fruncido de dios o en los pecados de la población, sino en una falla geológica ubicada a un poco más de ocho kilómetros al Este de la plaza de Armas de Santiago; una grieta que recorre los faldeos precordilleranos, llamada falla de San Ramón, y sobre la cual la poca memoria de los chilenos ha levantado nada menos que un centro de investigación nuclear y una de las plantas de proceso y acopio de gas más grandes del país.

Hasta el día de hoy, cada 13 de mayo, los creyentes de la ciudad se vuelcan a las calles a representar la procesión del que se dio en llamar Cristo de Mayo: la extraña imagen, de ceño adusto y mirada inquisidora que cuelga de un madero en la iglesia de Los Agustinos, en pleno centro de la capital, sale a recorrer la ciudad que se fue levantando en torno a sus ojos con el venir de los siglos. La corona de espinas aún sigue rodeando su cuello, sus ojos siguen cuestionando al cielo. Es el pedazo de madera y objeto de poder más sagrado del valle. Y cuenta con una de las anécdotas más interesantes de nuestro registro de misterios nacionales, una coincidencia tan oscura como notable. Solo dos veces no se ha realizado, por diferentes razones, la procesión del Cristo de Mayo en nuestra capital. Solo dos veces no hemos cumplido con la promesa hecha en la noche oscura de 1647: en 1960 y en 2009, justo antes de los dos terremotos más grandes que ha sufrido nuestro territorio, el de Valdivia y el de Concepción, el reciente sismo del año 2010.

El cadáver perdido de Manuel Rodríguez

¿Cómo se puede entender que uno de los próceres de nuestra independencia haya sido asesinado a días de conseguido el triunfo por nuestro llamado «padre de la patria», que su cuerpo haya sido abandonado a merced de ratones y pájaros durante días y que su funeral haya sido un mero enterramiento clandestino? Más aún, que hasta el día de hoy existan dudas sobre su real paradero y que, manejando herramientas técnicas de última generación, la justicia se niegue a periciar sus restos para despejar la incógnita.

Para comprender la niebla de misterio que rodea los restos del guerrillero Manuel Rodríguez hay que conocer antes un poco de su historia.

Manuel Xavier Rodríguez y Erdoíza nació alrededor del 25 de febrero de 1785, hijo del peruano Carlos Rodríguez, oriundo de Arequipa, y de la chilena María Loreto Erdoíza. Vivió de niño en Santiago en la casa que ocupaba la esquina de Agustinas con Morandé, a una cuadra de la de los hermanos Carrera, con quienes peluseaba de lo lindo por las calles de la capital colonial, desordenados y cimarreros. La ocupación de Napoleón de España lo sorprendió con veinticinco años, abogado y políticamente inquieto. Se sumó a Carrera en la primera asonada independentista sable en mano, pero las tropas realistas aplastaron al ejército patriota en el llamado desastre de Rancagua. Entonces tuvo que huir a Argentina, junto con todos los «revoltosos», mientras volvía el orden a Santiago, donde se perseguía a los conspiradores y

se levantaba la bandera española en todas las plazas. En Rancagua se consolidó, además, el odio parido entre O'Higgins, leal a la Logia Lautarina, y José Miguel Carrera, un autónomo irreductible. Por cierto, Rodríguez estaba con este último y sería esta la raíz de su tragedia.

Es en Argentina donde comienza su leyenda. San Martín le ordena regresar a Chile como agente secreto. Manuel Rodríguez fue nuestro James Bond: se disfrazó, organizó guerrillas, robó documentos, se enfiestó y tocó guitarra en las casas de remolienda, enamoró a las nenas y huyó muchas veces de la autoridad por los tejados de Santiago. Todo, con 1.60 m de altura y un nombre clave ridículo: Chancaca.

Su cabeza llegó a valer de diez a quince millones de pesos de hoy. Se organizaron batidas profundas en la zona de Colchagua, donde centraba sus operaciones clandestinas. Se llegó a decir que Manuel Rodríguez no existía, que era el nombre de muchos guerrilleros, porque no podía aparecer en tantos lugares a la vez, y se tejieron mil leyendas. Se mencionó que conocía un pasaje secreto en la cordillera, llamado «de las 24 horas» por la cantidad nimia de tiempo para la época que demoraba en pasar y regresar de Argentina. Atacaba haciendas realistas para financiar sus acciones, pero repartía parte del botín entre la gente de lugar. Manuel Rodríguez llenaba todo los requisitos para transformarse en un mito.

En 1817, todos en Santiago sabían que se venía una invasión independentista a través de la cordillera; al igual que

en Europa en 1944, solo faltaba saber por dónde llegaría. El ejército español estaba dividido entre los pasos del norte de Santiago y los del sur. Pero las guerrillas de Rodríguez los obligaron también a mandar destacamentos a la zona centro sur del país. Cuando por fin llegaron a Los Andes, agotados, fueron rápidamente masacrados en la llamada batalla de Chacabuco por una oleada de argentinos al mando de José de San Martín. Los realistas huyeron entonces hacia el sur de Chile, entregaron Concepción y se atrincheraron en Talcahuano, a la espera de las tropas que llegarían por barco desde Perú. Representaban a uno de los imperios más poderosos del planeta, seguro recibirían tropas y armas, avanzarían hacia Santiago y recuperarían esta capitanía de mierda de manos de esos hijitos de papá que jugaban a la guerra.

Mientras tanto, en Santiago se afianzaba un gobierno patriota al mando de Bernardo O'Higgins, puesto ahí por San Martín para proteger los intereses de la Logia Lautarina a la que nuestro Bernardo pertenecía, y a Rodríguez se le entregó una gobernación. Allí fue acusado de malos manejos y lo destituyeron. Pero San Martín lo nombró en un alto cargo militar, una decisión extraña considerando que Manuel era pro Carrera, técnicamente un enemigo de O'Higgins. De hecho nuestro padre de la patria intentó por todos los medios sacar a Manuel Rodríguez del paisaje, desde mandarlo como diplomático a Estados Unidos o a la India. Cualquier cosa con

tal de tener lejos a esta espina carrerista atravesada en la garganta.

Las tropas realistas finalmente llegaron desde Perú a Talcahuano y emprendieron el viaje a Santiago arrasando todo a su paso. O'Higgins encabezó las tropas que salieron a detenerlos, pero fueron masacrados en Cancha Rayada, al norte de Talca. Sorprendidos de noche, confusos y aterrorizados, los patriotas se disparaban entre sí en un griterío infernal. Fue una carnicería atroz y la huida un ejercicio de tiro. A Santiago llegó la noticia y en el Cabildo Manuel Rodríguez llamó a la calma lanzando su famosa proclama: «¡Aún tenemos patria, ciudadanos!».

¿Qué pensó el guerrillero en ese momento, qué lo impulsó a decir que O'Higgins había muerto y que San Martín huía en esos instantes a Argentina? ¿Estaba solo mal informado o vio la oportunidad de que los carreristas tomaran el liderazgo del proceso? El punto es que, aunque no lo recordemos mucho, el guerrillero Manuel Rodríguez asumió como director supremo interino de Chile… por un día o dos, hasta el retorno de Bernardo O'Higgins, malherido, desde Talca. En ese lapso formó el famoso cuerpo de los Húsares de la Muerte, tropa heterogénea de aristócratas y arrabaleros desordenados que llegaron a contar con doscientos hombres divididos en dos compañías. Una de ellas era dirigida por Ramón Allende Garcés, bisabuelo de Salvador Allende.

¿Cómo afectó el desastre de Cancha Rayada a nuestro

héroe? El temor de la Logia Lautarina a que los carreristas se hicieran con el liderazgo en este momento de debilidad, aceleró el proceso contra los hermanos de José Miguel en Mendoza. Ambos fueron fusilados, acentuando a niveles límite la enemistad entre las facciones independentistas chilenas. José Miguel Carrera llegó a escribir proclamas públicas pidiendo el ajusticiamiento de O'Higgins y San Martín. En Santiago, las opiniones estaban divididas, pero todos condenaban que «los argentinos» hubieran fusilado a «los nuestros», y el ambiente se puso espeso entre los carreristas y las autoridades.

Mientras tanto, los españoles avanzaban sobre Santiago para dar el golpe definitivo. San Martín encabezó la planificación de la batalla final que ya se sabía se iba a pelear en los campos de Maipú. Si eran derrotados, Santiago estaba perdido. El argentino determinó que los Húsares de la Muerte no participarían del ataque, sugirió que no tenían el entrenamiento militar apropiado. Nunca sabremos claramente por qué tomó esa decisión. Hay fuentes que dicen que no participaron del combate, pero sí se les habría encargado la persecución de las tropas realistas que huían y que se habían atrincherado en la hacienda de Lo Espejo; no muy buena publicidad en todo caso, dado que la masacre irracional de realistas en ese combate no es algo que los chilenos quisiéramos tener entre nuestros recuerdos.

Pero ¿en qué pensaba Manuel Rodríguez en la víspera de la batalla decisiva? Quizá no en Maipú, ni siquiera en su

peligrosa posición como carrerista en un gobierno lautarino, sino en Francisca de Paula Segura, allá en el sur, en Pumanque, y en el secreto mejor guardado de la época: el guerrillero, el hombre más popular de la época según el cronista norteamericano Samuel Haig, había dejado embarazada a la hija de quince años de un aristócrata de Colchagua, y solo días atrás había sido padre de Juan Esteban Rodríguez Segura, el que sería su único hijo, ilegítimo, al que prácticamente no conocería.

A pocos días de la resonante victoria de Maipú, una reunión en el Cabildo de Santiago se convirtió en una pedida de explicaciones al gobierno por el fusilamiento de los hermanos Carrera. Manuel Rodríguez ingresó a caballo junto a un amigo al Palacio de Gobierno, que hoy es el Museo Nacional en la Plaza de Armas, para increpar a O'Higgins. El director supremo no aguantó más y lo detuvo definitivamente por revoltoso y pendenciero, enviándolo engrillado al regimiento de Cazadores. Ya no lo soportaba y, de algún modo, esta última acción de agravio público selló la suerte del coronel Rodríguez.

El traslado a Los Andes, donde se reubicaría el regimiento para evitar «los vicios de la ciudad», es toda una seguidilla de contradicciones, malentendidos y declaraciones cruzadas. El punto es que en algún momento del viaje, el 26 de mayo de 1818, Manuel Rodríguez fue separado del grupo en el sector de Cancha del Gato, en las afueras de Til Til, y de pronto todos, incluida la gente del pueblo, escucharon dos fuertes

detonaciones de arma de fuego. La tropa se sobresaltó, apareció el teniente Antonio Navarro muy alterado diciendo que Rodríguez había intentado huir y había tenido que ajusticiarlo. Luego ordenó tomar las armas y seguir el camino. Todos estaban choqueados. ¿Manuel Rodríguez muerto? Me imagino ese viaje, en silencio, lleno de dudas. ¿Cómo saber realmente qué había ocurrido? La caravana siguió su camino con una ausencia tremenda en sus filas. La leyenda de la resistencia contra los españoles, el fantasma que había aterrorizado a los realistas ya no estaba, y ellos lo habían asesinado. ¿Pensarían en cómo los recordaría la historia mientras avanzaban en silencio por la ruta hacia Los Andes? Manuel Rodríguez, el guerrillero, el más querido, estaba botado en un agujero cubierto de hojas bajo un maitén.

El prócer sufriría el destino de los héroes. Aquellos inflamados por el ardor de la batalla, los que levantan multitudes y reúnen a grupos de seguidores capaces de morir por él, pero se vuelven inútiles cuando llega la calma. Cuando se consigue el objetivo pueden ser incluso un obstáculo molesto para los administradores del triunfo. Se dice que el propio Manuel habría dicho: «Si fuera director supremo y no encontrase quién me hiciese la revolución, me la haría yo mismo».

Durante el juicio por el asesinato de Rodríguez, que recién pudo llevarse a cabo en 1823, cuando O'Higgins ya estaba exiliado en Perú, expulsado por dictador e inepto, el teniente Navarro acusó a Bernardo Monteagudo, alto funcionario de

la Logia Lautarina, de haberle dado la orden de matar a Manuel Rodríguez. El reloj robado al cadáver del guerrillero había sido su perdición, al intentar venderlo fue reconocido y asociado al asesinato de inmediato. Pero el juicio fue ligero, poco profundo y mal documentado, sin mencionar que no existía la posibilidad de periciar el cadáver de la víctima porque… ¡nadie sabía dónde estaba enterrado! «Manuel Rodríguez fue, de algún modo, nuestro primer detenido desaparecido», dice Alfredo Sepúlveda.

Durante años nadie supo qué ocurrió con los restos del héroe. El paradero del personaje más carismático de nuestra independencia era un absoluto misterio para todo el país, excepto para Til Til. En el pueblo todos sabían perfectamente lo que había pasado, era el secreto que un pueblo entero había guardado por décadas en su corazón: el cadáver del guerrillero estuvo abandonado en la Cancha del Gato junto a antiguas tumbas indígenas durante días, expuesto a los animales y el clima. El temor al gobierno implacable de O'Higgins les impidió tomar acciones, hasta que, al parecer unos cinco días después, un mes según otras versiones, el juez local Tomás Valle se decidió a recoger en secreto lo que quedaba de Manuel Rodríguez. Una noche, junto a otras personas, levantaron los restos putrefactos y los envolvieron en un capacho de cuero para llevarlos hasta la iglesia de la Merced de Til Til. Casi ochenta años después, cuando el gobierno de Pedro Montt ordenó la creación de una comisión para la búsqueda de los restos del prócer, se entrevistó a los

últimos testigos vivos que recordaban vívidamente el cortejo fúnebre clandestino que atravesó el pueblo esa noche, sombras iluminadas por chonchones llevando «un bulto» hacia la iglesia, bulto que todos en el pueblo siempre supieron que se trataba del guerrillero. Tomás Valle había además juramentado a todos sus colaboradores guardar el secreto, por temor a las represalias del gobierno de Santiago. Sus hijos encontrarían con posterioridad un papel escrito de su puño y letra, que también mantuvieron en el secreto familiar por décadas: «Si alguna vez se buscan los restos de Manuel Rodríguez, sépase que fueron enterrados por mí en la capilla de Tiltil, en el presbiterio».

Hoy parece increíble que durante tanto tiempo el nombre del guerrillero fuera materia proscrita y se pronunciara en secreto. Era una sombra sobre nuestra historia, una culpa. Incluso O'Higgins habría declarado, según Barros Arana: «Ese fue un error doloroso de la Logia Lautarina».

Esa culpa se hizo gesto en 1894, cuando el gobierno chileno creó una comisión especial de relevancia nacional específicamente para la búsqueda del cadáver de Manuel Rodríguez. Se designó presupuesto y personal que entrevistó y recogió declaraciones fragmentadas de todo el pueblo de Til Til, testigos, hijos, nietos y archivos, hasta que se supo que, en 1854, unos albañiles habían removido el suelo del presbiterio de la iglesia para hacer unos arreglos y habían encontrado restos humanos desordenados y sin ataúd. Asustados, habían repuesto las baldosas sin dar aviso a las autoridades. Pronto se

supo de la acción de Tomás Ovalle y de la ubicación exacta de los huesos, entregada por el nieto de este en la forma de un acertijo digno de Dan Brown: «Los restos están bajo la baldosa iluminada por la luz del sol del mediodía en verano».

Finalmente, el 10 de junio de 1894, el suelo del presbiterio fue abierto y los restos indicados fueron recogidos con respeto y puestos en un ataúd lacrado. Con gran ceremonia se les llevó a Santiago, recibieron honores militares, el cariño de la gente y fueron enterrados en el patio Arriarán del Cementerio General, donde residen hasta hoy bajo un monumento que en las fechas apropiadas convoca ceremonias y homenajes. Por fin, luego de casi ochenta años, los restos de Manuel Rodríguez eran encontrados.

¿Final feliz? No tanto. La verdad es que la comisión de la época, formada por un grupo de expertos encabezado nada menos que por Diego Barros Arana, declaró que las pruebas de identificación eran completamente insuficientes. La ropa que según todos los testigos llevaba Manuel Rodríguez, cuando era llevado a Los Andes, no coincidía con lo que encontraron junto a esos huesos. Los despojos de casaca militar hallada bajo el presbiterio no eran el poncho y la camisa blanca que el detenido llevaba ese día. Además, los restos parecían pertenecer a un hombre de otra contextura y de mucha más edad que la de Manuel al morir. Nuestro héroe contaba con apenas treinta y tres años al momento de su asesinato y los huesos parecían los de alguien al menos diez años mayor. Se suman a esta bruma de dudas las

investigaciones que se hicieron en 2010 en la destruida iglesia de la Virgen del Rosario de Pumanque, donde se supone que está la tumba de Francisca de Paula Segura, muerta a los noventa y dos años y autoindicada como «viuda de Manuel Rodríguez» en los documentos de identidad que se han recuperado. Instrumental técnico ha detectado algo increíble: otro cuerpo se encuentra junto al de ella. Los lugareños creen que se trata de los restos de Manuel, trasladado por sus seguidores clandestinamente hasta el lugar para ser enterrado al lado de su mujer. «Los restos en el Cementerio General son los de otra persona», dicen.

Los mitos y leyendas se multiplican. Por supuesto que nadie vio realmente morir al guerrillero, porque se habría coludido con sus captores, simulado el asesinato y huido a Argentina, donde vivió y murió mucho tiempo después, como Gardel, Jim Morrison o Elvis. Hace unos años escuché la leyenda urbana que dice que la PDI sabría que el esqueleto que está en el Cementerio General corresponde al de una mujer y que prefiere guardar silencio para no desatar especulaciones insólitas.

La verdad es que Manuel Rodríguez dejó al menos un gran secreto: su único descendiente, don Juan Esteban Rodríguez Segura, que al crecer se convirtió en diputado y senador por Talca durante muchos años. Don Juan nunca fue explícito sobre esta ascendencia gloriosa por el pudor que producía cargar en esos años el mote de hijo ilegítimo. En dos matrimonios don Juan dejó a catorce hijos que perpetuaron la

sangre del guerrillero, entre ellos a quien llegó a ser presidente de Chile, don Juan Esteban Montero Rodríguez, y también el empresario Juan Esteban Rodríguez, sexta generación, que para zanjar de una vez por todas las dudas en torno a la muerte e identidad de Manuel Rodríguez, solicitó a la justicia chilena el año 2007 la exhumación de los restos desde el Cementerio General y su peritaje por parte de los laboratorios de Investigaciones. ¿La respuesta? Negativa. El folio 29034, del 24 de junio de 2008 de la Contraloría General de la República, rechazó la petición y cerró la posibilidad de resolver uno de los misterios pendientes más grandes de nuestra historia: ¿quién está enterrado en la tumba de Manuel Rodríguez? Hoy nadie puede estar seguro de que el personaje más carismático, misterioso y legendario de nuestra Independencia esté efectivamente bajo el monumento sobre el que se le rinden honores. Manuel Rodríguez y Erdoíza nuevamente se disfraza, huye, confunde y elude a casi doscientos años de su muerte.

Los corazones de los soldados de La Concepción

El día 9 de julio de 1911, Santiago despertaba como siempre bajo ese cielo gris que cada año cubre el valle como una mortaja de ceniza desde mayo hasta septiembre. Por las calles empedradas de la ciudad avanzaba en silencio un cortejo extraño. La población se había volcado a las calles, pero no a dar vítores o cantar algún himno, sino a envolver con su silencio a setenta y siete hombres que se dirigían a la Catedral, que levantaba sus cruces en el corazón mismo de la urbe. Cuatro oficiales de la Escuela Militar, portando cada uno una caja misteriosa, caminaban lentamente seguidos por setenta y tres veteranos de la Guerra del Pacífico, cada uno con un pequeño cartel colgado del cuello con el nombre de uno de los soldados muertos en el combate de La Concepción, enfrentamiento terrible donde la 4ª Compañía del Regimiento Chacabuco había sido completamente aniquilada en un pueblo perdido de la sierra del Perú, durante la última etapa de la Guerra del Pacífico. El lúgubre cortejo, entre banderas y estandartes del Ejército, fue acompañado de estudiantes de escuelas públicas, mientras centros de obreros montaban guardia fuera del recinto religioso, en la misma plaza de Armas donde se había fundado la ciudad hacía escasos trescientos setenta años. En las cajas que portaban los oficiales había corazones humanos.

Si retrocediéramos treinta años nos encontraríamos en la sierra peruana viviendo un infierno. Luego de la conquista de Lima en 1881, las fuerzas chilenas de ocupación pensaron que la pacificación del Perú sería cuestión de meses. Pero Avelino

Cáceres, el gran general peruano, organizó una guerra de guerrillas en la sierra peruana que tuvo de cabeza al mando chileno. Pronto se vieron obligados a entrar a esos territorios difíciles, calurosos de día, gélidos de noche, llenos de valles estrechos, acantilados y murallones infranqueables para perseguir e intentar aplastar la insurrección peruana. En mayo de 1882, la situación era desesperada: el Ejército había fragmentado sus fuerzas en pequeñas guarniciones que entraban en la sierra formando una línea de pueblo en pueblo. Les llamaban «los batallones olvidados», pues carecían de pertrechos, les faltaba el agua y el aprovisionamiento era escaso; anteriores operaciones habían terminado en escándalos de corrupción y malos manejos, crímenes de guerra contra indígenas y hacendados, acusaciones de violaciones y maltrato. En el afán de hacerse de provisiones, los chilenos cobraban impuestos de guerra en dinero, comida y caballos, ganándose lentamente el odio de los lugareños y de los indígenas que antes no se sentían siquiera cercanos a la causa de la guerra, pero que ahora integraban las guerrillas que hostigaban a las tropas y asaltaban los convoyes de pertrechos. Chile y sus soldados, enfermos de viruela y tifus por tomar agua pútrida y comer lo que encontraban en sus largas marchas por terrenos inhóspitos, se estaban fabricando una gran cantidad de enemigos.

Es en ese escenario donde encontramos al capitán Ignacio Carrera Pinto y a su gente, caminando entre los cerros a paso

muy lento, cargando sus pesados fusiles Comblain, las mochilas con una frazada y peroles, con uniformes muy gruesos para el calor del día y muy delgados para los cuchillos helados de la noche serrana. Se corre el rumor entre la tropa de que el capitán Carrera Pinto se había presentado de voluntario al Ejército a pesar de su linaje, sobrino del propio presidente en ejercicio, Aníbal Pinto, y nieto de José Miguel Carrera, uno de los líderes de la independencia chilena del dominio español. Se veía mayor para su edad, delgado y calvo, con una barba de chivo que ayudaba a esconder que en realidad no contaba con más de treinta y cuatro años. Nacido el mismo año que Arturo Prat, Carrera Pinto fue de los chilenos que, impresionados por el sacrificio del héroe de Iquique, ingresaron al Ejército y a una guerra que hasta ese momento no le importaba mucho al pueblo chileno. En junio de 1879 se creó el regimiento Esmeralda, en honor justamente a la corbeta de Prat, y a los pocos días este nieto de héroe estaba en una enorme fila esperando reclutarse. Ahora levantaba polvo en los cerros del Perú bajo un sol que calcinaba. Imaginemos por un momento junto a él al cabo segundo Plácido Villarroel, al sargento Manuel Jesús Silva, al soldado Francisco Escalona, a Juan Hinojosa, a Rafael Otárola o a Pedro González, el único integrante del grupo que pertenecía a otro regimiento, el Lautaro. Cansados y aplastados por el sol de la sierra, doblan por el último recodo del camino entre los cerros, avistando el valle cerrado allá abajo donde se situaba, como una pequeña acumulación de

cubículos encalados, el remoto pueblito de La Concepción. Carrera Pinto llegaba con tropas cansadas, con hombres enfermos y mal aprovisionados a una guarnición de reducidas dimensiones: apenas setenta y seis hombres y dos cantineras, una de ellas embarazada. ¿Qué sentían los soldados mientras descendían por la ladera polvorienta de un cerro seco en medio de la serranía peruana? Tan lejos de San Felipe, de Valparaíso, de Santiago, de la familia y de las cazuelas. La Concepción era la última punta de la avanzada chilena, un pueblo alejado muchos kilómetros de las tropas chilenas más cercanas, rodeado de cerros y un solo camino de salida, una verdadera trampa sin escapatoria: una «ratonera», diría el soldado experimentado. Era miércoles 5 de julio y ninguno de los jóvenes uniformados podía imaginarse lo que les iba a ocurrir en solo cuatro días más.

La situación era tan desesperada en la sierra peruana para los soldados chilenos, que se decidió retirar las tropas a la espera de mejorar la estrategia y darle el golpe definitivo a las montoneras de Avelino Cáceres en otra ocasión. El general Estanislao del Canto encabezaría personalmente la evacuación, comenzando en Huancayo y posteriormente pasando a retirar al Regimiento Chacabuco a La Concepción. El alivio fue generalizado. Muchos soldados usaban ojotas fabricadas con su propio calzado destruido, las municiones escaseaban, las enfermedades mataban a tantos soldados como lo hacían los combates, y además el descontento de los

lugareños iba en aumento, el odio hacia la ocupación chilena era grande, el deseo de venganza les comía el estómago.

La evacuación se realizaría finalmente el domingo 9 de julio. Su objetivo era rescatar a miles de soldados chilenos agotados y enfermos que aún no veían el peor momento de una campaña desgastadora e infernal. La guerrilla de Avelino Cáceres se enteró de los planes de evacuación y decidió que ese sería el momento de asestarle un golpe mortal al Ejército chileno. Todo comenzaba a dibujar la tragedia.

Llegó el día 9 de julio y las cansadas tropas chilenas iniciaron la operación de repliegue abandonando Huancayo en dirección a La Concepción, pero fueron atacadas repentinamente por Cáceres y se desató el caos. Debieron retroceder y refugiarse en otro poblado donde ganaron fuerza y pudieron resistir. Del Canto, luego de la refriega, que aumentó el volumen de muertos y heridos, decidió que descansarían esa noche antes de moverse hacia La Concepción. El destino, además, quiso que Ignacio Carrera Pinto le hubiera despachado ese mismo día un mensaje donde declaraba al poblado «sin novedad». La suerte del regimiento Chacabuco quedó así sellada.

El domingo 9 de julio, después de almorzar con unos inmigrantes extranjeros en el hotel Huilfo del pueblo, Carrera Pinto escuchó un tiro a lo lejos y lo invadió la adrenalina, el ataque esperado estaba comenzando. Cuando salió al exterior el corazón se le encogió en el pecho, hordas de montoneros

bajaban por los cerros como hormigas, muchos más de los que jamás se esperó. Eran las dos y media de la tarde. Apuró el paso, ordenó bloquear los accesos a la plaza y activó el plan defensivo. Deberían resistir solo un poco, seguramente las tropas de Estanislao del Canto y todo su poder de fuego ya venían en dirección al pueblo y el asunto se resolvería en cuestión de un par de horas. Pero ellos no sabían del ataque de Avelino Cáceres y que la llegada de los refuerzos se había pospuesto un día completo. La superioridad numérica de los peruanos le producía hielo en la espalda. Cada soldado tenía cien balas en sus cartucheras y la montonera que se les venía encima seguramente superaba los mil hombres; oficialmente fueron trescientos soldados con armas de fuego y más de mil guerrilleros armados con lanzas y macanas, enfurecidos, deseosos de venganza.

Llama la atención el parecido con la situación de Prat tres años antes, pero en tierra. De pronto se viene encima un enemigo muy superior en poder de fuego y, en este caso debido al encierro del pueblo, solo quedaba la alternativa de hacerle frente sin posibilidad de huir. Los soldados sabían que los indígenas manejaban prácticas muy agresivas y que no solo no dejarían prisioneros, sino que los castrarían, los mutilarían y los matarían de maneras atroces. Solo quedaba resistir, porque seguramente Del Canto llegaría en cualquier momento; solo había que esperar un par de horas, nada más. Para asegurarse, Carrera Pinto envió a un cabo y a dos soldados hacia Huancayo, pero fueron detenidos en la fuga,

asesinados y descuartizados por los montoneros. No había escapatoria posible.

La batalla comenzó de inmediato y de forma cruenta, no hubo transición ni preparación alguna. Las montoneras cayeron sobre el poblado gritando y blandiendo sus lanzas de punta metálica buscando abrir y matar a cada chileno en el lugar. La guerra tiene menos preámbulos y ceremonias de las que la historia nos quiere hacer creer. Los soldados del Chacabuco protegían las cuatro entradas de la plaza intercalando tiros de fusil con cargas de bayoneta para ahorrar munición. Parapetados tras las barricadas debían cubrirse de los ataques desordenados de los montoneros que, armados con rejones, lanzas con punta metálica, se lanzaban contra ellos con gritos terroríficos en oleadas de pesadilla. Además, francotiradores subidos a los techos de las casas colindantes impedían apuntar con más tranquilidad. Quienes han estado expuestos a un tiroteo saben que las balas no se ven, son silbidos fantasmales que pasan zumbando cerca de los oídos, son impactos en la madera de las barricadas, golpes que levantan cal de los muros cercanos o el ruido sordo, como de un puño golpeando una almohada, cuando logran dar con un cuerpo humano. No siempre sabes de inmediato que has sido herido, se siente como un piedrazo, un golpe, hasta que sobreviene el mareo y todo se va a negro en el mejor de los casos. Porque morir es difícil, matar a una persona es difícil y un campo de batalla, más que un lugar compartido por vivos y muertos, es un espacio intermedio donde los alaridos de

compañeros mutilados revolcándose de dolor, los espasmos violentos de los que agonizan, los quejidos, los rezos de los heridos, jóvenes gritando, dibujan el infierno sobre la tierra. Huele a pólvora, órdenes y gritos; la adrenalina sale por las orejas, la furia, el animal liberado con un fusil Comblain cuyos 4,3 kg empiezan a pesar en los brazos a medida que avanza la tarde y nadie viene a ayudarte. Son las 19.00 del domingo 9 de julio, ¿dónde están los refuerzos de Estanislao del Canto? Hay sombras bajando por los cerros, Carrera Pinto se llena de esperanza, pero lo que recortan las últimas luces del día son nuevos grupos de montoneros peruanos que vienen a sumarse al sitio. Quizá recordando a O'Higgins, atrapado en la plaza de Rancagua, el capitán ordena una carga para quebrar las líneas e intentar la huida, pero son rechazados y él se gana una bala en el brazo izquierdo.

—¡Retirada! ¡Hacia el convento! —gritaron los oficiales mientras retrocedían llevando a heridos y moribundos hacia el edificio que había servido de cuartel general horas antes.

Los soldados que seguían con vida se parapetaron en las ventanas intentando rechazar el avance de las tropas peruanas por suelo y tejados. Los soldados enemigos rociaron con combustible el techo del convento y se desató el infierno al interior del improvisado cuartel. Ahora el fuego, el humo, el calor insoportable se sumaban a los tiros que entraban por cada agujero de la construcción. Entre los gritos de los heridos se abrió paso como en sueños el llanto de un recién nacido. Seguramente las acciones se frenaron un segundo

eterno para convencerse de lo que oían: una de las cantineras había dado a luz en medio de la batalla, de los gritos y la oscuridad humeante en la que estaban envueltos.

—¡Rápido, huyan! —fue la última orden de Ignacio Carrera Pinto.

Era la medianoche y durante el desalojo del cuartel en llamas para refugiarse en el edificio junto a la iglesia, fue atravesado por una bala. No sabemos cuál fue su última visión, la de sus soldados siendo ultimados uno a uno, la luz de las llamas en el brillo de su sable o el sonido de los disparos que se alejaban y la negrura que se abría para él allá adelante y para siempre.

Julio Montt Salamanca tomó el mando. A gritos ordenaba cuidar las pocas municiones que quedaban, y evitar los forados que comenzaban a hacer los peruanos para entrar. Había que cubrirlos con lo que fuera: muebles, escombros, cadáveres. De pronto, el silencio. Un respiro y el ataque de nuevo. Los disparos entraban por el techo, por las ventanas, por los agujeros en el adobe, otro oficial muerto, otro relevo. Una noche infernal con ataques que de pronto se detenían y continuaban una hora más tarde destruyendo los nervios de los pocos soldados que iban quedando en la habitación, ya casi sin agua, casi sin munición, completamente abandonados. Quizás a todos se les cruzaba en algún momento por la cabeza la idea de rendirse, quizás el Ejército peruano los consideraría prisioneros de guerra y los

protegería de la montonera, ¿pero y si no? A veces lo mejor es luchar hasta la muerte, así que Montt organizó un ataque a bayoneta, culata y corvo en el perímetro exterior del edificio. Salieron gritando y cargando a quienes se les cruzaran a medida que caían uno tras otro, incluido el propio Montt.

Arturo Pérez Canto tomó el mando de la veintena de hombres que quedaban a esa hora de la madrugada, incendiándose a fuego lento, asfixiándose y escupiendo sangre, encerrados de antemano en una tumba polvorienta lejos de todo.

Imaginen la sala donde se hacinaban los chilenos, los muertos arrimados en un rincón, los litros de sangre que tiene un cuerpo humano vaciándose lentamente sobre el piso donde se mezclaban con la tierra, los escombros y los casquillos de las balas. El humo del incendio vecino picaba los ojos, los alaridos de los mutilados cortaban el alma.

La mañana no llegaba nunca y cualquier sombra podía ser la de la muerte, a pocos metros, ahí detrás de los muros de adobe. Seguramente los indígenas gritaban, los soldados peruanos se burlaban y llamaban a la rendición; las amenazas podían doler más que las balas a esa hora negra. Así que Pérez Canto, agobiado, repitió la carga de Montt y salió a acuchillarlo todo entre gritos de tensión liberada, de rabia acumulada entre esas cuatro paredes de adobe infectas donde se estaban muriendo todos porque los refuerzos nunca llegaron y las mujeres gritaban, y los heridos gritaban y la

guagua gritaba y él también gritaba mientras le hundía el sable en el estómago a un quechua desconocido y las balas le agujereaban los órganos, y la oscuridad comenzaba a nublarle el mundo que se le iba con la sangre de vuelta al polvo, a la tierra lejos de su tierra, al sueño.

Amanecía en La Concepción.

Dentro del recinto solo quedaban algunos hombres apaleados y el subteniente Luis Cruz Martínez, el cabo Tachuela, como le decían al inicio de la guerra debido a su escasa altura y los pocos años que cargaba en una mochila demasiado grande. Hijo natural de Martina Martínez y de un latifundista de Molina, Cruz era en realidad su segundo nombre. Quince años tenía el cabo Tachuela y se encontró al mando de una docena de hombres, rodeado por cientos de montoneros armados de cuchillos y lanzas, protegiendo a dos mujeres y un recién nacido, a miles de kilómetros de su hogar. Siguieron disparando las pocas balas que les quedaban hasta que finalmente ocurrió, uno de ellos movió la cámara, puso el proyectil y el fusil de 1,3 m de origen belga que usaban los chilenos y disparó la última bala contra el muro humano que esperaba alrededor de la habitación. Luego vino el silencio.

A partir de este punto la historia se vuelve tan nebulosa como la penumbra y el humo que llenaba la habitación donde jadeaban los sobrevivientes, con los ojos abiertos, los

músculos crispados y el corazón golpeando sus últimos latidos en el pecho. Ellos lo sabían. Quedaba poco.

Los únicos testigos presenciales que dejaron testimonio de lo ocurrido son soldados y oficiales peruanos. Ningún chileno quedó vivo para dar su versión de los hechos. El reporte oficial de nuestro Ejército dice que, pasadas las diez de la mañana, el subteniente Luis Cruz Martínez pateó la puerta del edificio donde se protegían y cargó bayoneta en ristre con los pocos hombres que quedaban hacia la tropa peruana, buscando el centro de la plaza en un ataque suicida que terminó a los pocos segundos con él y la mayoría de sus acompañantes atravesados por cuchillos, machetes y lanzas en el suelo de tierra frente a la iglesia de La Concepción. El combate había finalizado. Los pocos soldados y las cantineras que quedaron con vida no tuvieron más remedio que soltar sus armas y esperar un trato como prisioneros de guerra. La versión peruana dice que, aunque los oficiales intentaron proteger a los rendidos, la montonera no perdonó los abusos que habían tenido que soportar durante la ocupación y se abalanzaron sobre los sobrevivientes para matarlos y descuartizarlos a machetazos en una tormenta de furia donde cada mano quería un pedazo de chileno para clavar en su lanza del triunfo. Luego sobrevino el pillaje, los guerrilleros se cebaron en los cuerpos de hombres y mujeres. Luis Cruz quedaría desnudo y mutilado, las cantineras violadas y lanceadas, el recién nacido muerto en los brazos de su madre. Gastó, el oficial peruano a cargo del ataque, cabizbajo ante el

espectáculo, ordenó la retirada del pueblo, Del Canto estaba por llegar y el escenario era un espanto inenarrable. Eran las 9.30 de la mañana. Después de diecinueve horas de increíble resistencia, la guarnición chilena yacía muerta, mutilada, saqueada, en medio de una plaza humeante, abandonada.

Cuando finalmente arribó Estanislao del Canto, solo un par de horas después, pasó del estupor inicial a la furia, y su primera orden fue arrasar con el pueblo y fusilar sumariamente a todos los lugareños. El horror pintaba de rojo la plaza completa. Ordenó reunir los despojos de los soldados chilenos y llevarlos a la iglesia que fue posteriormente incendiada para que sus restos sirvieran de túmulo mortuorio a las víctimas y así impedir las profanaciones.

La versión de unos inmigrantes europeos dice que los peruanos fusilaron a los oficiales después de que se rindieron y que las mujeres fueron entregadas a los indios. Se dijo que el parto había arrojado gemelos y una mujer del pueblo había rescatado a uno de ellos.

Conmovido, el comandante del Regimiento Chacabuco, don Marcial Pinto Agüero, ordenó extraer los corazones de los cuatro oficiales que habían resistido junto a sus hombres un combate espantosamente desigual. Daba lo mismo si habían muerto luchando o si algunos se habían rendido al final. Como dice un relato peruano: «El asunto de la rendición de los sobrevivientes no resta un ápice a la valiente y épica resistencia de la cuarta compañía del Chacabuco». Los

corazones fueron llevados en frascos con alcohol a Lima. Allí permanecieron hasta 1883, cuando exactamente un año después, el mismo 10 de julio pero en Huamachuco, las tropas de Avelino Cáceres fueron derrotadas y se terminó definitivamente la Guerra del Pacífico.

Los corazones iniciaron un viaje a Santiago para ser depositados en una capilla especial de la Gratitud Nacional hasta 1901. Luego fueron llevados al Museo Militar para finalmente, en 1911, comenzar su último camino que los llevaría desde un pueblo perdido en la sierra peruana hasta la catedral de Santiago, en medio de una ceremonia ritual que involucró a toda la ciudad. Hoy, cuatro corazones humanos reposan a la entrada del templo que corona el punto donde fue fundada la ciudad. Gesto extraño y mágico, del que aún resta comprender todo su terrible significado.

La estrella solitaria y los símbolos luciferinos chilenos

¿Alguna vez se ha preguntado qué significa la estrella de nuestra bandera? En la escuela nos dicen que es una representación de la unidad de los tres poderes del Estado, raro considerando que la estrella tiene cinco puntas. Otra versión indicaría que simboliza la indivisibilidad del Estado chileno, extraño considerando que es la condición base de casi la mayoría de los Estados del mundo que no recurren a esta figura para autoafirmarse.

¿Por qué si las estrellas salen de noche, el fondo de la nuestra es azul oscuro? Ok, la tríada de colores blanco, azul y rojo es común en los países que abrazaron el ideal de la Revolución francesa, pero en nuestro primer escudo, cuando aún no había estrella alguna en nuestra bandera, ya recortaba sobre un manchón de cielo añil, azuloso.

Retrocedamos un poco en nuestra historia. La independencia de los países americanos dependió, en gran medida, de lo que un grupo de hombres consiguió al unirse en una cofradía secreta de inspiración masónica, guiados por un personaje histórico singular: Francisco de Miranda. La Logia Lautaro reunió a José de San Martín, Bernardo O'Higgins, Simón Bolívar, entre muchos otros; conspiró y financió levantamientos en contra de la corona española detrás de un ideal: la República en América del Sur. Eran ateos o agnósticos, el ideario respondía al iluminismo y la idea de progreso a través de la razón, no de la religión. De hecho, también se autoproclamaron la Logia de los Caballeros

Racionales. Esto no es novela, no es conspiración, es realidad histórica.

El iluminismo, o ilustración, fue un movimiento materialista que había cobrado fuerza desde el siglo XVII y pretendía imponer la ciencia y el método científico como guías para conocer y ordenar el mundo; la lógica y el raciocinio para resolver las cuestiones y restarle cada vez más poder a las supersticiones, las castas nobles divinas y el poder de la Iglesia. Este pensamiento entonces había encontrado una vía de expresión potente en la Revolución Industrial y pretendía que el constante progreso de las ciencias y el conocimiento, aplicado en tecnologías, iba a liberar al hombre y darle un mejor futuro; los gobiernos debían ser laicos, basados en el humanismo y la técnica, no en la fe.

Para reflejar estos ideales utilizaron símbolos, algunos de ellos esotéricos porque la población, aún con arraigo religioso potente, no recibía de buena manera este exilio al que pretendían enviar toda creencia clerical. Entre toda la imaginería había un símbolo particularmente potente: la estrella de la mañana, o lucero del alba. En el campo saben perfectamente de lo que hablamos. Justo antes del amanecer, se suspende en el horizonte, en el lugar donde hará su aparición el sol, una última y muy luminosa estrella que parece anunciar la llegada del día, el lucero. No por nada en ese primer escudo nacional —con una pareja de araucanos y un pilar sosteniendo el mundo— hay una estrella solitaria bajo cuya figura aparece el lema en latín «Post Tenebras Lux»,

que significa «Después de las tinieblas viene la luz». Y este no se refiere solo al fin del dominio imperial español, sino al advenimiento de la razón (la luz) después de las tinieblas (la superstición). Esa estrella es justamente el lucero, Venus en realidad. También es conocida por otro nombre del que proviene el término Lucero: Lucifer, del latín Lux Phoros, que significa *El que trae la luz*, la estrella que anuncia la llegada del sol. Por eso nuestra estrella no está sobre fondo negro, como corresponde a la noche, sino contra el azul añil del amanecer cuando, después de las tinieblas de la noche de la ignorancia, la luz de la razón está próxima a llegar para iluminar el mundo.

Los gnósticos, corriente de conocimiento esotérico subterráneo de fuerte influencia oriental y parte del imaginario masón desde siempre, consideraban que somos seres luminosos plenos atrapados en un mundo material, pesado, corrompible y áspero creado no por Dios, sino por un demonio conocido como El Demiurgo, y que es nuestro deber liberarnos de las ataduras de la carne haciendo énfasis en la espiritualidad y la razón. Si lo pensamos un poco, reinterpretando el mito en esta línea, lo que hace la serpiente antigua, Lucifer, en el jardín del paraíso, es entregarle al hombre conciencia de sí mismo; le hace comer un fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal que despierta su conciencia de ser, es decir, lo despierta. Y es por eso que es castigado. Es similar a lo que ocurre con el mito de Prometeo, que roba el fuego de los dioses (el saber y la tecnología) para

regalárselo a los hombres, les «trae la luz». De hecho, encontramos la manzana de la tradición en otro mito relacionado con Venus: el mito de la manzana de las Hespérides, cuando le es entregada a ella, en desmedro de las otras enfurecidas diosas, la manzana de oro «para la más bella». Por último, nada más hermoso para cerrar esta aproximación que hacer el ejercicio de cortar una manzana, el fruto del conocimiento, a través de su ecuador. Cuando separas las dos mitades, en medio del campo de suave color marfil de la carne interior de la fruta, se recorta evidente nada menos que una perfecta estrella de cinco puntas. La manzana, el conocimiento, el lucero, Venus, Lucifer, la estrella de nuestra bandera.

Algo además maravilloso ocurrió en particular en nuestro territorio. En un continente donde el Sol y la Luna ganan por mucho la cabeza de los emblemas religiosos e imperiales, los mapuche levantaron otro símbolo en sus banderas: la *wuñelfe kushe*, una estrella de ocho puntas que representa nada menos que al mismo lucero del alba, que anuncia en su caso el inminente arribo del Ngenechén montado en su Millaruka —la casa de oro—, el Sol. Hasta el día de hoy vemos en su bandera y en el trabajo textil aparecer con insistencia la estrella de ocho puntas, que además se emparenta con la flor de su árbol sagrado, el canelo, una preciosa estrella de ocho pétalos. Fue el emblema que enarbolaron cuando se enfrentaron a los españoles. Así aparece representado Lautaro en el óleo de Fray Pedro Subercaseaux, levantando la bandera

con el planeta Venus en la forma de la estrella de ocho esquinas.

Cuenta la tradición que el propio Bernardo O'Higgins le habría dicho a caciques mapuche que la estrella de la bandera chilena también era «la estrella de Arauco». Esa primera bandera que, diseñada por Zenteno y O'Higgins, tuvo una aventura inusual bien entrado el siglo XX cuando, el 30 de marzo de 1980, en plena dictadura militar, un comando del MIR entró en el Museo de Historia Natural a primera hora de la mañana y sorprendió a todo el país. Fueron cuatro nerviosos militantes que subieron al segundo piso donde se encontraba el emblema y descubrieron, con sorpresa, que el cristal que cubría la bandera original era corredizo, que no había nada que romper para extraerla y guardarla entre sus ropas. Huyeron tranquilamente y subieron al vehículo que los esperaba en el frontis del museo, llevaban armas cortas y una ametralladora, sabiendo que si se daban las alarmas antes de tiempo no saldrían vivos del centro de Santiago. La suerte estuvo de su lado y la bandera sobre la que se juró la independencia estuvo bajo su cuidado escondida con máximo secreto incluso para sus propios dirigentes. Fue el único de los emblemas patrios originales que sobrevivió al gobierno de Pinochet; la Declaración de Independencia fue destruida durante el bombardeo y asalto a la Moneda el mismo día del golpe militar de 1973, y la espada y piocha de O'Higgins se perdieron durante el mandato militar sin saberse hasta el día de hoy su paradero. La bandera fue entregada tras una serie

de negociaciones el 19 de diciembre de 2003, en una ceremonia realizada por las Madres de Detenidos Desaparecidos en el mismo frontis del museo desde donde fuera sustraída. Fue restaurada con miras al Bicentenario y ahí nos pudimos encontrar frente a frente con el misterio más lindo de todos. Descubrir que los padres de la patria habían bordado escondida, en hilo blanco para mantenerla secreta, como un mensaje esotérico, una estrella de ocho puntas al interior de la tradicional de cinco puntas. Un asterisco oculto representando al Venus mapuche, a la Wuñelfe, al interior de la estrella solitaria que todos conocemos. Un mensaje enviado hacia el futuro con plena vigencia. La unión de dos cosmovisiones que aún es tarea pendiente para todos.

¿Hay otras formas de representación que refuerzan la idea del Chile consagrado al lucero de la mañana, a Venus, en la iconografía nacional? Sí, y una muy temprana, de cuando Pedro de Valdivia se estableció en el valle del Mapocho, en los orígenes de nuestro país. El 13 de diciembre de 1540, luego de su largo y extenuante camino desde el Perú, el conquistador salió de su campamento cercano al cerro Blanco y subió al pequeño cerro que se levantaba en el centro del valle flanqueado por el río Mapocho, que en ese entonces se abría en dos brazos cerca de la actual plaza Baquedano —uno seguía su curso actual y el otro fluía por la actual Alameda Bernardo O'Higgins. Allí, desde la altura, don Pedro de Valdivia tomó la decisión de establecerse en ese lugar, donde desde hace muy poco sabemos que preexistía un poblado

incásico de antigua data. Ese 13 de diciembre, memorable para la expedición, se celebraba en el calendario cristiano el día de Santa Lucía, una santa mártir que había sido torturada y asesinada por los romanos. Antes de morir decapitada le habían arrancado los ojos y la tradición dice que siguió viendo a pesar de sus heridas. El 13 de diciembre era, además, el día del solsticio de invierno en el hemisferio norte, el día del renacimiento del sol, de la luz, el instante del año en que el astro rey comenzaba su viaje de regreso desde las profundidades, antes del ajuste del calendario juliano al actual gregoriano. ¿Cómo se le conocía a esta santa mártir del cristianismo? Santa Lucía era conocida ni más ni menos como «la que trae la luz». Lucía, Lucifer, la estrella de la mañana. Casi dan ganas de decir que ver sin ojos es una forma metafórica de llamar al conocimiento, ver con la mente. El cerro en el centro de la República es el recordatorio también esotérico de nuestro origen luciferino secreto, dedicados a la luz, orientados hacia el Este, hacia la cordillera, siempre esperando que ese amanecer dorado para nuestra mente aparezca por fin tras las montañas. Estamos aguardando la salida del sol que, en nuestro año nuevo el 21 de junio visto desde el cerro del lucero, aparece por el cerro El Plomo, donde los incas pusieron a un guardián del valle, un recordatorio de lo que es importante para nuestro territorio. Pero esa es otra historia.

Es enero de 1939. En la ciudad de Valparaíso un grupo de amigos se reúne a conversar animadamente. No son un grupo cualquiera: abogados, juristas, políticos y gente cercana al poder intercambian opiniones inteligentes sobre materias complejas. Todo normal, todo perfecto; hasta que uno de ellos, uno de los más callados, quizás el más introvertido de todos, siente que el pecho se le aprieta, se angustia, se ahoga y rompe en un llanto desesperado que asusta al grupo. Algunos se ponen de pie, miran en torno al lugar, lo rodean preguntándole razones para las que no hay respuestas. El hombre más sobrio y reservado de todos llora envuelto en un mar de lágrimas aferrado a sí mismo, medio doblado sobre la silla que apenas lo contiene. Nadie entiende nada.

Esa noche, después de un largo viaje desde el puerto, regresó a su hogar en Santiago agotado; su figura delgada, de rasgos angulosos, cruzó la oscuridad del pasillo respirando pausadamente, giró la manilla y encendió la luz. La piel se le erizó: ahí, frente a él, en la pared del fondo, a todo lo ancho del muro, una imagen terrorífica lo llenaba todo, una ciudad destruida, cadáveres y gente herida arrastrándose entre los escombros, lamentos y gritos pintaban un fresco apocalíptico que heló la sangre de Jaime Galté. El abogado, profesor de la Universidad de Chile, se aferró al marco de la puerta y, como tantas otras veces, respiró muy hondo para soportar la irrupción de esos otros mundos que lo usaban como umbral para atravesar nuestra realidad y manifestarse. Él no lo sabía en ese momento, pero a 400 kilómetros hacia al sur de la

capital, el terremoto más catastrófico registrado hasta la fecha removía el suelo bajo Chillán, derrumbando la ciudad casi por completo y matando a miles de chilenos en una tragedia de espanto que paralizó al país y conmovió al mundo. Jaime Galté, esa noche, cargó nuevamente con la gracia y el calvario de ser canal de fuerzas desconocidas, enfermedades, voces y presencias, solo, con su propia esposa muerta apenas unos años después de casados, y dos hijas durmiendo en las habitaciones contiguas. Solo, con sus voces, sus dolores y la enorme responsabilidad que sentía por haber sido elegido. Quizás el médium más importante de Latinoamérica, requerido desde España y Francia para estudios paranormales, amigo de presidentes, jueces y ministros, dormía solo, desgastándose cada día más en una labor que sabía no le depararía un buen futuro.

La razón por la que este personaje alucinante se ha mantenido en un relativo secreto para nuestra historia, quizá responde a una forma de conducirse que los chilenos hemos olvidado. Nacido el 24 de mayo de 1903, hijo de una familia venida a menos y con serios problemas económicos, Jaime Galté perteneció a esa clase de chileno austero, sobrio, recatado y responsable que produjo el Chile duro de clase media a principios del siglo XX, y que tomó el control del país durante la década del treinta. Un tipo de chileno educado en escuela pública, profesional de universidad del Estado, funcionario receloso y eficiente, reservado, laico, no relacionado con la aristocracia y sus redes de parentesco. Un

representante de esos años que poco a poco han ido dibujándose como importantes para nuestra identidad, eso que hemos dado en llamar «El Chile Republicano» de los gobiernos radicales. El Chile que construyó escuelas públicas como loco, que inventó el país industrial, que explotó a la modernidad artística con la generación del 38 y el grupo de artistas más alucinantes que el país haya producido jamás. El de los gobiernos alejados de la Iglesia. Un chileno radical, masón y bombero, como se murmuraba; es decir, con interés social, laico y preocupado de su comunidad.

Jaime Galté fue amigo de Enrique Silva Cimma, futuro ministro de Relaciones Exteriores, cercano a jueces, profesores de la Universidad de Chile, contertulio de Miguel Serrano. Fue consultado indistintamente por Salvador Allende o Ibáñez del Campo. Y Patricio Aylwin lo recuerda como un hombre serio y responsable. Una verdadera sombra tras el poder de esos años donde todo podía ser apariencia. Él mismo se escondía, recatado, sin hacer aspaviento de sus increíbles facultades que lo llevaron a ser requerido incluso por la London Society for Physical Research, entre otras universidades del mundo y centros de investigación. Una sombra en nuestra historia cuya primera intervención terapéutica se dio en el seno de la propia familia Bachelet, cuando el abuelo de la presidenta Michelle Bachelet, Alberto Bachelet Brandt, le rogó que interviniera para salvar la vida de Liliana, su hija gravemente enferma de los riñones. Esa fue la primera vez que hizo su aparición el misterioso doctor

Halfanne, el espíritu de un doctor suizo a través de Jaime Galté. Pero ¿cómo comenzó todo? ¿Cómo es que este abogado oscuro, tímido e introvertido terminó convertido en el torbellino síquico que conmocionó al círculo de poder político más importante del país?

A principios de la década del veinte, Jaime Galté sobrevivía en una pensión santiaguina como cualquier estudiante pobre. Su familia, en Iquique, apenas podía solventar su carrera de ingeniería en la Universidad Católica. Su padre, muerto unos años antes, nada les había dejado y Jaime estudiaba como si no hubiera mañana, con la certeza de que su futuro era también el futuro de toda su familia.

Una noche, agotado por el esfuerzo, se durmió profundamente y tuvo el sueño más extraño: tomaba el tren a Valparaíso, cruzaba la famosa plaza de La Victoria y entraba a un hotel específico donde se había quedado su padre antes de morir. Le pidió al hombre tras el mesón que lo llevara a la pieza en cuestión y se quedó en ella, solo. Ahí estaba la cama donde durmió su padre, los muebles que había utilizado y la ventana por donde había mirado el pasar de los porteños. Cuando giró para retirarse se encontró de frente con la figura de su progenitor. Cuando le recordó, sorprendido, que estaba muerto, la imagen le respondió:

—En la tumba hay solo piedras.

Jaime Galté estaba conmocionado, el corazón se le salía del pecho, su padre muerto estaba frente a él, diciéndole que no

los había abandonado, que había inscrito una mina de oro a nombre de su madre y que nada les faltaría. Le entregó el nombre del notario, Tomás Díaz, le dijo que además le había entregado su reloj para que su hijo lo tuviera. Parecía querer decirle tantas cosas, pero se quedó mudo y bajó la vista. Jaime, angustiado, le rogó que no lo dejara, que no se fuera de nuevo, pero el padre parecía responder a un mandato superior.

—Tengo que irme —dijo, y Jaime despertó sobresaltado, sudoroso y alerta en su pensión de Santiago.

Esa misma mañana tomó el tren a Valparaíso, durante todo el camino pensando una y otra vez en el sueño y la posibilidad de que todo fuera nada más que una locura. La certeza se fue construyendo a medida que seguía los pasos idénticos a los que había visto en su sueño: cruzó la plaza de La Victoria, se encontró de frente al mismo Hotel Inglés y pronto se sorprendió de ver al mismo hombre tras el mesón. Titubeó un poco, le hizo la pregunta que ya conocía y fue llevado a la habitación que suponía, pero esta vez no se encontró con su padre. Regresó al mesón y consultó acerca del notario mencionado. A los pocos minutos se encontraba frente a un exaltado funcionario que se felicitaba por haberlo encontrado finalmente.

—Hay importantes papeles que tengo guardados para usted —le dijo.

Lo invitó a cenar a su casa y le entregó los papeles de la

mina. Ya al retirarse, Galté se atrevió a mencionarle el reloj. El notario se sorprendió de su conocimiento sobre el tema y entró a su habitación a buscarlo. Con el reloj apretado en su mano, Jaime Galté caminó por Valparaíso con la certeza de estar frente a un umbral extraño, pero incierto. Necesitaba un nuevo empujón para encontrar su destino.

Ese empujón vino un tiempo después, cuando en el mismo tren camino a Valparaíso se sentó junto a él un personaje peculiar. Dijo llamarse Ricardo Prat Chacón, hermano menor del héroe de Iquique. Conversaron sobre variedad de temas hasta que terminaron hablando sobre cuestiones paranormales. Ricardo Prat era sobrino de Jacinto Chacón, uno de los fundadores del espiritismo chileno y algo vio en los ojos duros, escurridizos de este estudiante que soñaba con cosas extrañas y mensajes de los muertos. Así que lo invitó a una sesión con su círculo de amigos.

Sin saber cómo, fue Jaime Galté el que terminó en trance en esa cita; con los ojos cerrados y garabateando una hoja en blanco como un energúmeno, dejó a todos sorprendidos, en silencio, mirando al joven murmurar y rayar erráticamente el cuaderno hasta que de pronto se detuvo, su rostro se apaciguó y su mano escribió con pulso firme su primera frase transmitida desde el más allá: «Acabo de naufragar en el *Itata*, me llamo… Y les ruego ir a la casa de mi amiga que vive en el cerro… de Valparaíso. Allí, dentro de un tarro, sobre un aparador, hay dinero guardado; es para ella, pero no lo sabe. Dénselo».

Cuando Galté abrió los ojos, el grupo salió muy alterado de la casa. Avanzaron hacia la dirección entregada, y por el camino se enteraron de que efectivamente había naufragado el barco en cuestión. Enfilaron al cerro indicado y por supuesto encontraron a la persona; por supuesto encontraron el dinero y por supuesto cumplieron la misión encomendada envueltos en una sensación de completa irrealidad. Jaime Galté había cruzado el umbral y nunca volvería atrás.

Luego vendría una larga vida de servicio callado y secreto, silencioso, sin paga alguna. Un esfuerzo que lo dejaba cada vez más y más debilitado, como si cada sesión le quitara días de su vida. Solicitado por expresidentes, futuros presidentes, generales, jueces y toda la fauna política del Chile de entonces, dedicó parte de su vida a canalizar al doctor Halfanne, supuestamente muerto en Bolivia en 1903, que hacía diagnósticos acertadísimos, muchas veces en contra de la opinión de los expertos. Incluso en cierta ocasión señaló un tumor cerebral que no salía en radiografías ni exámenes en la cabeza de un niño hijo de una prominente familia porteña; la junta de médicos que lo atendía, conocidos por Galté, decidieron operar entregados a su solo diagnóstico, el de un espíritu. Después de algunas horas de intervención médica, el tumor estaba ahí.

Tengamos en consideración que Jaime Galté no tenía ningún estudio de medicina y, sin embargo, cuando entraba en trance, era capaz de ponerse de pie, siempre con los ojos cerrados, y auscultar a su paciente con una destreza que

asombraba a los médicos, casi siempre presentes y muchas veces firmantes en constancias notariales que certificaban la efectividad de sus procedimientos.

> Lo que la niña tiene es una infección general de colis bacilus y un principio de meningitis. Hay que examinar las deyecciones y preparar de ellas una autovacuna. Debe revisarse también su dentadura, pues tiene focos infecciosos en los molares superiores izquierdos. Suminístresele vacunas antocoli cuatro a seis veces al día, del Instituto Massone. Suero glucosado con adrenalina dos veces al día. Hay que desinfectar cuidadosamente la boca y encías con miel de bórax y Lacteol líquido. Para su alimentación prefiero jugo de zanahorias, agua de avena con azúcar. Soxhel en abundancia y sopas de verduras que no contengan acelga o tomate.

Así escribió el doctor Halfanne, a través de Galté, el diagnóstico para una niña de siete años de la familia del diputado por Valparaíso Luis Valencia Courbis. En presencia de los doctores Raimundo Labatut y Leonidas Corona, se realizó uno de los casos más documentados de su carrera. Nadie había podido descubrir el origen de la infección, ningún facultativo había sospechado de una complicación dental, tampoco habían detectado una temprana meningitis producto del cuadro.

Dos días más tarde, Galté regresó. La niña parecía mucho más grave que en el encuentro anterior; sin embargo, entró en trance y escribió en la caligrafía amplia de Halfanne, tan diferente a la propia, pequeña, medida y clara, lo siguiente:

> La encuentro mucho mejor, aunque haya aumentado la irritación de las meninges. Por lo pronto no cambio nada. Autovacuna día por medio. Esto hará crisis en tres días más. Vivirá.

Con los días, María Graciela Valencia fue mejorando,

disminuyó la fiebre y en pocas semanas se restableció por completo. Todo se cumplió exactamente como Galté pronosticó. El hermano de la niña, Luis Valencia, en ese entonces de catorce años, llevó todo el caso en un diario donde registró cada detalle, documento de estudio precioso que lo acompañó hasta su adultez, cuando se convirtió en senador de la República y miembro de la Academia Chilena de Historia.

Jaime Galté diagnosticó infecciones, cáncer, problemas dentales, recetó medicamentos experimentales desconocidos en Chile; muchas veces hubo que preguntar en institutos parisinos específicos para dar con el remedio indicado. Incluso fue capaz de dibujar fracturas que después, comparadas con radiografías, aparecían perturbadoramente ajustadas a la realidad. Halfanne, el doctor que canalizaba, parecía estar al tanto de los más tempranos avances de la medicina en el mundo. Directo, el doctor tenía carácter preciso, fuerte pero templado. «¿Quién fue el imbécil que diagnosticó tumor? La señora está embarazada», escribió con caligrafía dura frente a un diagnóstico erróneo.

Su familia guarda aún muchas de estas páginas escritas, otras se encuentran incluso enmarcadas en casas de familias agradecidas por su atención. Una en particular, escrita en circunstancias excepcionales, está protegida y plastificada en poder de la familia del excanciller Silva Cimma. En cierta oportunidad, en medio de una sesión, Galté mencionó que había un espíritu que quería expresarse, pero se mantuvo en

silencio, incapaz de hablar, como si la entidad fuera demasiado débil o poco experimentada. Le entregaron entonces un lápiz y un papel y comenzó a escribir pausadamente.

> Enrique,
>
> He estado cerca de ti y te he acompañado en tus momentos significativos.
>
> Tu niño lo recibí yo y está feliz ahora y está evolucionando.
>
> Yo jamás me imaginé que esta vida de ultratumba fuera tan portentosa, para mí que no tenía creencia en ella, fue una gran revelación.
>
> Abrazo a Nena y uno muy fuerte de
>
> Armando

Enrique Silva Cimma tenía poco menos de treinta años, había perdido a su padre, Armando Silva, años atrás, y la experiencia lo derrumbó, se le cerró la garganta y tuvo que contener el llanto. El niño al que se refería era su hijo, muerto un año atrás. Tomó el papel y lo primero que hizo fue llevárselo a su hermano, dentista y jefe de la Policía de Investigaciones, quien lo hizo periciar por expertos solo para sorprenderse aún más con los resultados: el perito confirmó que la letra era sin duda la de su padre muerto años atrás.

Los médiums se clasifican en tres niveles: aquellos que entregan consuelo a través del contacto con personas queridas que partieron; los que ejercen actividades terapéuticas, y quienes entregan información y reflexiones filosóficas sobre el más allá y sus características. Jaime Galté reunió estas tres características de modo excepcional, una verdadera rara avis en un mundo donde lo extraño es lo usual. Muchas veces se reunió particularmente con sus compañeros de la logia

masónica a la que pertenecía, la Prometeo 101, para encarnar con el otro espíritu con el que tuvo larga relación, un supuesto inglés de apellido Lowe, que a diferencia de Halfanne no escribía, sino que se expresaba con una voz profunda y afectada, de acento británico marcado y gran vuelo metafórico, a diferencia de la parquedad de Halfanne y del propio Galté. Canalizando a Lowe escribió tres libros bajo su firma, a partir de 1951, que aún pueden consultarse en la Biblioteca Nacional: *Ante el umbral, En el umbral* y *El escarabajo sagrado*, este último una extraña novela corta que involucra a dioses egipcios y un supuesto objeto de poder que habría sido traído a Chile y entregado al propio Jaime Galté: un escarabajo de piedra de misteriosas propiedades que, suponemos, aún se encuentra en nuestro país.

Jaime Galté fue una sombra moviéndose entre el poder del Chile más consistente de todos, ese que abarcó desde la década del treinta hasta la de fines de los cincuenta. Podemos decir que las autoridades del Chile más laico y sobrio de nuestra historia tuvieron a un asesor que se comunicaba con los espíritus, un miembro de la masonería que contribuyó a formar el corpus legislativo y a los abogados de nuestro país y que además contactaba a los muertos. Jaime Galté tocaba magistralmente el piano mientras estaba en trance, un instrumento que casi desconocía. Era un personaje extraño, recuerda en algo a Lovecraft con su rostro alargado, su pulcritud y su distancia. Alguna vez le confesó a su amigo, el profesor Hugo Pereira, que tenía cuatro riñones. Miguel

Serrano se refirió a él en su biografía como «un mutante chileno», un hombre con facultades excepcionales escondido de todos por su discreción, austeridad y profundo sentido ético, un fantasma entre los vivos.

Jaime Galté abrazó su destino como quien se aferra a una antorcha, consciente de la luz que entregaría y del daño que se haría en el camino. Sufrió muchísimo cuando cayó postrado por la enfermedad que finalmente lo mató. Llamaba a su madre en medio de atroces dolores. La noche anterior a su muerte contó haber visto a un encapuchado que le retiraba piedrecitas desde el pecho. Con cada piedrecita algo del dolor retrocedía. Jaime Galté murió, cómo no, el día 1 de noviembre, día de todos los santos, de 1965, de un linfosarcoma generalizado. Su agonía fue larga y dolorosa, producto del desgaste por toda una vida de servicio peligroso, dicen algunos.

Una última sorpresa dejó este hombre maravilloso. Cuando sus hijas revisaron sus cosas, encontraron en su agenda el día de su muerte marcado previamente y con una única anotación: 8.35, la hora exacta en que abandonó este mundo. Jaime Galté había cruzado finalmente un umbral que le había tomado casi cuarenta años recorrer, un túnel solitario y doloroso donde entregó todo lo que pudo en servicio a los demás, sin pedir jamás algo a cambio.

¿Quién mató a Silva Renard, el general de la masacre de la Escuela Santa María?

Lunes 14 de diciembre de 1914, la mañana está soleada como casi siempre en el valle de Santiago. El general Roberto Silva Renard, de cincuenta y nueve años, sale de su casa en el barrio aledaño al parque Cousiño. Vestido de uniforme y espada al cinto, se prepara para cubrir a pie la distancia que lo separa de la fábrica de cartuchos en lo que era su trabajo por esos días, encargado de los arsenales de guerra de Santiago para el Ejército de Chile. El general Silva Renard era un respetado oficial, muy conocido en un barrio que cada día lo veía salir puntualmente a las diez de la mañana, saludando a los vecinos, caminando como quien desfila. No todos en la calle Viel conocen la historia detrás del nombre, pocos saben que luchó en la Guerra del Pacífico en las decisivas batallas de Chorrillos y Miraflores, cuando se decidió prácticamente la caída de Lima y el fin de la guerra. Tampoco que años más tarde se unió al bando traidor al gobierno de la época para provocar la caída de Balmaceda y sus intentos reformadores en la política del salitre. Ascendido a coronel, fue el fiscal que determinó que la masacre de militares contra obreros en el puerto de Valparaíso, en 1903, había sido todo lo contrario, una afrenta donde los uniformados habían sido las pobres víctimas. Mientras camina por calle Viel hacia el sur, en dirección a su tranquilo trabajo, seguramente fue saludado por alguna vecina que tampoco sabe que el general comandó las tropas que masacraron a obreros en la oficina salitrera Chile, en 1904. Así camina por la calle este cementerio humano, brillando bajo el sol de la mañana con tanto metal

en las vestimentas. Quizá recordando que el año siguiente se cumplirán diez años desde que ingresara a Santiago al mando de la guarnición para aplacar el llamado «Mitin de la carne», que fue una serie de manifestaciones populares detonadas por las violentas alzas a los precios en carnicerías y mataderos. La fusilería esa vez se descargó contra la población causando entre setenta y ochenta muertos, y más de trescientos heridos. El general camina distraído, tal vez pensando en la cantidad de salitre que necesitará su fábrica para la elaboración de pólvora ese verano, preocupado además por las noticias que llegan desde Europa, entusiasmado seguramente por la campaña del Imperio Alemán, quizás aún en contacto con los militares e instructores prusianos que formaron el corazón del Ejército chileno y en cuyo honor adoptaron uniformes, cascos, emblemas y marchas wagnerianas. Llena de pompa la cabeza, llena de cielo la mirada, sin percatarse de la sombra que se mueve allá adelante, a unos metros de distancia. Un hombre vestido completamente de negro, con un sombrero del mismo color, camina a contraluz del sol que se levanta sobre la cordillera. El general ensimismado no le presta atención, es un general de la República, un hombre respetable, nadie osaría hacerle daño ahí en sus propios terrenos. El hombre se acerca en línea recta, se le ve una frondosa barba bajo el sombrero. Silva Renard da por hecho que se hará a un costado dada su jerarquía. Pero el hombre aprieta un puño en el bolsillo de su pantalón y levanta la cara. Silva Renard debe haber visto un rostro hirsuto, ojos

llameantes y en el último momento un brillo surgiendo entre sus ropas. La acción es veloz, el hombre se le va encima y con un movimiento casi imperceptible le hunde una daga de veinte centímetros en el cuello. El militar se lleva las manos a la garganta, intenta protegerse pero una y otra vez, de manera violenta, el hombre hunde la daga en la carne del uniformado: en la nuca, el costado, un brazo, cinco veces antes de recuperar algo de calma y mirar alrededor para constatar que muchas personas han sido testigos del hecho y comienzan a gritar y a moverse en dirección a ellos. Silva Renard cae de rodillas, las manos en el cuello intentando detener la sangre que ya tiñe su uniforme; esta vez su propia sangre. No puede gritar, cae y desde el suelo ve una sombra de ropas negras huir y doblar por calle Rondizzoni, seguido de algunos vecinos y un policía presente en los alrededores. Santiago gira ante sus ojos, el pánico lo inunda, todos sus nervios gritan que no quiere morir, el paisaje se le aleja y abre los ojos desmesuradamente porque no quiere irse, pero la oscuridad lo calma, lo aplasta contra el piso y lo acuna. Roberto Silva Renard cierra los ojos mientras los vecinos intentan detener la hemorragia y llamar por ayuda. En un charco de sangre, el general que ordenó la masacre de obreros en la Escuela Santa María de Iquique espera a que acabe su agonía.

Siete años antes, alrededor de las cuatro de la tarde del 21 de diciembre de 1907, la humareda de la pólvora y la metralla, la tierra levantada y el humo de algún pequeño incendio se aplacaban para dejar a la vista el infierno desatado sobre la

plaza Montt y la Escuela Santa María de Iquique. El vicario Martin Rucker sostenía el cadáver de un niño entre los brazos de su sotana ensangrentada, mientras se lo enseñaba a Silva Renard y le gritaba improperios que el general ni siquiera escuchaba, ahí arriba, sobre la montura de su caballo. El espectáculo debe haber sido aterrador: cientos de cadáveres, alaridos, un sinfín de heridos de gravedad, llantos, personas arrastrándose entre los cuerpos de hombres, mujeres y niños masacrados por la fusilería de los militares, las ametralladoras de los marinos y las lanzas de la policía montada que no dudó en arremeter y atravesar a cualquiera que se cruzara en su carga. El ingreso de la milicia que a culatazos golpeaba y empujaba a los sobrevivientes hacia afuera. Mujeres llamando a sus hombres, niños buscando a sus padres, disparos repentinos a la distancia, ejecuciones y tiros de gracia. Silva Renard retirándose de la escena en dirección a la Intendencia, a informarle al representante del gobierno que las órdenes se habían cumplido limpiamente. Luego, miles de obreros eran cargados en trenes como animales de regreso a la pampa, mientras otros cientos eran enviados a Valparaíso en las sentinas de los buques de guerra, un viaje de una semana en condiciones atroces. El sueño de mejoras laborales, justicia y trato digno habían terminado nuevamente en un baño de sangre.

Más tarde, las carretas llenas de cuerpos atravesaban en silencio las calles de Iquique en dirección a las fosas comunes, mientras la gente miraba asustada tras las cortinas de sus

casas. Carretas llenas de chilenos, pero también de peruanos y bolivianos que habían apoyado la huelga. Extranjeros que habían sido eximidos de culpa por las acciones de sus respectivos cónsules, pero que al momento de pedirles abandonar el lugar donde permanecían rodeados por militares habían dicho: «Con los chilenos vinimos y con los chilenos moriremos». Carretas llenas de mujeres que días antes se habían hecho cargo de las enormes ollas con las que la comunidad organizada había levantado un pequeño pueblo dentro de la ciudad, mujeres que trabajaban cargando a sus hijos en la espalda y en el costado, que no se retiraron cuando fueron advertidas por los uniformados y que permanecieron junto a sus hombres porque nada tenían que perder, porque nada tenían. Algunas de ellas muertas pero todavía abrazadas a los cuerpos sin vida de sus guaguas. Carretas llenas de cuerpos que solo días antes se miraban unos a otros sorprendidos de haber podido levantar un reclamo, riéndose cómplice y nerviosamente por haber conseguido levantarse contra la explotación y la miseria, con ojos llenos de tierra pero llenos de cielo porque quizás ahora las cosas iban a cambiar. Carretas llenas de sueños muertos, cuando en vez de respuestas a sus sencillas peticiones lo que llegó fue un contingente militar a rodearlos con armas de guerra y ladridos. Interminables carretas dejando una línea de sangre en el suelo de las calles de Iquique, de todo el país. En una de esas carretas iba también el cadáver de un joven obrero español de apellido Manuel Vaca, medio hermano de otro

joven con el que había viajado desde la península al nuevo mundo en busca de mejores horizontes, Antonio Ramón Ramón. En ese entonces este último se hacía el salario en territorio argentino, alejado de su hermano pero siempre en contacto epistolar, hasta que las cartas dejaron de llegar ese diciembre de 1907. En esas cartas, seguramente Manuel Vaca le contaba a su hermano la miseria en la que vivían los mineros y sus familias, alejados de todo en verdaderas islas en medio del desierto, alojados en casas de calamina y piso de tierra, congeladores de noche, hornos de día. Comprando a precios elevados los alimentos que los propios patrones les vendían, con prohibición absoluta de comprar en otros sitios.

Todos lamentaron los hechos de Iquique como inevitables. Los empresarios británicos del salitre dijeron que defendían la estabilidad de la industria del salitre, los funcionarios de gobierno que se defendía el estado de derecho y los militares que cumplían órdenes.

El ministro del Interior, Rafael Sotomayor, principal artífice de la matanza junto al presidente Pedro Montt, declaró que «hubo que apelar a recursos extremos y dolorosos, pero que las difíciles circunstancias hacían, por desgracia, inevitables». Según él, también para el Ejército fue una pena porque «para nadie habrá sido más doloroso que para ellos el proceder como lo hicieron, obligados por los acontecimientos: porque nuestros militares son tan pundonorosos como humanos y ciertamente no han de cifrar su gloria en batirse con el pueblo». Para empresarios,

gobierno y militares la situación había sido «dolorosa», pero los miles de muertos eran los obreros; las miles de familias destrozadas y huérfanos eran de trabajadores, no de empresarios, funcionarios o uniformados. Quizá sea esta la primera gran acción de fuerza usando a los militares contra ese «enemigo interno», la organización de los trabajadores, quizá la primera de muchas de la clase alta chilena y el Estado a lo largo de todo el siglo XX. Herramienta a la que echarían mano cada vez que les pareciera, encontrando su cúlmine en la dictadura de Augusto Pinochet; cerrando, en ese gesto monumental de persecución y masacre como mecanismo permanente del Estado, una historia de persecución contra la clase trabajadora.

El historiador Hernán Ramírez Necochea estima que entre 1901 y 1970 murieron alrededor de quince mil personas producto de la acción de uniformados en matanzas como la de las oficinas La Coruña y Buenaventura, la masacre del Seguro Obrero o las muertes en Pampa Irigoin a fines de los sesenta. Hay que sumarle las más de tres mil víctimas reconocidas de la dictadura cívico-militar y el panorama es desolador: el Estado chileno, a través de sus Fuerzas Armadas y de Orden, ha matado a más compatriotas que a extranjeros, más que a todos los muertos en toda la Guerra del Pacífico o en cualquier conflicto que hayan enfrentado con fuerzas extranjeras.

El general Silva Renard hablaría solo de ciento cuarenta muertos en su muy justificado y cuidadoso informe. La

Intendencia intentó por todos los medios ocultar la cifra real, enterrando rápidamente en fosas comunes y sin partes de defunción los cadáveres de muchos de los trabajadores. Con el tiempo se ha sabido que fueron alrededor de 2.200 los obreros, mujeres y niños masacrados esa tarde de diciembre, rodeados y ametrallados sin piedad. Los cuerpos de los trabajadores mártires de la Escuela Santa María permanecieron enterrados en una fosa común, abandonados de toda dignidad hasta el año 2007, cuando recién a cien años de los hechos el gobierno de la época ordenó exhumarlos y darles sepultura digna, en un monumento visible y bajo duelo nacional.

No mucha gente sabe que parte del petitorio de los obreros era solamente mantener una balanza en las pulperías para evitar ser estafados por los dueños de los almacenes: sus propios patrones.

Pocos saben que pedían seguridad laboral mínima, en la forma de rejas en torno a los fondos donde hervía el caliche, para evitar caer y morir calcinados.

Poca gente sabe que uno de los aspectos más importantes del petitorio de esos «salvajes de la pampa», una de las cosas terribles que solicitaban y que motivó el traslado y desembarco de tropas, era contar con una escuela.

También poca gente sabe que Rafael Sotomayor, el ministro del Interior que ordenó la masacre para poner fin a la huelga, fue procesado años después cuando se descubrió

que poseía intereses accionarios en la industria del salitre iquiqueño.

Otro monumento, menos ruidoso y espectacular, se levantó en 2008 en la esquina de calle Viel y Rondizzoni, en Santiago. Un colectivo ácrata, en silencio y sin permiso municipal, realizó una ceremonia sencilla para conmemorar el gesto del hombre de negro que esa mañana de 1914 se abalanzó sobre Silva Renard para vengar de algún modo el horror de Iquique. Una piedra recuerda el nombre de Antonio Ramón Ramón, el español que en 1907, desesperado por la falta de noticias sobre su hermano, realizó un viaje desde Mendoza hasta Iquique para obtener noticias de su paradero. Debe haber sido un viaje titánico, quizás a caballo hasta Chile, de polizón en algún tren, caminando enormes trechos a pie bajo el sol del norte, de pueblo en pueblo preguntando, obteniendo datos aquí y allá, relatos horrendos sobre algo terrible acaecido en ese puerto más al norte. Su llegada a Iquique debe haber sido desoladora, lo puedo ver conversando con obreros, buscando pistas y dibujando poco a poco la certeza más atroz: su hermano había sido asesinado y enterrado en algún agujero en el desierto, sin nombre ni tumba, indistinguible de los huesos de otros miles bajo el polvo. Lo imagino gritando, llorando, pateando las paredes, mirando el techo y armando el laberinto de los hechos, desvelado reconstruyendo la historia una y otra vez. Su rabia, el olfato aguzado por la venganza, preparando un acto que le tomaría siete años afinar; trazando las pistas desde Iquique

hasta Santiago para dar con el nombre, la casa, la dirección, la rutina, el día perfecto, la daga en el bolsillo, el sol a su espalda, el militar regordete caminando hacia él. Siete años para dar unos golpes de cuchillo que no ocasionarían el daño esperado, después su fuga por las calles del barrio hasta ser alcanzado por policías y militares que rondaban la zona, los golpes terribles a los que fue sometido y la prisión. La oscuridad y su fracaso. El silencio.

Hay quienes dicen que se pierde su rastro completamente luego de su ingreso a la Penitenciaría. Hay otras versiones que dicen que fue liberado recién en 1921 y expulsado del país para morir en la miseria tres años después. Antonio Ramón Ramón se disolvió en la historia tal como apareció en la vida de Silva Renard, que si bien sobrevivió a las estocadas quedó con secuelas que se fueron agravando cada vez más, provocándole primero parálisis facial, luego la pérdida de un ojo y finalmente la completa inmovilidad en una agonía que duró más de cuatro años, hasta que murió en Viña del Mar el 7 de julio de 1920, seguramente orgulloso de su carrera, homenajeado por el Ejército que declaró en su memorial: «Herido alevosamente en los últimos días por una mano criminal, armada por la venenosa propaganda anarquista, sufrió altivamente las injusticias de la suerte [...] dedicando las últimas energías de su vida en provecho de la Nación y del Ejército». Según ellos, Roberto Silva Renard fue todo un ejemplo para la patria y así terminó su último viaje, vestido de gala, lleno de flores, con un regimiento bautizado con su

nombre y depositado en tierra fértil a la sombra fresca de árboles añosos, tan distinto paisaje a la arenisca calcinada y el polvo áspero bajo el cual durmieron hacinados durante tantos años los huesos pobres de mineros que quisieron cambiar un poco su miseria.

El reino francés de la Araucanía aún existe
y tiene herederos en Europa

Antes de la entrada a sangre y fuego de las tropas chilenas a la zona de la Araucanía, de las masacres, deportaciones, violaciones y robo de tierra que sufrió el pueblo mapuche por parte del Estado chileno durante el siglo XIX. Antes incluso del gran imperio que el legendario cacique Kalfukura levantara desde el Pacífico hasta el Atlántico e hiciera temblar a los presidentes de Argentina y Chile por igual, hubo un insólito reino a la europea, una nobleza de la araucaria, el trarilonco y el chamanto en medio de los volcanes y lagos de la *wallmapu*.

¿Se imaginan a un francés llegando a Chile, presentándose frente a los mapuche, muy campante, para decirles que desde ese momento se proclama rey de la Araucanía y a ellos los nombra sus súbditos? No solo eso, sino imaginen que efectivamente lo aceptan y le ayudan a fundar una dinastía alucinada en el fin del mundo que es materia de estudio hasta el día de hoy.

Para entender un poco mejor este reino extravagante hay que situarse a mediados del siglo XIX, cuando aún seguía la carrera de los imperios europeos por hacerse con la mayor cantidad de colonias posibles. Las materias primas que podían obtenerse de las provincias de ultramar iban desde las especias hasta los diamantes, las telas preciosas y animales exóticos. Las colonias eran, además, objetos de estatus para las coronas que competían entre sí no solo por el poder sino también por los fastos y la dignidad que exige la nobleza.

En este contexto, incomprensible hoy para cualquiera de

nosotros (a nadie se le ocurriría ir por ahí y reclamar territorios… porque sí), es que aparece por Chile un personaje extrañísimo, un soñador que venía con la idea en la cabeza de reunir provincias hispanoamericanas bajo una monarquía afín a Francia. No era raro; los mismos franceses habían acuñado el término «latinoamericano», en el afán de acercarse a nuestros países productores de enormes cantidades de riqueza para la corona española, término sin ningún asidero pues los americanos de «latinos» tenemos poco.

Este demente, Orélie Antoine de Tounens, abogado y masón nacido en Chourgnac el 12 de mayo de 1825, ejerció durante años en aburridos tribunales de Francia antes de decidir viajar a América para convertirse en rey.

Lo único más extraño que tomar la decisión de convertirse en monarca es que el plan resulte, y a Orélie le resultó. Un reinado corto, pero efectivo.

Llegó a Chile por Coquimbo y durante dos años aprendió español, conoció las costumbres locales, se reunió con las logias masónicas y se quemó las pestañas definiendo cuidadosamente los territorios sobre los cuales fundaría su imperio de fábula.

En esos tiempos los territorios de la Araucanía no estaban dominados efectivamente por Chile: poderosos caciques que en la práctica poseían investidura de jefes de Estado manejaban esas tierras a su antojo. Los caciques Kilapán y

Kalfukura negociaban directamente con los ministros y presidentes de Argentina y Chile. Se podía decir que el imperio ya existía y Orélie solo debía seguir el mismo procedimiento español de la Conquista: situarse en la cima y reclamar el reino. Entendió de modo muy inteligente que podía aprovecharse de la discordia viva que existía entre las autoridades chilenas y las mapuche, situándose entre ellas y ofreciendo mediación.

En octubre de 1860, nuestro aspirante a emperador de la Patagonia llegó a Valdivia y se internó en tierras del cacique Kilapán, prohibidas para los chilenos, acompañado de un intérprete y dos franceses.

Solo imagínense a este francés llegando al poblado mapuche, vestido de traje, poncho, pidiendo ser proclamado rey ante los sorprendidos indígenas. Pero, por algún misterio, ese que acompaña a veces a los locos, Kilapán lo recibe y escucha, quizás entretenido por el delirio de este hombrote de maneras extrañas. Orélie se sienta y dispara: viene a ofrecer el apoyo y protección del emperador Napoleón III en la fundación de un Estado mapuche que pueda ofrecer resistencia contra los chilenos y su ejército.

—Cuéntame más —le habrá dicho el cacique.

La tesis no era descabellada: la Araucanía no fue afectada por el proceso de independencia chilena porque técnicamente nunca fue dominada por el rey de España, es decir, podía ser reclamada.

El aspirante a rey aprendió mapudungún, se dejó el cabello largo, vistió poncho y convivió en las rucas con sus futuros súbditos durante semanas. El 17 de noviembre de 1860, en una ceremonia que debe estar entre los hechos más insólitos de nuestra historia, un francés hablando a media lengua en mapuche, se autonombró rey de la Araucanía en medio de los bosques de lenga, coigüe y canelo del sur de Chile. Orélie Antoine I, rey de la Araucanía y la Patagonia, príncipe de Aucas, duque de Kialeou y Conde de Alsena, para ser más precisos. Por supuesto creó un escudo real, una moneda, una Constitución y una preciosa bandera de colores azul, blanco y verde. Contrató además al músico alemán Wilhelm Frick para que compusiera el himno del reino, una melosa oda a su propia persona que se tituló «Himno real a Orélie Antoine». El 20 de noviembre declaró, desde su ruca, la anexión de la Patagonia y estableció los límites de su reino, desde el Bío-Bío al estrecho de Magallanes, y desde la costa del Pacífico hasta las del Atlántico, nada menos.

Lo impresionante es que no solo convenció a Kilapán, sino que se reunió con otros caciques y consiguió algún grado de apoyo general entre la feble organización mapuche de la época. Incluso alcanzó a organizar maniobras militares contra poblados chilenos que nunca llegaron a realizarse.

Por supuesto que era un caballero educado, de manera que le envió prontamente una carta al gobierno chileno de Manuel Montt informándole:

> Nos, Orélie Antoine I, por la gracia de Dios, Rey de la Araucanía, nos hacemos

el honor de imponeros de nuestro advenimiento al trono que acabamos de fundar en Araucanía.

¡Pedimos a Dios, Excelencia, que os tenga en su santa y digna guarda!

Todo este circo no le pareció tan divertido al gobierno chileno y encargó la búsqueda del rey, que fue finalmente capturado por Cornelio Saavedra y arrastrado a Valparaíso, donde fue rápidamente juzgado y despachado al manicomio disponible sin mayor trámite. De ahí lo sacó el cónsul francés para enviarlo de regreso a Francia, pero nuestro amigo no se quedó tranquilo. Preso de la responsabilidad que sentía hacia sus súbditos, su majestad araucana llegó a viajar de regreso y ser deportado cuatro veces más, lapso durante el cual fue asaltado, casi degollado, se enfermó gravemente, e incluso fue despojado de la Constitución y su título nobiliario por otro francés, monsieur Planchet, que intentó sublevar a los indígenas en su nombre y sin ningún éxito.

De regreso en Francia definitivamente, instaló su corte en un departamento de Bordeaux, repartió títulos de nobleza entre sus amigos, mantuvo correspondencia (unívoca) con las cortes europeas, a quienes intentaba convencer de la legitimidad de sus reivindicaciones; publicó un diccionario francés-mapudungún y acuñó monedas de bronce con el sello real de la Araucanía y la Patagonia, que hoy valen su peso en oro en el mercado coleccionista.

Pero nunca fue reconocido por sus «pares» de la alta aristocracia europea; sus amigos le conseguían trabajo a cambio de títulos de nobleza que no valían nada y murió

pobre en el mismo Bordeaux, curiosamente un 17 de septiembre de 1878, en vísperas de la celebración del día nacional de nuestro país.

Créalo o no, el reino sobrevivió a su creador y pasó a manos de su heredero Gustave Aquiles Leviarde, Aquiles I rey de la Araucanía, quien como primera medida de su reinado le escribió al presidente de Estados Unidos, Stephens Grover Cleveland, solicitándole ayuda urgente para liberar su reino de las garras de la República de Chile. Aquiles I murió esperando la respuesta a esa carta en marzo de 1902, sin haber visitado jamás a sus amados súbditos. Su canciller, administrador de un bar en París, comunicó a los medios que no podía revelar el nombre del sucesor sin antes informar a las monarquías europeas. Antonio II, rey de la Araucanía, lo sucedió, al igual que la reina Laura Teresa I (1902-1916), el rey Antonio III (1916-1951) y el rey Felipe I, que asumió la corona en 1951 y mantuvo contactos con algunos líderes mapuche, interrumpidos desgraciadamente por su fallecimiento en enero de 2014.

Hoy, la dinastía sobrevive vendiendo sellos postales reales, monedas acuñadas con el sello del reino y títulos de nobleza «legítimos». Por lo pronto, quienes viven al sur del Bío-Bío en Osorno, Temuco, Coyhaique o Punta Arenas, pueden estar tranquilos, pues ha asumido recientemente su graciosa majestad el rey Antonio IV de la Araucanía y la Patagonia; el reino más extraño del planeta está a salvo.

Ingrid Olderock, un monstruo chileno

En calle Coventry con Baden, plena comuna de Ñuñoa, una mujer yace en el suelo chapoteando en su propia sangre mientras intenta levantarse; fracasa, lo intenta de nuevo y murmura frases ininteligibles. Los ojos bailan, los árboles de la calle giran y la sangre sale desde su cabeza como una tela que la envuelve, la amarra, la hace trastabillar y caer otra vez. A lo lejos escucha una sirena de ambulancia acercarse, todo parece ocurrir bajo el agua. Ve siluetas humanas que la acosan como fantasmas, ella está tras un vidrio empañado.

—Que no… que no se lleven las cajas… las cajas… escóndanme las cajas…

Los vecinos miran aterrorizados a esta mujer madura, gordita y callada; era una vecina tranquila, quizás un tanto nerviosa. De pronto consigue ponerse de rodillas y, envuelta en un velo sanguinolento, comienza a rezar a viva voz. Son las 7.30 de la mañana y la oficial Ingrid Olderock se desangra de rodillas en una esquina de la comuna más apacible de la capital. Era el miércoles 15 de julio de 1981.

Nadie en el barrio sabía muy bien quién era esta oficial de Carabineros silenciosa, bajita, sola, que fumaba dos cajetillas de cigarrillos al día y caminaba cabeza gacha hacia el paradero de buses cada mañana, apenas saludando. Nadie sabía que había sido la primera mujer paracaidista de todas las Fuerzas Armadas chilenas, que había estado en el primer destacamento femenino de Carabineros de su historia y que poseía un historial de espanto como torturadora de ese

regimiento monstruoso que fue la Dina, una subordinada directa del general Manuel Contreras.

Ingrid Felicitas Olderock Bernhard era nieta de inmigrantes alemanes. Se educó en un hogar donde constantemente se enfatizaban el orden, la disciplina y la voluntad. Un hogar que despreciaba a los «indios» y a los propios chilenos; donde se adoraba abiertamente la figura de Adolfo Hitler al punto de declararse nazis y admiradores de la obra del Tercer Reich. Ese apego a la disciplina la elevó en su carrera militar, y el desatado anticomunismo, inculcado por su familia, la llevó a estar entre las elegidas para encabezar las tareas que el nuevo orden implantado en Chile desde el 11 de septiembre de 1973 exigía.

Una ambulancia de Carabineros llegó al lugar solo quince minutos después de los hechos. La mujer le murmuraba frases ininteligibles a una vecina que pertenecía a la Fuerza Aérea de Chile. Algo sobre unas cajas, información y una carpeta perdida, también algo acerca de un papagayo; delirios de una moribunda, seguro. Su casa en Coventry 349 había quedado cerrada; le habían robado la cartera en el evento y no tenía llaves para entrar y arreglar algo que supuestamente tenía al interior de su hogar. Eso la desesperaba y se resistía a los enfermeros que la subían a la ambulancia mientras insistía en que no se la llevaran, que la dejaran ir a su casa, la casa donde se protegía con una Browning 7.65 que guardaba en su velador, con su arma de servicio calibre 38, siempre a mano en su cartera, y con una pistola calibre 45 escondida en el

horno de su cocina, por si se veía arrinconada en algún ataque venido de quién sabe dónde. Las puertas de la ambulancia se cerraron contra las miradas espantadas de sus vecinos, y el vehículo aceleró por las calles de Ñuñoa en dirección al hospital institucional, no lejos de ahí.

En otro lugar de Santiago, Raúl Castro y Carlos Bruit transitaban por distintas calles hacia la casa de seguridad del MIR que les habían fijado como destino. Era invierno pero sudaban, miraban en todas direcciones y caminaban tan rápidamente como podían, tratando de no llamar demasiado la atención. Chile era un campo minado en esos años y cada ciudadano sentía que una indiscreción dicha en un paradero de micros podía convertirse en una pesadilla, puertas quebradas, sueño quebrado, vidas quebradas. La militancia era un infierno aún peor, los miristas habían caído como moscas durante la década de los setenta, incluido su líder Miguel Enríquez. El comando que cometió el atentado se autonombró Lumi Videla en honor a una militante de veintiséis años que había sido detenida en 1974, golpeada, torturada con shocks eléctricos, violada, asfixiada y, finalmente, su cuerpo desnudo, arrojado de madrugada a los jardines de la embajada de Italia.

Cuando llegaron al punto de reunión, se encerraron nerviosos a la espera de instrucciones. Tiraron sobre una mesa lo que habían conseguido quitarle a Olderock y comenzaron a revisarlo. En su cartera encontraron el revólver calibre 38 institucional, con marca de Carabineros de Chile,

algunos papeles y objetos sin valor. Pero cuando abrieron la carpeta de cuero, con el dibujo de un papagayo en su cubierta, se encontraron con algo que jamás habrían sospechado. Después de revisar en detalle, se miraron asustados; ya no sabían con claridad adónde ir, si esperar o huir, menos en quién confiar.

Ingrid Olderock había sido entrenada en Tejas Verdes, el laboratorio que Manuel Contreras estableció en San Antonio, y donde se registran las primeras acciones brutales en contra de opositores al régimen militar. Ahí escuchó, al igual que el resto de sus colaboradores, la famosa arenga de Contreras:

—¡No me sirven los santos aquí, necesito prostitutas, ladrones y asesinos!

Tras un paso por labores administrativas, avanzó en su «carrera» hasta que la asignaron al cuartel de calle Irán 3037, comuna de Macul, una casa de dos pisos de jardines amplios y apenas separada de las casas contiguas. La apodaban La Discotheque, por el alto volumen de la música que mañana y tarde sonaba para esconder los alaridos de quienes eran vejados, electrocutados y golpeados hasta la muerte en su interior. Julio Iglesias, Roberto Carlos o Sandro eran los artistas que se escuchaban en el soundtrack de los matarifes que trabajaban ordenadamente en horario de oficina, ni un minuto más, ni un minuto menos, marcando la tarjeta de la burocracia estatal que a fin de mes extendía su cheque salido del bolsillo de todos los chilenos de la época, que no solo

pagaban sus sueldos, sino también la cuenta del agua con que se llenaban las tinas donde ahogaban a la gente, la cuenta del teléfono desde donde se llamaba para amedrentar psicológicamente a quienes consideraran; pero, sobre todo, la cuenta de la electricidad, que se usaba a destajo sobre los ojos, las encías, el ano, la vagina o, incluso, como está establecido jurídicamente sin lugar a dudas, directamente sobre el feto de algunas detenidas embarazadas para producir su muerte, aborto y posterior hemorragia.

Eran funcionarios modelo que trabajaban ocho horas diarias y regresaban a sus casas con sus familias a ver televisión o jugar con sus hijos. Durante la noche solo quedaban guardias que, para capear el tiempo, iban a las celdas a escoger a alguna detenida joven nueva para golpearla, jugar con ella un rato y violarla. Chile está lleno de adultos que aún no saben en qué trabajaban sus padres durante esos años en La Discotheque, a la que también llamaban La Venda Sexy por el tenor de los vejámenes. Hombres obligados a relacionarse sexualmente con otros hombres, mujeres obligadas a vejar a compañeros y compañeras de celda, violaciones con objetos, cortes y golpes furibundos con laques de goma. Las atrocidades más impensables cometidas por gente simple que de pronto se vio llena de poder, impunidad, rabia y aburrimiento. Olderock y sus compañeros de trabajo tenían siempre a su disposición a un puñado de personas para jugar. Personas que eran hacinadas en espacios diminutos por días o semanas, sin derecho a comida, luz o agua, menos a

evacuar sus necesidades de manera digna. Personas que aún hoy, cuarenta años después, no pueden superar del todo el horror que vivieron durante a veces escasos días. Hombres y mujeres a las que les destruyeron la vida para siempre. Seres humanos que vivían en diaria angustia, con el horror de ser de pronto apuntados con el dedo para ser llevados al sótano, desde donde no se volvía. Ahí se torturaba por última vez, ahí se inyectaban venenos que te mataban en terrible agonía antes de meterte en un saco, hacerte cruzar Santiago en el maletero de un auto y ser arrojado al mar amarrado con alambres a un riel de ferrocarril. Pero una de las cosas que más temían todos era que ahí, en el sotano, en ese espacio infernal…, había un perro.

Fue por ese horror que Raúl Castro y Carlos Bruit habían recibido la orden de matar a Ingrid Olderock. Habían recibido información de un júnior que trabajaba en la embajada de Jordania, hijo de la señora que trabajaba a su vez haciendo el aseo en la casa de Olderock. La dirigencia del MIR ordenó su ejecución y se inició el operativo. Esa mañana de julio ambos caminaron en dirección a Coventry 349, vestidos con chaquetones gruesos, bufanda y blue jeans. Esperaron en las cercanías. Vieron la reja de fierro abrirse. La mujer salió mirando en todas direcciones, nerviosa. Algo no andaba bien, no tenía escolta, sus movimientos eran lentos, su mirada recorría la calle como buscando algo. Se veía asustada. Los hombres no dudaron y caminaron en dirección a ella

mirando hacia el suelo. Cuando se cruzaron, Raúl Castro se giró lentamente sacando su pistola.

—Esto es para ti —le dijo, mientras Olderock giraba y sentía un estampido explotando en su costado.

La mujer cerró los ojos por la mordida de la bala en su costado y cayó al pavimento. Carlos Bruit caminó dos pasos hacia ella con el brazo estirado y el arma buscando la cabeza para rematarla. Me imagino lo que pensaba Carlos mientras el tiempo transcurría casi en cámara lenta y su arma buscaba el ángulo apropiado para hacerle estallar el cráneo a la torturadora. Quizá recordaba que ella y Osvaldo Romo habían llevado a María Inés Alvarado, de veintiún años, golpeada y maniatada, a la casa de sus padres para obligarlos a confesar algo, y que agentes se quedaron a vivir dos días en esa casa, comiendo, durmiendo y tomando a costa de ellos; que les habían exigido dinero, que luego de llevársela otra vez los torturaron durante años llamándolos para decirles que su hija se había ido del país, que se había casado, que vivía tranquila, dándoles esperanzas hasta llamarlos por última vez y decirles que en realidad la habían matado años atrás y que habían arrojado su cuerpo al mar en Puerto Montt. Quizá Carlos Bruit apuntaba con cuidado pensando en que Ingrid Olderock había participado en la tortura de niños de siete y nueve años frente a sus padres para obtener información. O quizá recordó esa historia horrible que circulaba entre los pocos sobrevivientes, ese mito del que se hablaba en voz baja entre los compañeros: que Ingrid Olderock, criadora de

perros, había entrenado especialmente a un enorme pastor alemán para que agrediera y violara a mujeres en el sótano de La Discotheque. Una tortura tan atroz que algunos solo lo admitían en la intimidad, reconociendo que nunca habían podido superar la humillación, que algunos incluso no pudieron volver a relacionarse con el sexo opuesto; o como la estudiante Alejandra Holzapfel, que nunca más pudo acercarse a un perro, a pesar de la enorme vocación que la había llevado a estudiar justamente medicina veterinaria. Seguramente Carlos Bruit cargaba con esas imágenes cuando bajó el arma hasta ponerla en línea con la cabeza de Ingrid Olderock. Fue fácil apretar el gatillo. La mano retrocedió con la inercia, el pelo de la mujer saltó con el impacto y la sangre salpicó la vereda de cemento de calle Coventry. La bestia estaba muerta, al menos eso pensaban los dos miristas horas más tarde mientras revisaban atónitos la carpeta que le habían quitado. En su interior había seis pasaportes falsificados, uno de ellos al parecer por la propia Olderock. Pero lo más desconcertante eran las hojas mecanografiadas y manuscritas en su interior dirigidas a la embajada de Alemania Oriental, a organismos opositores al régimen de Pinochet y a instituciones internacionales, indicando que estaba dispuesta a intercambiar cajas de información sobre la Dina y otros organismos de seguridad chilenos a cambio de asilo político. Esas cajas que guardaba en su casa estaban llenas de cuadernos escritos con riguroso orden y precisión sobre los procedimientos, personal, operativos, organigramas

represores y otros. Los dos miristas estaban pálidos. No se suponía que ellos se enteraran de todo eso, la carpeta estaba ahí por casualidad, y por casualidad también se enteraron de que sus propios líderes los habían enviado a matar a una integrante de los aparatos de represión de la dictadura militar, justo cuando estaba a punto de revelar información valiosísima a la oposición. Algo estaba terriblemente mal.

En ese mismo instante, en el Hospital de Carabineros, Ingrid Olderock gritaba pidiendo atención médica en una habitación solitaria. Pasarían horas antes de que un enfermero entrara a verificar si aún seguía con vida y le entregara la primera atención. Para la mujer estaba claro que esperaban que muriera por las heridas, pero no fue así. Gritaba que el mismo César Mendoza Durán, integrante de la junta militar de gobierno, había mandado eliminarla, que había una conspiración para hacerla callar pero que ella mantenía información clave en su poder, peligrosa para ellos.

¿Estaba hasta tal punto infiltrado el MIR que dos jóvenes revolucionarios habían servido de sicarios para el propio gobierno de Pinochet? Hoy persiste el misterio en torno a este caso. Pero fue eso lo que siempre sostuvo Ingrid Olderock, una mujer dura, capaz de enviar a detener y torturar a su propia hermana, para evitar repartir la poca herencia que sus padres les habían legado.

Ingrid Olderock finalmente viajó fuera del país en 1987, recogida sobre sí misma, mirando siempre sobre su hombro y

llena de miedos y de fantasmas de muerte y dolor que quizá ni siquiera le importaban tanto, porque tal vez dejó todos sus recuerdos abandonados en Chile cuando tomó el avión, alejándose de su familia, de sus víctimas y del reguero de sangre que quedó en Coventry con Baden. Lo que no pudo dejar atrás, como metáfora atroz de la memoria, fue la bala calibre 32 que quedó alojada para siempre en su cabeza luego del atentado, produciéndole jaquecas y dolores agudos hasta el día de su muerte, como recordatorio diario de su historia de espanto inhumano.

El marino olvidado que saltó con Prat

La cubierta de la *Esmeralda* es una carnicería. El *Huáscar* la ha embestido y su punta de metal entra en la madera vieja de la corbeta como un cuchillo lento, quebrando hueso y ligamento con ruidos espantosos. Los tablones estallan, las vigas crujen y se parten entre el humo de la pólvora y los gritos de la tripulación, las órdenes, las instrucciones o los aullidos desgarrados de quienes se desangran. La cubierta se inclina hacia un lado y hay que aferrarse de cualquier cosa; alguien incluso pisa el abdomen abierto del corneta Gaspar Cabrales, que no tiene cabeza. De pronto el barco peruano hace un ruido distintivo, gira la torreta con sus cañones Armstrong de doscientas libras y los chilenos miran al unísono, guardan silencio por medio segundo porque saben lo que viene. Dos descargas espantosas a quemarropa atraviesan la cubierta de la *Esmeralda* matando a más de cuarenta de los doscientos tripulantes que vuelan por el aire en pedazos, restos ennegrecidos que jamás serán encontrados; cabezas y piernas quedan atrapadas entre el cordaje y el velamen, brazos y torsos se reparten por los rincones, vísceras cubren la madera. Los marinos se sacan los zapatos para no resbalarse con la sangre que corre por todo el barco. El griterío es ensordecedor. Desde la torre sobre el mástil del barco peruano, una ametralladora Gattling barre hacia abajo la cubierta contra los marinos que no tienen dónde esconderse. Es una masacre sin contrapeso, una carnicería. Es el siglo xx destrozando al siglo xix, un barco de madera contra un acorazado de metal, cañones fijos contra torretas

giratorias, fusiles contra ametralladoras, un tanque flotante que combate con toda su tripulación protegida en sus interiores contra un navío que expone a toda su gente en cubierta. Prat, en un gesto tan romántico como inútil, se lanza al abordaje en medio de la confusión. La historia dice que solo dos personas logran seguirlo en su aventura sin destino, el sargento Juan de Dios Aldea y el soldado de marina Arsenio Canave. Pero en medio del humo tras el que se pierden los tres chilenos, avanza un cuarto hombre prácticamente desconocido, un marinero que salta desde la madera al metal y pierde el equilibrio en el último instante. Un hombre que casi desaparece de la lista de héroes que elaboran los oficiales ese mismo día porque se extravía entre los gritos, las esquirlas, la pólvora y cae al mar, al olvido. Un marinero de nombre Luis Ugarte.

Todo parece épico y predestinado en la historia del combate naval de Iquique. Solo cuatro años antes, en Valparaíso, Arturo Prat había salvado a la *Esmeralda* de hundirse, rescatando de esta manera el barco que lo conduciría a la muerte. Era la noche del 24, también de mayo de 1875, y Prat sudaba; estaba enfermo en su habitación en los cerros producto de una fiebre que no lo dejaba en paz. Afuera, un temporal de esos que solo los porteños conocen, sacudía la ciudad y su viento desordenaba el océano poniendo en riesgo los barcos estacionados en la bahía. De pronto, el *Valdivia* rompe sus amarras y embiste a la *Esmeralda* que se encontraba junto a ella, esta a su vez golpea al *Maipo* y todo

parecía indicar que entre ambos harían naufragar a la corbeta. Veo a Prat corriendo cerro abajo en medio de la lluvia, sacándose el agua de los ojos e intentando distinguir las formas entre la penumbra del Valparaíso del siglo XIX. La fiebre lo quema. Cuando llega a puerto la situación es desesperada, nadie quiere arriesgarse, pero con Alfredo Lynch consiguen que un bote los acerque a los barcos. Las olas son altas, la pequeña embarcación no puede aproximarse más sin riesgo de ser aplastada por las moles de toneladas de madera que se remueven unas contra otras, así que Prat lo piensa durante un instante y se arroja al mar. A nado, luchando contra la marea, consigue acercarse a la *Esmeralda* y aferrarse a una de las cuerdas que cuelgan desde las barandas. Empapado, golpeado por el viento y la lluvia, trepa por el costado hasta subir a cubierta como un verdadero héroe de acción. Apenas equilibrándose por el violento movimiento, se amarra a un mástil y toma el timón del navío. A gritos se comunica con Alfredo Lynch y comienza a maniobrar en medio de la tormenta, sacando el buque de su posición y dirigiéndolo hacia la costa, solo llevando a ese verdadero cetáceo de madera de proa hacia la playa, para vararlo y asegurarlo con cordajes hasta el fin de la emergencia. Prat, sin saberlo, había salvado de la destrucción, en un gesto de novela, a su propio féretro.

No sabemos casi nada sobre Luis Ugarte. Quizá fue un marinero que no encontró suerte en otros oficios, quizá fue uno de los capturados en las levas que organizaba el Ejército

de Chile en las zonas rurales para engrosar sus filas. Quizá Luis Ugarte fue uno de esos chilenos llevados como bestias al norte en trenes interminables para morir en el desierto, perdidos para siempre sus restos entre las piedras y el salitre. Quizá fue un voluntario que efectivamente quería pelear por su bandera. Nunca lo sabremos. Solo sabemos de él que fue de los primeros en darse cuenta de que el combate se avecinaba. Como miembro del pelotón que hacía la guardia de madrugada, estuvo ahí cuando el vigía, subido al mástil, gritó el famoso «¡Humos al norte!», que indicaba la aproximación de problemas.

Las batallas eran lentas en aquellos días. La *Esmeralda* tuvo tiempo de recibir botes desde Iquique, todos pudieron desayunar tranquilamente, preparar sus uniformes y armas de combate antes siquiera del primer cañonazo. Después de un rato, Luis Ugarte seguramente sintió el mismo hielo que todos cuando se enteró de que el barco que se les venía encima era el famoso *Huáscar*, la pesadilla de la Armada chilena, un acorazado con un casco de hierro de doce centímetros de espesor, cañones con proyectiles siete veces más grandes que los propios y una velocidad de casi tres veces la de su ya muy anticuada corbeta. Se estremeció junto a los doscientos tripulantes del barco cuando, en las primeras maniobras de posicionamiento, las calderas reventaron con un ruido atronador en las entrañas de la corbeta. Supo entonces que no habría escapatoria, que no podrían ir a la costa, custodiada por una guarnición de soldados peruanos,

ni huir hacia el sur. Seguramente suspiró muy hondo, pensó en su familia y se apretó el cinturón del uniforme. A su alrededor debe haber cundido el nerviosismo, los rostros simulando calma, las manos apretándose y gesticulando, la tensión sin palabras, las caras de compañeros que quizá no volvería a ver, preguntándose si sobreviviría para presenciar el día siguiente, y de qué manera moriría. Cuando has estado en combate sabes que hay muchas formas de morir, y en una época sin calmantes ni antibióticos, las amputaciones se hacían con serrucho y cuatro personas afirmándote mientras aullabas y tratabas de morder a tu médico. Podías agonizar durante días sin analgésicos, con fracturas expuestas, brazos que se gangrenaban, heridas infectadas que se hinchaban y supuraban, materia putrefacta, llagas que criaban gusanos y fiebres insoportables. Mejor morir destrozado por un cañonazo que unirse al batallón olvidado de medios hombres que regresaban de las campañas, mutilados, ciegos o paralíticos. La guerra nunca ha sido amable, pero ciertamente en esos años era algo terrorífico. Algo que quizá tenían demasiado claro los niños que incluía la tripulación, porque no muchos saben que había niños de doce o catorce años cumpliendo diferentes funciones en la *Esmeralda*, como en casi todos los barcos de las marinas de la época.

Ha habido mucha controversia respecto de los acompañantes de Prat. El propio Uribe, en su informe escrito a la carrera, poco después del combate, cuando ya era prisionero en Iquique, solo menciona al sargento Aldea. En

1886, durante el discurso de inauguración del monumento a los héroes de Iquique en Valparaíso, se menciona a un inexistente Cornelio Ugarte como quien secundara a Prat y a Aldea. En la propia bitácora del *Huáscar* se nombra a un Atanasio Canove (más bien Arsenio Canave, oriundo de Los Andes) como uno de los muertos junto a Prat. Sin embargo, el diario *La Patria*, en su edición del 4 de diciembre de 1879, es explícito cuando relata la ceremonia de entrega de medallas a los sobrevivientes del combate, realizada en Valparaíso. Dice: «Se llamó, en primer lugar, a Luis Ugarte, único sobreviviente del primer abordaje y, en seguida, a los compañeros de Serrano».

La historia cuenta que cuando se elaboraron esas medallas no se incluyó a Ugarte, porque no aparecía en la lista de sobrevivientes que Uribe preparó luego del combate. No estaba entre quienes fueron rescatados por el *Huáscar* inmediatamente después de la refriega. Luis Ugarte había nadado hasta un pontón fondeado en la bahía desde donde fue testigo lejano del combate. No vio el abordaje de Prat y su intento desesperado por encontrar con quién batirse a duelo en una cubierta desierta, avanzar con la respiración entrecortada, los latidos a tope y los ojos desorbitados, con las manos agarrotadas en el sable y la pistola, mirando en todas direcciones durante cinco larguísimos minutos, más de lo que dura cualquier canción de algún grupo de música, envuelto en humo, escuchando como silbaban las balas cerca de sus oídos, frustrado intentando incluso abrir alguna escotilla para

encontrarse con el enemigo. Desesperado, emprende camino hacia la torre de mando por el costado de babor, donde estaba Grau, cuando de pronto se encuentra de frente con el teniente Jorge Velarde, a quien ultima de tres tiros de su revólver. Fue la única baja de los peruanos ese día y se la anotó el propio Prat. De inmediato es herido en una rodilla por una bala salida desde la torre. Después de este hecho se abre otro de los capítulos más controvertidos del combate naval de Iquique: ¿cómo muere realmente Arturo Prat? Las versiones varían, desde la caricatura que se les enseñaba en las escuelas limeñas a los niños, donde se les decía que al chileno lo había matado un cocinero de un cacerolazo, hasta la versión chilena más aceptada que dice que murió fulminado de un certero balazo en la cabeza. Pero la única versión neutral que llega a nuestros días la da Francisco Lena, portugués a bordo del *Huáscar*, que dice: «Portal es el nombre del marinero que le dio el hachazo a Prat en la frente que le causó la muerte inmediata».

Luego de la muerte del comandante, Grau da tiempo a la *Esmeralda* para que avise su rendición, pero Uribe y sus oficiales deciden luchar hasta el fin, envían al guardiamarina Arturo Fernández Vial a que se suba al palo de mesana y clave la bandera como señal para los peruanos. La tradición cuenta que Fernández Vial, luego de clavar el emblema, se habría girado para hacer una señal con sus genitales a los adversarios como expresión de su desprecio. Lo que vino después fue el infierno sobre los chilenos. Una nueva arremetida del monitor, la vieja corbeta haciéndose pedazos sobre su

costado, cañonazos, ametralladora y fusilería a quemarropa sobre los sobrevivientes, doce marinos saltando a cubierta del buque peruano y barridos por el armamento enemigo. Serrano, ametrallado en la zona púbica, agonizaría en medio de terribles dolores durante muchas horas luego del combate.

Todo parecía el escenario de un mito, la lucha del fuerte contra el débil que no renuncia a su convicción, el salto del héroe hacia la inmortalidad, los hombres que enfrentan la muerte luchando hasta el fin. Quizá por eso el mundo reaccionó de la manera en que lo hizo. En una época cuando el romanticismo campeaba en las mentes del planeta, el gesto de Prat y sus hombres se hizo portada en diarios de Europa y América. Incluso cuando se encargó el monumento años más tarde, uno de los participantes del concurso fue el propio Auguste Rodin. Desgraciadamente, las autoridades de la época consideraron demasiado audaz su propuesta y la rechazaron: Rodin había representado a Prat desnudo cayendo sable en mano y protegido por una mujer con alas. La maqueta del proyecto se puede ver en el frontis del palacio Carrasco en Viña del Mar bajo el nombre «La Defensa»; la obra terminada está en el museo Rodin de París.

Veinte minutos después el *Huáscar* arremetió de nuevo y, con el tercer espolonazo, la *Esmeralda* se inclinó de punta y comenzó a hundirse rápidamente. Eran las 12.10 cuando el guardiamarina Ernesto Riquelme detonaba el último cañonazo antes de perderse en el fondo de la rada de Iquique junto con el barco. Posteriormente, mientras Condell

literalmente fusilaba a las tropas de la *Independencia*, rendida, inclinada sobre su costado e indefensa, Grau rescataba a los sobrevivientes y los alimentaba antes de llevarlos a Iquique.

No sabemos por qué medio Luis Ugarte se salva y llega finalmente a la costa. No consta en la lista de prisioneros que levanta Grau, ni en la que prepara tempranamente Uribe, pero aparece como herido en el hospital de Iquique al cabo de unas horas. Tampoco sabemos cómo es que logra recuperarse de sus heridas y sobrevive. Más tarde es rescatado junto al resto de los prisioneros por el Ejército cuando, en noviembre de ese mismo año, Iquique es ocupado por tropas chilenas.

Todo parece premeditado en la historia del combate naval de Iquique, incluso la anécdota de este marinero fantasma medio olvidado por las crónicas de guerra. Luis Ugarte es sucesivamente embarcado en el *Cochrane* y en la *Pilcomayo*, donde resiste los embates de la guerra como protegido por algún designio, hasta que finalmente es destinado al propio *Huáscar* en 1880, cuando el monitor ya era chileno. No sabemos qué habrá sentido Ugarte cuando subió por primera vez al barco que le negó combate hacía solo un año atrás, qué habrá pensado al pasar por la cubierta mirando de reojo ese espacio junto a la torre donde su comandante había sido ultimado. Quizás escuchó la fusilería en su cabeza cuando cruzó junto a la torre de mando, los cañonazos de Iquique cuando bajó hacia las calderas y al cabrestante manual que hacía girar los cañones de cubierta. Los motores del *Huáscar* recorrían el norte con bandera chilena esta vez. El acto de

Prat había enardecido a los chilenos, que en un comienzo veían con indiferencia la guerra, y los había volcado a las oficinas de reclutamiento. La guerra se iba ganando. Fue así como Luis Ugarte amaneció un día bloqueando el puerto de Arica, evadiendo los obuses de las baterías peruanas instaladas en el morro y disparando contra las fortalezas de la ciudad. Protegido por los cañones de la costa esperaba otro monitor peruano, el *Manco Cápac*. El capitán del *Huáscar*, Manuel Thomson, aburrido de la espera de varios días, decidió hundirlo a espolonazos y embistió infructuosamente en su contra, frenado cada vez por los cañonazos provenientes del morro. Cuando el *Manco Cápac* decide salir a buscar pelea, la arremetida del capitán chileno se ve frustrada por una lancha-mina adosada al costado del barco peruano. El capitán ordena a gritos un viraje de emergencia para evitar golpear la mina y en ese gesto muestra su flanco al barco peruano, que no duda en comenzar a disparar. Esa tarde solo un proyectil peruano dio en el blanco. En esta historia que parece llena de destino y orden premeditado, un solo obús golpeó al *Huáscar* y destrozó a quienes encontró en el puente de mando. Esa tarde de febrero, Luis Ugarte finalmente encontró la muerte a bordo del *Huáscar*, destrozado en pedazos sobre la cubierta como, al parecer, siempre había estado escrito. Con casi un año de diferencia, se convertía de algún modo en la última víctima del combate naval de Iquique.

La conspiración de la Virgen de Peñablanca

En 1983, Chile estaba convulsionado. La terrible crisis económica, los niveles de cesantía históricos y la represión política de un régimen militar, que simplemente mataba a sus opositores, tenían al país al borde de un ataque de nervios. Algo se estaba gestando en el corazón de la sociedad chilena, una cantidad de energía volcánica que debía explotar en alguna dirección.

El escenario no era el mejor: extensos cordones de pobreza rodeaban a las principales ciudades del país, la desesperanza era alimento diario. Las manifestaciones comenzaban tímidamente, fogatas de madrugada, rayados en las paredes llamando a la resistencia. Finalmente, la CUT, la organización de trabajadores más grande del país, consiguió lo que parecía imposible: un llamado a paro nacional y a jornadas de protesta sin parangón. Desde que accediera al cargo, Augusto Pinochet no había enfrentado una oposición manifiesta en las calles del país. Con el poder sobre todos los medios de comunicación y una censura implacable, los trabajadores construyeron una precaria red de comunicaciones con la gente, que incluía panfletos arrojados en las calles, boca a boca y un par de radios que fuera y dentro del país conseguían hacerse escuchar. Justo en el año en que el golpe militar del 11 de septiembre de 1973 cumplía diez años, un grupo de sindicalistas, encabezados por Rodolfo Seguel, comenzaban a aguarle la fiesta a la junta militar con sangrientas jornadas de protesta ciudadana donde las escopetas de carabineros, los helicópteros artillados y las

tanquetas dejaron decenas de muertos en las calles del país. En la televisión, los programas de concursos arreciaban, el Jappening con Ja —programa de comedia— cantaba «ríe cuando todos estén tristes». Sábados Gigantes regalaba televisores y automóviles, dinero y refrigeradores como una lluvia de fantasía en un país donde nada ocurría más allá de las nueve de la noche. Los diarios contaban la historia de «la Yamilet», una niña milagrosa con la capacidad de curar por imposición de manos; más adelante se llenarían portadas y valiosos minutos de noticiarios con la historia de un cabo del Ejército supuestamente abducido por extraterrestres; los cometas, los ovni y cualquier bengala menor servían para desviar la vista. Pequeñas historias que no duraban más que un par de meses y se apagaban. Los chilenos mirábamos constantemente hacia el cielo mientras enterraban a nuestros hijos en la tierra, y el poder buscaba desesperadamente el santo grial de la desinformación.

Septiembre 29 de 1983, miles de personas a pleno sol suben las laderas del cerro El Membrillar en filas interminables. Los buses llegan por cientos a Villa Alemana, una ciudad pequeña de la Quinta Región, completamente revolucionada por hechos insólitos. Ancianos, mujeres con pañuelos blancos en la cabeza, polvo, calor, cantos religiosos y fervor a través de altoparlantes que llamaban a mirar al cielo y rezar. Inválidos, ciegos ayudados por sus parientes, mutilados, enfermos, alguien en camilla, alguien llorando, muchos de rodillas, un par arrastrándose hacia la cima y gritando misericordia. Cien

mil personas oran arremolinándose como hormigas mientras suben al encuentro con algo extraño. Ignoran los rumores desquiciados que rodean la situación, ignoran los helicópteros, las cámaras de televisión, incluso a los militares que custodian algunos accesos. Todos quieren estar lo más cerca posible de «ese niño». Peñablanca, epicentro del terremoto religioso más inesperado, revienta de esa esperanza, de esa energía humana que busca desesperadamente la luz mientras más cerca del fondo se encuentra, que es capaz de arrastrarse desde cualquier punto oscuro del país para subir entre los peñascos hacia el sol que le promete un exdrogadicto. Es tal la desesperación de los chilenos de 1983 que deben elegir entre el AK-47 o la salvación divina, la bomba casera o el milagro improbable. Estas gargantas ásperas de polvo y espino eligen el llanto, la figura en el cielo, la ostia invisible y el sudor de sangre. Eligen mirar al cielo, subir a un cerro diminuto a hablarle a las estrellas. Lo que no le piden a sus gobernantes se lo gritan a la gran casa vacía allá arriba, con lágrimas en los ojos. Pero no se sienten solos. No se sienten abandonados porque encontraron una antena humana, dicen. Alguien que parece tener línea directa con el gran egoísta que tanto demora en darle paz a un país convertido en cementerio. Allá, en la cima que apenas se ve, una figura diminuta, delgada, se hinca vestida de blanco; allá arriba parece que se ve moviéndose y diciendo algo que nadie escucha, levanta los brazos entre otros brazos y parece que habla con alguien mientras las

personas que lo siguen repiten esos gestos que se deforman a medida que avanzan en la multitud. Todos lo miran, las cien mil almas y otros millones multiplicados por las cámaras de televisión, atentos a sus gestos y sus palabras. Miguel Ángel Poblete, un niño de diecisiete años, durante el lapso de unos meses tuvo a todo Chile hipnotizado, pendiente, asombrado. Quizás era cierto, porque a este país no venía nadie en esos años, ningún político, ningún artista, ningún grupo de música importante, ningún escritor decente se acercaba a nuestras fronteras pestilentes; estábamos solos y abandonados en el sur del mundo, encerrados en una pieza estrecha con perros salvajes, y nadie nos venía a ayudar. Quizás era cierto entre tanto delirio que la Virgen, la madre de Jesús, hubiera bajado a nuestro pedazo de geografía perdida a consolarnos. No era demente dadas las circunstancias limítrofes que vivíamos pensar que los extraterrestres o la madre de dios pudieran visitarnos como el enfermo que entre su fiebre cree ver a su madre muerta.

Dadas las circunstancias, tampoco se ve tan extraño que un país desesperado eligiera el liderazgo de un adolescente vagabundo adicto al neoprén. Un niño abandonado a los dos meses de nacido que registró conductas erráticas en todas las instituciones en las que se refugió. Que durante un año personificó a la Mujer Maravilla, que durante otros tantos meses se creyó Tarzán. Que fue diagnosticado con megalomanía histriónica y «conductas homosexuales», tendencias suicidas, inclinado a impersonar imágenes

femeninas y consumidor de cuanto químico pudiera embotarle la mente para calmar los animales desbocados que le pateaban la puerta de la psique. Miguel Ángel Poblete fue arrastrado de pueblo en pueblo desde el día de su nacimiento, 27 de mayo de 1966, cuando su madre quinceañera lo abandonó de cuarenta y cinco días en una guardería del Servicio Nacional de Salud; desde entonces anduvo de orfanato en orfanato hasta terminar en el hogar Carlos van Buren de Villa Alemana, desde donde se fugó para subir al cerro con sus amigos y un tarro de neoprén. Ese día 12 de junio de 1983, el cuerpo no dio más y tras aspirar el tóxico cayó al suelo entre violentas convulsiones. Niño perdido, sin familia, quebrado, destruido, alucinado, triste, sin afecto, tirado en el suelo, entre espasmos, mirando las estrellas, sucio, sin futuro; entre las estrellas, en algún rincón de aquello impensable que se abría allá arriba, entre los fosfenos de su retina intoxicada, dijo que vio algo.

Una profesora de Quilpué hizo el primer comentario, alguien hizo el segundo y de pronto Miguel Ángel tenía a un pequeño grupo de personas frente a él que le preguntaban si era cierto que había visto a la Virgen. El abandonado olfateó la atención como un hambriento y aseguró un par de detalles que sorprendieron a los creyentes. Pronto subieron al lugar y sin tardar mucho aparecieron los trances junto con la atención de más y más lugareños ansiosos de certezas. Comenzaron los primeros éxtasis, las primeras apariciones, la Virgencita venía desde el sol y le hablaba solo a él, la

Virgencita pide que recen por Chile, la Virgencita quiere que hablen de esta maravilla que está ocurriendo y la bola rodó. Dos meses después la noticia salía en la prensa. Todos se enteraron de la maravilla; también Humberto Gordon, director de la CNI (Central Nacional de Informaciones), la policía política de Pinochet.

Alrededor de septiembre de 1983, solo tres meses después de sus convulsiones por neoprén, Miguel Ángel era el centro de las informaciones de todos los diarios del país, portada y primera noticia en cuanto medio de prensa existía. El canal de gobierno y su noticiario, 60 Minutos, le dedicaban inusuales notas de hasta veinte minutos que relataban los mensajes y prodigios del «niño de Peñablanca». Notas sobre supuestas curaciones milagrosas, mensajes apocalípticos y los trances del adolescente en sus contactos con «La Virgen de las siete estrellas», «La dama blanca de la paz», o alguno de los nombres que se le dieron a la aparición que venía desde el sol y que ocasionó quemaduras retinales a decenas de personas que se expusieron más de lo debido cuando Miguel Ángel llamaba a observarlo directamente.

El huérfano debe haberse sentido el foco de importancia que nunca fue, lleno de la admiración que nunca concitó, borracho de atención, eufórico. Quizás hasta comenzó a creer que era cierto que hablaba con la Virgen.

—¡Agradezcamos a la Virgen por nuestros gobernantes! —gritaba desde la cima de El Membrillar y su rostro salía en

cadena nacional, envuelto en sangre y transido de dolor por los estigmas sagrados que dañaban sus palmas de huacho abandonado.

El camino hacia el cerro un día amaneció ampliado, muy bien refaccionado por trabajadores desconocidos. En Valparaíso, camiones de la Armada eran puestos al servicio de los feligreses. En la Alameda, buses gratuitos trasladaban no solo a creyentes, sino también a las señoras de colores de CEMA-Chile, organismo dirigido por la esposa de Pinochet, Lucía Hiriart. Decenas de miles de personas llenaban las iglesias de la zona, sacerdotes comenzaron a apoyar las visiones y llamaron a concurrir al cerro, José Toribio Merino se declaró devoto de «La Virgen de Peñablanca», las puertas del país colgaron el símbolo del pez de los primeros cristianos a raíz de una exigencia expresa de Miguel Ángel. La situación se salió completamente de control y ese mismo mes el obispado de Valparaíso le encargó al sacerdote Jaime Fernández Montero una investigación profunda.

Al cura le trajeron cantidades de fotografías con supuestas imágenes que se formaban en las nubes. «Acá se ve una paloma de la paz», «acá hay un rostro de Jesús», etc. Jaime Fernández no veía nada. «Póngala al revés», le dijeron. Su incredulidad creciente le ganó la antipatía del cerrado círculo en torno al vidente. Comenzó a recibir llamadas telefónicas anónimas con amenazas de muerte, vehículos se estacionaban toda la noche cerca de su domicilio con gente en su interior y

pronto tuvo la certeza de que algo más se escondía detrás de los hechos de Villa Alemana.

Supo que la ostia que aparecía en la boca de Miguel Ángel era un pedazo de plástico recortado que él escondía en su paladar. Que la sangre que salía de su cabeza eran diminutas bolsitas con tinta roja.

Supo que agentes del Estado lo sacaron del hogar donde vivía y lo pusieron en una casa que resultó ser del pariente de un miembro de la secretaría de gobierno.

Supo que camionetas sin patente, impensables para la época, eran las encargadas de instalar la amplificación en el cerro las mañanas antes de las apariciones.

Recibió la declaración de Rodolfo Seguel, presidente de la CUT, preocupado porque las apariciones coincidían curiosamente con los llamados a manifestaciones contra el régimen.

Le irritaban los carteles colgados en los terminales de buses de Villa Alemana: «Mañana, aparición, después de almuerzo».

Descubrió a agentes de gobierno quemando paja húmeda en las cercanías para producir una luz particular en el cerro.

Jaime Fernández había sido comisionado para investigar un caso teológico y había terminado involucrado en un caso político de insospechadas ramificaciones. Nunca vio nada sobrenatural y al cabo de un mes de investigaciones su declaración fue taxativa: el caso es un fraude.

El obispado quiso asegurarse y convocó una nueva

comisión que luego de cuatro meses de intensas investigaciones llegó a la misma conclusión: «El origen de todo este asunto, en la medida que resulta posible de ser investigado, lleva a pensar en un montaje, en parte inconsciente y en parte deliberado y programado, ya sea por el mismo pretendido vidente, como por terceras personas, lo que induce a cuestionar la hipótesis de una iniciativa sobrenatural».

¿Cuál fue el último antecedente obtenido para determinar la existencia de una conspiración?

Se descubrió que una imagen en particular dibujada en el cielo, la del pez de los primeros cristianos, se realizaba con avionetas y petróleo quemado en misiones que despegaban desde el aeródromo de El Belloto, en las cercanías, coordinadas por radio operadores instalados en las cercanías del sitio de las apariciones.

Esta operación confirmaba la vinculación política, pero ¿y si era cierto que hablaba con la Virgen?

Jaime Fernández le preguntó a un sorprendido monseñor Valenzuela qué quería escuchar de la Virgen el siguiente jueves, día de aparición. Fernández llevó a cenar a Miguel Ángel y le preguntó si la Virgen le había hablado del apocalipsis, el niño no tenía idea. El sacerdote le explicó la historia y le mencionó Revelaciones capítulo 12: «Apareció en el cielo una gran señal, la mujer vestida de Sol…». Miguel Ángel sonrió, se entusiasmó con la idea, prometió aprender el

pasaje y el jueves siguiente la Virgen declamó, a través de su devoto niño, las palabras precisas. Fin de la historia.

Imagino a los obispos desilusionados. Quizá después de tantos años de usar uniforme finalmente había anuncio de guerra, quizás esas cosas tremendas en las que dejan de creer con los años y el cansancio, realmente existían. Los imagino rogando que fuera cierto. Pero finalmente, el 6 de septiembre de 1984, el obispo de Valparaíso, Francisco de Borja Valenzuela, debió emitir una carta pastoral a toda la diócesis en la forma de un comunicado extensible a la prensa y medios de comunicación, declarando que las apariciones de la virgen María en el cerro El Membrillar de Peñablanca eran falsas.

Los devotos montaron en cólera, recitaron de memoria las palabras que Miguel Ángel les había dedicado meses antes: «Los obispos son la cloaca de la humanidad y no hay que hacerles caso». Nada iba a hacerlos renunciar a aquello que decían haber visto con sus propios ojos. Se aferraron a la frase dicha en Noche de Gigantes, el programa de conversación televisiva, por un sacerdote que afirmaba: «Si esto viene de Dios, ¡no lo para nadie!». Se mantendrían junto al vidente y a las decenas de miles de personas que acudían a las citas con la Virgen. Imagino a Miguel Ángel devastado. Quizá la fama lo emborrachaba, la velocidad de los hechos le asustaba, pero también lo excitaba. Seguramente se sentía surfeando una ola que no paraba de crecer, bella y peligrosa, cada vez más grande, asegurando también una caída quizás aún mayor. Pero nada era demasiado terrible para quien nunca tuvo nada

que perder. Miguel Ángel mismo era una polilla encandilada con la luz del sol, de una vela demasiado brillante, ineludible.

La última labor de Fernández fue dilucidar cómo es que Miguel Ángel no cometía errores teológicos en sus prédicas. Era un joven inculto, dado al delirio de grandeza y las drogas, no un lector y mucho menos un estudioso. Descubrió que todos los miércoles lo trasladaban a Santiago a la casa de un sacerdote que lo instruía y le daba a memorizar ciertos pasajes clave. Consiguió cortar ese circuito y empezó la debacle.

El vidente comenzó a entregar mensajes cada vez más erráticos, en ocasiones balbuceaba en un lenguaje desconocido durante toda la sesión, dejando desconcertados a quienes habían recorrido incluso medio país para estar unos minutos escuchando nada. Comenzó a emitir frases extravagantes sin contenido teológico alguno. Cierto día gritó a viva voz: «La Señora dice que tenemos una hora para almorzar». En otra ocasión la invocó durante largos minutos solo para decir: «La Señora dice que podemos ir a mear ahora». Afloraron conductas homosexuales que había mantenido reprimidas y besaba, «con amor fraternal», apasionadamente a sus amigos en el cerro. Usaba pelucas, aparecieron disfraces cada vez más extravagantes para personificarse como un santo: camisas anchas, capas bordadas con lentejuelas y cordones dorados.

El gobierno comenzó a retirarle su apoyo y sus apariciones en la prensa se redujeron al mínimo.

—¡La Virgen quiere que comamos tierra! —gritó un día y todo se fue al carajo.

Miles de peregrinos tomaron polvo del árido cerro El Membrillar y se vieron unos a otros mientras se metían la tierra en la boca, muchos no muy convencidos, otros directamente enojados, haciendo un ridículo que redujo la congregación cada vez más. Así, hasta que en el día de la Virgen, su aniversario, un séquito cargó una gran torta de cartón pintada de rosado hacia la cumbre ante la mirada atónita de los peregrinos que no podían creer lo que veían. De su interior Miguel Ángel salió explosivamente como una vedette en boîte de cuarta y exigió que todos le cantaran el cumpleaños feliz a la Virgen María, la madre de dios.

El golpe definitivo se lo dio la misma Iglesia. Era el año 1987, el culto ya estaba muy disminuido y el papa Juan Pablo II, de visita en Chile, atrajo todo el fervor de la feligresía chilena y simplemente ignoró al joven ya de veintiún años que aún subía el cerro acompañado cada vez de menos gente.

Todo fue cuesta abajo para Miguel Ángel, la Iglesia prohibió a sus sacerdotes hablar del tema. Se había pasado gran parte de su etapa de formación hablándole a nada, rodeado de gente que decía amarlo y ahora estaba casi solo, rodeado de unas pocas señoras y abandonado por la prensa. Su psique explotó, se volvió alcohólico. A fines de 1988 ya no subía al cerro y dejaba de hablar con «la Señora». Sus contenidos internos buscaron salida y la transformación final

se produjo de manera histriónica, melodramática y torpe, como toda su vida: Miguel Ángel Poblete apareció en la prensa declarando que la Virgen lo había transformado en mujer y que ahora se llamaba Karol Romanov, descendiente de los últimos zares de Rusia. Era el canto de cisne patético de cualquier personaje de farándula desesperado por el último chute de popularidad antes de hundirse en la oscuridad. Durante sus últimos años mantuvo un pequeño culto llamado «Los apóstoles de los últimos tiempos» en su parcela de Peñablanca, antes de morir de cirrosis y hemorragia digestiva a los cuarenta y dos años el 27 de septiembre de 2008. Sus pocos creyentes, quienes vestidos de riguroso púrpura anotaban cada delirio en una bitácora de profecías, le cortaron la muñeca a las veinticuatro horas de su muerte para descartar la catalepsia que Miguel Ángel, obviamente, había declarado padecer.

Sus restos fueron sepultados en el cementerio general de Santiago, el cortejo fue escueto, la homilía mínima. El vidente se apagó como una cirio barato, esos que representan cosas tremendas pero que finalmente no son más que cera que chorrea por el costado de un sagrario y dan luz hasta que hay que poner otro en su lugar.

Ese mismo año, pero en enero, un grupo de ancianas subió nuevamente al cerro El Membrillar acompañadas esta vez quizá por el único sacerdote que se mantuvo fiel a las visiones de la Virgen de Peñablanca, expulsado de los jesuitas por esa razón, Miguel Contardo. Allí celebró misa en el lugar de las

apariciones pidiendo orar por las personas que no creían en la Virgen de Peñablanca y por quienes se burlaban de los creyentes. Se cumplían veinticinco años de los hechos y solo doscientas personas acudieron al llamado. Aun así, el exsacerdote habló esperanzado, declarando que en ocho países de tres continentes se veneraba a la Virgen de Peñablanca y que seguramente ese número seguiría creciendo. Las ancianas escucharon, aferradas a la reja que rodeaba el sitio para ellas sagrado, donde decían que una vez un niño pobre, humilde entre los humildes, habló con la Virgen.

Chile no se caracteriza por su delicadeza, por la sofisticación de sus procedimientos, sobre todo en esos años cuando ninguna fiscalización era necesaria y el Estado robaba cadáveres, acusaba a sus fusilados de haberse fugado con sus amantes al extranjero; cuando secuestraron y asesinaron a un pobre carpintero alcohólico para acusarlo de la muerte torpe de un líder sindical. País de mentiras grandes y yerros, manejado por un dictador bananero que, al igual que Miguel Ángel, también se travistió del traje camuflado al terno republicano en sus últimos años para convencer burdamente al mismo pueblo víctima de su puño de hierro, de que «había cambiado». Se puede leer el derrumbe del vidente como una metáfora del último período de la dictadura. Chile, país de sectas idiotas, incultas, tristes, como la de Antares de la Luz que decía ser el espíritu reencarnado-gemelo de Barack Obama, Sandro, Bruce Lee, Leonardo da Vinci y Chayanne.

En este país a veces burdo y salvaje, hay que agradecerle a este líder que no haya llamado al suicidio colectivo, a la masacre o al sacrificio, hay que agradecerle por eso a este «iluminado», el mismo que era secundado por una corte de drogadictos, apoyado por un gobierno asesino y seguido por un país desesperado, al borde de un ataque de nervios.

Es septiembre de 1972 y el gobierno de la Unidad Popular lucha para imponer su visión de sociedad en medio de un mundo envuelto en una guerra no declarada, un conflicto que cuenta con armamento listo y dispuesto para aniquilar a toda la especie humana. Dos años antes, una parte del planeta vio con esperanzas la apertura de una «tercera vía» política ensayada por primera vez en la historia en un pequeño país en el fin del mundo. Salvador Allende se convirtió en referente mundial, no asociado directamente ni a USA ni a la URSS, un inédito socialismo por vía democrática que no le hizo gracia a ninguna de las dos grandes potencias. Moscú apostaba por la vía cubana, la toma violenta del poder; los experimentos democráticos le parecían una droga, una solución burguesa que retrasaría los planes, dividiría a la clase trabajadora y la desviaría de su único objetivo: la revolución armada. Para Washington, por otra parte, era intolerable la presencia de un posible aliado de los comunistas en su patio trasero; ya era suficiente con tener a Cuba en sus narices. Nixon les gritó a sus asesores que «haría chillar la economía chilena», porque no era aceptable una situación tal producida «por la estupidez de los votantes chilenos».

Hacia 1972 la situación comenzaba a ponerse difícil: Nixon había impuesto el bloqueo económico, se le cortó el crédito al país y los cargamentos de cobre eran confiscados en los puertos de países afines a la Casa Blanca. La CIA inyectaba millones de dólares a la oposición chilena y el Kremlin miraba sin intervenir. De hecho, cuando finalmente el gobierno se

decidió a solicitar la ayuda de los soviéticos, Volodia Teitelboim viajó en representación de Allende solo para conseguir un par de audiencias, un par de ceremonias y un apretón de manos al pie del Aeroflot que lo trajo de regreso a Santiago con la billetera vacía. Chile estaba solo.

En octubre de 1972 vino el ajuste final. Hoy se sabe que la CIA pagó dos mil dólares semanales a cada camionero que se sumara al paro que estrangularía a Santiago. La operación fue gigantesca y exitosa: de los cincuenta mil camiones que abastecían Santiago solo cuatrocientos se mantuvieron fieles al gobierno de la Unidad Popular. La oposición sonreía, jamás podrían sostener el abastecimiento con esa ínfima cantidad de vehículos: Santiago de Chile era un monstruo administrativo que requería de suministros diarios de alimentos y materias primas imposibles de coordinar con ese contingente.

Coordinar, esa era la palabra clave. Con los días, Santiago no caía, el abastecimiento se mantenía, precariamente pero milagrosamente se mantenía. ¿Qué estaba ocurriendo?, se preguntaban los conspiradores.

Un proyecto secreto, eso era lo que estaba ocurriendo. Un proyecto tan secreto que ni siquiera la todopoderosa derecha chilena lo había detectado. Un proyecto tan avanzado, tan alucinante para la época, que cuando finalmente lo descubrieron gritaron a los cuatro vientos, a través de uno de sus muchos órganos de prensa, que el gobierno de Allende estaba desarrollando un sistema de ciencia ficción… para el

control mental de los chilenos. SYNCO, Sistema de Coordinación y Control, había hecho el milagro de controlar y coordinar computacionalmente el funcionamiento de los pocos camiones fieles al gobierno para mantener el abastecimiento de la ciudad a un nivel aceptable. El comentario generalizado al interior del gobierno era de estupor y esperanza. Si habían podido conseguir relativamente lo mismo con cuatrocientos camiones gracias a la coordinación de SYNCO, qué no podrían hacer con el resto de la economía.

La historia comienza con el gurú de la cibernética, el británico Stafford Beer. Autor del libro de culto *The Brain of the Firm*, llevaba algunos años aplicando sus ideas en pequeñas empresas inglesas. Consideraba que las organizaciones debían ser vistas como un organismo biológico con su propio sistema nervioso, cerebro, redes neuronales y órganos. Sus ideas cobraban fuerza en el mundo teórico, pero no estaba preparado para lo que un día de 1971 le planteó un joven chileno, veinteañero, que decía dirigir Corfo, la institución más importante de fomento de la industria de un lejano país de nombre Chile, y el que se convertiría en el director operacional del proyecto, Raúl Espejo:

—Hasta el momento se ha hecho cargo de coordinar y aplicar la cibernética a pequeñas organizaciones, Mr Beer —le habrían dicho—. Hoy, en nombre del compañero presidente de Chile, vengo a ofrecerle un país completo.

Stafford Beer vendió todo lo que pudo vender, renunció a sus obligaciones en Gran Bretaña y se vino a vivir a Chile a revolucionar la historia en un momento en que cambiar el mundo parecía algo posible, casi al alcance de la mano.

El mito dice que cuando Stafford Beer se entrevistó por primera vez con Salvador Allende, el presidente le habría pedido que le explicara el proyecto teniendo en cuenta que él era médico. Beer habría dibujado un sistema nervioso con un cerebro para el país, elaborado con aparatos de telecomunicaciones, computadores y equipos de análisis de datos, todo confluyendo hacia un círculo en blanco en el centro del diagrama. Allende preguntó qué había en ese centro y Beer le habría dicho: «Usted, señor presidente». Pero Allende habría replicado: «No, ahí estará el pueblo».

Durante el período de trabajo, incesante, casi demente, se congregó a un equipo de primera categoría. Beer le daba extrema importancia a las interfaces gráficas que debían mediar entre los procesos informáticos áridos y a veces ininteligibles, con las personas y sus capacidades de percepción. Diseñadores gráficos e industriales, entre ellos Gui Bonsiepe, una leyenda viva del diseño industrial, se hicieron cargo de diseñar gráficos, pantallas e infogramas, los famosos sillones giratorios con teclado incorporado, y una sala majestuosa: el opsroom (sala de operaciones), set de planta octogonal con un círculo de sillas giratorias con mandos a distancia y pantallas luminosas que proyectaban gráficos sobre la situación económica de las empresas en las

paredes. La sala era el orgullo de Salvador Allende y cada vez que podía llevaba a invitados oficiales a conocerla. Este verdadero set de ciencia ficción, diseñado según los últimos estándares de vanguardia, era el corazón del proyecto. Ahí se tomarían las decisiones en tiempo real para darle el vamos a una nueva manera de organizar un país. Porque sí, habría que decirlo en su próxima inauguración: Chile se iba a transformar en el primer país de la Tierra en contar con un gobierno cibernético que apoyaba su producción en un sistema de telecomunicaciones y procesamiento de datos de tiempo real. El futuro había llegado.

Pero ¿cómo funcionaba SYNCO?, ¿cuál era la revolución detrás de este nombre sacado de la ciencia ficción?

En esos tiempos una empresa podía demorar semanas en analizar su propio funcionamiento para extraer conclusiones e implementar cambios. Ni hablar de coordinar dos o más empresas, mucho menos un país completo. Ahí hablábamos de meses antes siquiera de obtener un curso de acción, cuando las condiciones ya habían ocurrido y esas medidas estaban obsoletas.

Beer y el proyecto CYBERSYN, a través de SYNCO, CHECO y otras iniciativas, buscaban conocer en tiempo real los problemas y darles solución al instante. En otras palabras, deseaban que el país funcionara de la misma manera en que lo hace un organismo: curándose a sí mismo a través de una

red de telecomunicaciones que está conectada a capacidad de computación. Un centro de comando, un cerebro.

Imaginen que una procesadora de salmones disminuía su producción al 30 por ciento. Al momento el opsroom de SYNCO podría decidir desviar al 30 por ciento de los trabajadores a otras funciones y comunicarse con la empresa de transportes para informar que el 30 por ciento de sus camiones podían ser utilizados en otros trabajos, y de ese modo modelar el funcionamiento de la producción, comercialización a la manera de una danza en tiempo real, ordenada, coherente y eficiente. Nuestra realidad tecnológica y geográfica dotaba de tintes poéticos el funcionamiento de esta red. Existió el caso de un operador que, en Chiloé, debía salir corriendo de la empresa con los datos, entregárselos a alguien que a caballo llegaría hasta el transbordador y cruzaría el canal de Chacao para llamar por teléfono en Pargua a la central de Puerto Montt, desde donde comunicarían los datos a la central en Santiago vía télex. Es decir, la red de telecomunicaciones de SYNCO integraba a chasquis, caballos y botes a su sistema que confluía en el IBM 360, la computadora más moderna del país en ese entonces. Ahí un programador debía pedir hora —porque la Universidad de Chile arrendaba por horas su joya— insertar una a una las tarjetas perforadas con las que en ese entonces se cargaban los programas, en un orden estricto, e ingresar los datos que habían obtenido para generar lo que ellos llamaban «las sábanas», extensos pliegos de papel con los datos

computados. Corría con ellos a través de Santiago hasta el opsroom, donde nunca en realidad llegaron a funcionar las pantallas, y pegaba estos papeles o cartulinas rayadas con plumones y lápices sobre ellas para analizar la situación y tomar decisiones el mismo día, en un mundo que para hacer lo mismo se demoraba meses.

En el afán de entregarle poder a la gente, se desarrolló además el programa CYBERFOLK, que llegó a tener un prototipo funcionando en Penco. Se trataba de un circuito de televisión que emitía las sesiones municipales y una consola con botones para que las personas votaran iniciativas comunales en tiempo real. «This is not science fiction», decía el discurso que Beer tenía preparado para la inauguración de todo el sistema. Se trataba del comienzo de los gobiernos cibernéticos y de la inteligencia colectiva aplicada a la administración de un país.

Hoy nos puede parecer normal, pero estos sistemas de control se hicieron comunes recién en la década de los noventa. Podríamos decir que Chile se adelantó veinte años al futuro de los países más desarrollados… y perdió su oportunidad. Porque SYNCO estuvo listo y operativo en agosto de 1973, a solo unas semanas del golpe de Estado que puso fin al gobierno de la Unidad Popular. Beer, que se encontraba en Londres buscando apoyo a la iniciativa en esas fechas, se enteró por los diarios del golpe de Estado de Pinochet. El nivel de identificación que había establecido con el proyecto fue tal que se quebró de la misma manera que

CYBERSYN y todo el proyecto socialista chileno. Vendió sus pertenencias, compró una cabaña en el bosque y se recluyó por décadas, saliendo ocasionalmente a dar alguna conferencia o entrevista. El proyecto de su vida, el pináculo de las hipótesis a las que se había dedicado yacían hechas trizas junto al cadáver de Allende, las ruinas de La Moneda y la diáspora de políticos, técnicos y científicos que habían compuesto su equipo de trabajo. Nunca se recuperaría.

Raúl Toro, especialista en modelos matemáticos y funcionario nivel 2 de SYNCO, integrante del equipo de baby-fútbol de CYBERSYN que competía contra otras reparticiones del Estado, caminaba desolado por avenida Santa María hacia el oriente ese 11 de septiembre en la mañana. No había adónde ir, las oficinas estaban cerradas, las autoridades estaban muertas, detenidas o refugiadas, Santiago y las humaredas que se elevaban hacia el cielo gris eran todo lo que quedaba del primer experimento socialista de la historia. Raúl Toro fue quien debió explicarles a los militares en qué consistía SYNCO; las llaves del opsroom habían quedado en su poder e incluso llevaba a sus alumnos —mientras pudo ejercer como profesor antes de tener que abandonar el país— a conocer esa sala maravillosa que encontraba más deteriorada cada vez que ingresaba. Primero fueron desapareciendo los sillones, luego las pantallas, finalmente incluso los revestimientos de madera. SYNCO se fue desarmando como un dinosaurio muerto, abandonado a la indiferencia e incomprensión de las nuevas autoridades,

que incluso llegaron a pensar que todo no era más que un sistema de comunicaciones para coordinar alzamientos armados de sindicatos o campesinos. La paranoia no dejaba lugar a sueños salvajes. El recuerdo mismo de SYNCO se perdió, desapareció como tantas otras cosas de la memoria de los chilenos. Hoy, cada cierto tiempo, el MIT, el *New Yorker* o alguna conferencia en Barcelona, Londres o Los Ángeles, nos recuerdan a este otro detenido desaparecido que maravilla a quienes logran verle la cara. SYNCO es otra de esas interrogantes que penden sobre la conciencia de nuestro país. ¿Qué habría pasado si hubiera sido puesto en funcionamiento? ¿Qué habría ocurrido si otros países hubieran tomado el ejemplo tempranamente? La respuesta nunca la sabremos; quizá nos habríamos convertido en la nueva Camelot de la cibernética, Santiago como un temprano Silicon Valley, quién sabe. Nuestra historia está llena de errores. Y olvidarnos de los que somos capaces cuando nos orienta un sueño es quizás el más grave de todos.

Patagonia, Jaime Said, Editorial Sudamericana, Santiago, 2014.

Balmaceda, Daniel, «El rey de la Patagonia», *La Nación*, Buenos Aires, 2014.

«Orellie Antonie», en <http://www.memoriachilena.cl>, consultado el 16 de julio de 2014.

Sepúlveda, Alfredo, *Independencia*, Ediciones B, Santiago, 2010.

Contraloría General de la República, resolución n.º 29.034, en <http://www.contraloria.cl/appinf/LegisJuri%5Cboletinjuris OpenForm&UNID =2D1290E45AAAE061842574750057C31D>, consultado el 19 de julio de 2014.

Pescador, María José, «Bajo tierra, la historia de la iglesia de Pumanque», *Tell Magazine*, septiembre de 2011, en <http://www. tell.cl/magazine/1350/rancagua/septiembre/2011/reportajes bajo-tierra.html>, consultado el 19 de julio de 2014.

Godoy, Juan, «¡Aún tenemos Patria!», en <http://www.elortiba.org/ mr.html>, consultado el 20 de julio de 2014.

«Descendientes piden a la justicia exhumar restos de Manuel Rodríguez», emol.cl / EFE, 22 de julio de 2008, en <http://www.

emol.com/noticias/nacional/2008/07/22/314243/descendier
piden-a-la-justicia-exhumar-restos-de-manuel-rodriguez.
html>.

Latcham, Ricardo, *Vida de Manuel Rodríguez, el guerrillero*, Nascimento, Santiago, 1932.

«En ceremonia indígena habrían sacrificado a niño de siete», *El Austral*, en <http://www.anales.uchile.cl/index.php/ANUC/article/
viewFile/12348/18135->, consultado el 5 de agosto de 2014.

Montecino, Sonia, «Mito, sacrificio y políticas de la diferencia: el terremoto del 60 en el lago Budi», *Revista Anales*, Séptima Serie, n.º 1, mayo de 2011, en <http://www.captura.uchile.cl/
bitstream/handle/2250/131693/Montecino_RN_013_2011.
pdf?sequence=1->, consultado el 1 de agosto de 2014.

«El niño inmolado», *Mapuche News*, 15 de agosto de 2001, en <http://www.mapuche.info/news02/merc010815.html>, consultado el 1 de agosto de 2014.

Carrillo, Daniel; Obreque, Rodrigo, «El Cristo mapuche se perdió en el mar», *El Austral*, 24 de mayo de 2010, en <http://www.
australtemuco.cl/prontus4_noticias/site/artic/20100524/pag
20100524000349.html>, consultado el 3 de agosto de 2014.

«Terremoto de 1960: 50 años del juicio por sacrificio humano en la Araucanía», en

<http://www.intercomuna.cl/2010/05/20/50anos-del-juicio-por-sacrificio-humano-en-la-araucania/>, consultado el 04 de agosto de 2014

Oses, Darío, «El mito revivido», en <http://www.nuestro.cl/chilecronico/mito_mapuche1.htm> consultado el 1 de agosto de 2014.

Tierry, Patrick, *Un altar en las cumbres. Historia y vigencia del sacrificio humano*, Muchnik Editores, Barcelona, 1991.

«Ingrid Felicitas Olderock Benhard», en <http://www.memoriaviva.com/criminales/criminales_o/olderock_ingrid.htm>, consultado el 14 de diciembre de 2014.

«Alejandra Holzapfel: Yo sobreviví a Venda Sexy», en <http:// www.theclinic.cl/2013/09/11/alejandra-holzapfel-y-la-vida-tras-las-torturas-y-las-aberraciones-sexuales-de-la-dictadura/>, consultado el 14 de diciembre de 2014.

Guzmán Jasmen, Nancy, *Ingrid Olderock, la mujer de los perros*, Ceibo Ediciones, Santiago de Chile, 2014

Salazar, Manuel, *Las letras del Horror. Tomo I: La Dina*, LOM Ediciones, Santiago de Chile, 2011

Vial Correa, Gonzalo, *Arturo Prat*, Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, 1995.

Vicuña, Manuel, *Voces de ultratumba. Historia del espiritismo en Chile*, Taurus, , Santiago de Chile, 2006.

Pichon, Jean Charles, *Historia universal de las sectas y*

sociedades secretas, Editorial Bruguera, Barcelona, 1975.

Vicuña, Manuel, «La muerte», *Revista Patrimonio Cultural*, n.º 35, Santiago, 2005.

Castro Arcos, Javier, «Arturo Prat, espiritista», en <http://oikonomos. cl/05/2014/arturo-prat-espiritista>, consultado el 17 de septiembre de 2014.

Bravo Valdivieso, Germán, «¿Hubo un segundo tripulante que acompañó a Arturo Prat en el primer abordaje el 21 de mayo de 1879?», *Revista de Marina*, en <http://www.revistamarina.cl>, consultado el 30 de septiembre de 2014.

R. Espina, Pedro, *Monitor Huáscar*, Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, 1974.

Grez Toso, Sergio, «La guerra preventiva: Escuela Santa María de Iquique. Las razones del poder», revista Cyber Humanitas n.º 41, verano de 2007.

Bravo Elizondo, Pedro, *Santa María de Iquique 1907: documentos para su historia*, Ediciones del Litoral, Santiago, 1993.

Devés, Eduardo, *Los que van a morir te saludan: historia de una masacre: Escuela Santa María, Iquique, 1907*, Ediciones Documentas, Santiago, 1989.

Escobar, Marcelo; Paz Araneda, Marcela; Baeza, Marcelo, *Mito del Reyno de Chile Siglo XX (1910-1210). Invención ilustrada de un Chile secreto*, Ediciones LOM, Santiago, 2012.

«Proyecto SYNCO. Conceptos y práctica del control; una experiencia concreta; la dirección industrial en Chile», CORFO. Santiago, febrero de 1973.

Medina, Edén, *Revolucionarios cibernéticos. Tecnología y política en el Chile de Salvador Allende*, Ediciones LOM, 2013.

Ossa, Catalina; Rivera, Enrique, CYBERSYN, sinergía cibernética (1970-1973) / MULTINODE METAGAME (2002-), Ocho Libros Editores, Santiago, 2008.

«Carta de la Real Audiencia», en <http://www.memoriachilena.cl>, consultado el 4 de enero de 2015.

Vicuña Mackenna, Benjamín, *Historia crítica y social de la ciudad de Santiago*, Editorial Nascimento, Santiago, 1924.

Villarroel de, Gaspar, *Relación del terremoto que asoló la ciudad de Santiago de Chile*, en <http://www.memoriachilena.cl>, consultado el 4 de enero de 2015.

Valenzuela Márquez, Jaime, *Historias urbanas*, Ediciones Universidad Católica, Santiago, 2007.

Uribe Echeverría, Catalina, «EL cuerpo presente de Jaime Galté Carré: entre el positivismo y la voz de los muertos», *Revista Chilena de Literatura*, Universidad de Chile,

<http://www.revistaliteratura.uchile.cl/index.php/RCL/artic
en noviembre de 2010.

Serrano, Miguel, *Memorias de Él y Yo*, vol. I, La Nueva Edad, Santiago, 1996.

«La Pasión de Michelangelo o cómo la dictadura armó un montaje», dilemas.cl 27 de abril de 2013.

«Sacerdote: Nunciatura no quería revelar rol de la CNI en montaje del "vidente de Peñablanca"», <http://www.cooperativa.cl>, 19 de abril de 2013, consultado el 5 de febrero de 2015.

«Director de *La Pasión de Michelangelo*: "Miguel Ángel muere haciendo el show de que ve a la Virgen pero ya nadie le cree"», en <http://www.thecliniconline.cl>, 10 de abril de 2013.

Reyes P., Óscar, «El fraude de las apariciones de la Virgen de Villa Alemana: Acusado ex ministro Cuadra dice que "nunca supo nada" del montaje más grande en la historia», en <http://www. cambio21.cl>, 4 de mayo de 2013.

Riquelme, Leonardo, «Cura que investigó apariciones de la virgen en Villa Alemana: "Fue una orden de Pinochet para acallar a los obispos"», en <http://www.soychile.cl>, 28 de abril de 2013.

Anguita, María Teresa; Cea, Rodrigo, «Detalles inéditos a 25 años de las supuestas apariciones en la Quinta Región:

Los misterios que comienza a develar la Virgen de Peñablanca», *El Mercurio*, 10 de febrero de 2008.

MEMORIA

Este libro está dedicado a mi familia. A mi abuelo don Daniel Morales Santos, minero del salitre en Humberstone y obrero en una fábrica de vidrio; hombre fuerte y lleno de valores. A mi abuela Olga Farías, hija de inquilinos en un fundo de la zona central y obrera de una industria textil, mujer endurecida por la viudez, la pobreza y la crianza solitaria de cinco hijos. A mi abuela inmigrante, doña Italia Squadrito; a mi bisabuela aymará, doña Corsina Santos; a mi bisabuelo maestro pintor, don Juan Baradit, y a su hijo empleado de banco en el difícil Valparaíso de los años cuarenta, don Jorge Baradit Correa, que me dejó de herencia la hermosa pistola de mango de nácar calibre 22, con la que iba a su trabajo diariamente.

Escribí estas letras pensando en mi tío don Daniel Morales, que entró de junior a una empresa a los catorce años y salió de ella décadas más tarde convertido en gerente general, cuando en Chile funcionaba en algo la meritocracia y el esfuerzo podía ser la medida de tu valor. En mi tía Olga Morales, la primera universitaria de una familia pobre pero llena de sentido ético; en mi tío Joel Morales, que tuvo que dejar los estudios para ayudar a alimentar a sus hermanos cuando falleció su padre; en todos mis tíos que siguieron empujando sus vidas, llenándolas de belleza en una tierra difícil e injusta.

Escribí estas historias pensando en mi papá Jorge, al que

los juegos bancarios de la dictadura lo obligaron a buscar mejores horizontes luego de la crisis del 82 y nos separaron para siempre. En mi hermana, que durante esos mismos años tuvo que abandonar sus sueños de estudios y ponerle el hombro a la familia desde la caja de un supermercado en la avenida Brasil, a los diecinueve años.

Escribí pensando en mi papá Roberto, de familia esforzada, que fue expulsado de la Universidad de Chile luego del golpe militar, que trabajó en cuanto oficio puedan imaginarse, que recorrió el país arriba de camiones construyendo carreteras en los extremos más insólitos de nuestra nervadura. Escribí pensando en su cariño, en su preocupación por nosotros; él es la encarnación de ese trabajador chileno idealizado, endurecido, fuerte, pero tierno y amoroso.

Pero, sobre todo, escribí pensando en la Tabé. Ella es mi territorio, mi tierra y mi país. Con los años descubrí que ella anuló la pobreza, el abandono y la violencia que vino de afuera, ella lo llenaba todo y nunca me he sentido vacío. Mis espaldas están cubiertas y mi suelo firme.

Escribí pensando en esta familia. Trabajadores que sembraron el campo, que extrajeron minerales, que fabricaron ropa, botellas y muebles, levantaron casas y caminos, enseñaron matemáticas y de noche le cosían faldas a sus hijas y preparaban la cazuela para el día siguiente, que sería igual de duro que el anterior. Porque ellos, con su trabajo, sus años, sus artritis y sus arrugas, le compraron lujos

a unos pocos y pagaron con su propio sueldo las balas que los mataron cuando llegó el momento. Porque ellos cosecharon y pelearon las guerras, no otros. Porque han sido ellos y no otros los que han construido este país con sus músculos y sus manos, porque solo ellos han pagado la cuenta de cada desastre y nadie más. Son la historia de mi país y me llenan de orgullo.

1 Gaspar de Villarroel, *Relación del terremoto que asoló la ciudad de Santiago de Chile*, Imprenta de la Sociedad, 1863. (Consultado en www.memoriachilena.cl)

Edición en formato digital: julio de 2015

Merced 280, piso 6, Santiago de Chile.

Diseño de la cubierta: Random House Mondadori, S.A.



ISBN: 9789562624695

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.megustaleer.cl

Índice